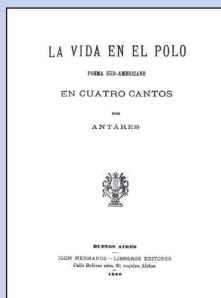


PEDRO LUIS BARCIA

*LA LITERATURA ANTÁRTICA
ARGENTINA*



ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

LA LITERATURA ANTÁRTICA
ARGENTINA

Colección Bolsillables

Director: Pedro Luis Barcia

- I. *Cancionero de "La Nación"*, de Manuel Mujica Lainez. Prólogo de Jorge Cruz. Coedición con Banco de Galicia.
- II. *La Biblioteca Popular de Buenos Aires. (1878-1883). Estudio e índices.* Pedro Luis Barcia y María Adela Di Bucchianico. Coedición con Fundación Navarro Viola.
- III. *La literatura antártica argentina*, de Pedro Luis Barcia. Coedición con Banco de Galicia.
- IV. *Las gramáticas argentinas del siglo XIX.*
- V. *Textos desconocidos de Roberto Arlt.*
- VI. *Nuevos recuerdos literarios dispersos, de Martín García Mérou.*

PEDRO LUIS BARCIA

LA LITERATURA ANTÁRTICA
ARGENTINA

Estudio y antología

LA VIDA EN EL POLO

PIRELLA GÖTTSCHE LOWE

EN CUATRO CANTOS

OR

ANTÁRTICA



MUNDO ARCA

1008 PIEDRAVITA - LINDBERG EDITORES
Buenos Aires, 2000



Academia Argentina de Letras

Barcia, Pedro Luis

La literatura antártica argentina. Estudio y antología / Pedro Luis Barcia

1.^a ed. – Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2013.

333 p. ; 17x11 cm. (Bolsillables; 3)

ISBN 978-950-585-139-3

1. Literatura argentina. 2. Ensayo argentino.
I. Título. II. Serie.

CDD A864

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 2013 Pedro Luis Barcia

ISBN 978-950-585-139-3

*A los hombres que velaron y velan
por nuestra soberanía en la Antártida.
A la memoria de
Carlos Ibarguren.*

LA LITERATURA ANTÁRTICA ARGENTINA

Una toma de posesión literaria del Continente Blanco

Propósito

En 1782, en pleno virreinato, el encomiable –con gusto escribiría “el venerable”, pues lo merece– Basilio Villarino escribía al Superintendente de Carmen de Patagones: “Si no vamos, si no andamos, si no descubrimos, siempre estaremos metidos en nuestra ignorancia, y tal vez algún tiempo nos enseñarán los extranjeros nuestras propias tierras, y lo que nosotros debíamos saber, pues no puedo ver que un inglés como Falkner¹ nos esté enseñando y dándonos noticias individuales de los rincones de nuestra casa, que nosotros ignoramos”.

Un siglo después, ya en la república independiente, la situación no había cambiado, y obligaba a José Hernández a denunciarlo en ese

¹Se refiere al etnólogo jesuita inglés Thomas Falkner (1702-1784) que vivió en la Argentina por cuatro décadas y realizó varias exploraciones geográficas con notables resultados de observación sobre naciones indígenas, flora y fauna. Su obra más destacada, y la que tenía en mente Villarino es: *Descripción de la Patagonia y de partes contiguas de la América del Sur* (1774)

texto capital y olvidado: “Camino trasandino” (1872): “Nuestra conquista sobre el desierto es lenta, pesada, insegura y costosa (...) la inercia colonial pesa como una capa de plomo sobre los esfuerzos de los hombres”.² Y conste que Hernández, pampeano, hablaba, junto a las regiones andina y chaqueña, de la región patagónica.

La voz “desierto” no aludía a lo estéril, sino a lo improductivo por falta de trabajo aplicado a la naturaleza: indicaba todo territorio nuestro no ocupado y labrado por el hombre, no batido por la planta que impone la voluntad argentina soberana. Esa inercia que sindicaba el autor de *Martín Fierro* se quebró y hemos avanzado, con el tiempo, ocupando y poblando los desiertos.

Las frases de los dos prohombres citados eran aplicables también al proceso de exploración de nuestra Antártida Argentina.

Hay muchas formas de afirmar la soberanía: la política, la económica, la militar. Aquí me ocupo de una vía más lateral, pero atendible, no citable, claro, en los conflictos internacionales, pero hartamente válida para la conciencia de los argentinos: la soberanía artística literaria.

² “Camino trasandino” fue incluido como apéndice de *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta La Pampa, 1872, pp.69-78. Ha sido suprimido de casi todas las ediciones.

Cuando Echeverría compuso *La Cautiva* (1837), dijo en su “Advertencia preliminar”: “El Desierto es nuestro más pingüe patrimonio”. Definía en una frase todo un programa de gobierno. En eso no era argentino el hombre, ni en la parquedad expresiva ni en la voluntad de programación. No hablaba solo de lo económico sino de lo cultural, pues halló en la pampa un ámbito explotable que debía incorporarse a nuestras creaciones estéticas, y lo hizo. Tampoco parece argentino don Esteban en esto de decir y hacer.

Años después, siguiendo la vía abierta por el precursor, Joaquín González da a conocer *Mis montañas* (1893), con el uso de un posesivo fuerte de asunción de su país natal. Rafael Obligado, otro de la misma causa, saludó el libro del riojano como “el advenimiento de los Andes a la literatura argentina”. Pasados unos años, Payró publica *La Australia argentina* (1895), y esta vez es Mitre quien le da la bienvenida a la obra con palabras vecinas a las anteriores: “El libro es la toma de posesión en nombre de la literatura de toda una región de nuestro suelo”, la Patagonia, por supuesto.

Las definiciones citadas cifran una clara intención y celebran una conquista alcanzada: la de un espacio de nuestra patria ganado por la creación literaria.

Desde 1904, más de un siglo largo llevan nuestros gobiernos, la Armada Nacional, nuestros científicos, marinos, técnicos, operarios, hombres de la pata en el suelo afirmando nuestra soberanía afincados en nuestro Sector Antártico Argentino. Lo agradecemos.

Este libro descubre y reúne las primeras voces que se ocupan, desde la creación literaria, de nuestra Antártida. Es un aporte exiguo, pero singular. Es posible que usted lo juzgue poco relevante, pero es nuestro. Estos textos son los pioneros en incursionar en el Continente Blanco desde la poesía, la narrativa, el teatro. Son inaugurales, y, se sabe, principio piden las cosas, y las empresas. El conjunto suma un haz de piezas que tienen la misma vocación: concretar “el advenimiento de la Antártida a la literatura argentina y toma de posesión, en nombre de la literatura, de toda una región de nuestro suelo”, dicho sea integrando las expresiones de Obligado y Mitre.

Son las primeras voces literarias que rompen el vasto silencio blanco y dan expresión creativa a esa *Terra australis ignota*, que uno de los poemarios definió desde su título que es todo un logro: *Donde la Patria es un largo glaciar*.

Son voces inaugurales, nuestras adelantadas en “el acabamiento de la Tierra”, descubridoras de un territorio nuevo que se suma a las otras zonas que la literatura ya ha batido: las

regiones del noroeste, del noreste, la cuyana, la litoral, la central y la patagónica.

Son palabras fundantes. Merecen atención. Como la voz profética de la india Valaka, en *La vida en el Polo*, –el largo poema desconocido, de 1886, que he rescatado del olvido y doy a conocer aquí– se abrirá un futuro para el hombre en esa tierra Antártida. Que así sea.

El Centenario

El 22 de febrero de 2004 se cumplieron los cien primeros años de presencian ininterrumpida de la Argentina en la Antártida. Los hechos son conocidos, pero cabe retraerlos a la memoria, por el papel que juega en ellos un hombre de letras. La expedición del escocés Dr. William S. Bruce, a bordo del “Scotia”, comandado por el capitán T. Robertson, en noviembre de 1902 partió de su patria rumbo al sur argentino. El buque arribó, en marzo de 1903, a la isla Laurie, del archipiélago de las Orcadas del Sur. Bruce levantó allí una casilla e instaló algunos aparatos de medición meteorológica. Pasado el invierno, y con el deshielo, vuelve en su nave a Buenos Aires, en diciembre de 1903. Ofrece en venta, entonces, a las autoridades argentinas, las precarias instalaciones e instrumental que plantara en la Laurie, con la condición de que no apareciera la venta como tal sino como cesión.

Es en este punto en que se advierte la gestión activa, a favor de la compra, del entonces Subsecretario de Agricultura, —pues la cuestión caía en la esfera de esta cartera gubernamental— Dr. Carlos Ibarguren, que se constituyó en el animador entusiasta de la decisión positiva. La toma de posesión de las instalaciones en la isla Laurie se dictó por decreto Letra D n° 27, del 2 de enero de 1904, firmado por el presidente de la República, Julio Argentino Roca —convalidando su segundo nombre con el gesto— y refrendado por el Ministro de Agricultura, Dr. Wenceslao Escalante. Así quedó autorizada y firme la “recepción” de las instalaciones antárticas del pequeño observatorio. El 22 de febrero de 1904 se realizó la toma de posesión efectiva en la Laurie con el izamiento de la bandera argentina en el lugar donde ondeaba el pabellón del león escocés. Desde entonces, nuestro país ha estado allí asentado ininterrumpidamente, con sus renovadas delegaciones de investigadores y profesionales que se han pasado la posta antártica, laboriosa y orgullosamente.

Detengámonos un momento en la figura del mentor real del decreto, el Dr. Carlos Ibarguren. Este notable patriota, hombre cultísimo, miembro de número de varias academias, era de origen salteño, nacido en 1877. Fue Subsecretario de Agricultura entre 1901 y 1906. Es curioso que haya sido un hombre mediterráneo,

del NOA, el argentino civil que tuvo tan lúcida visión de la oportunidad y de la proyección de la medida que se ejercía. Su posición, con la redacción y gestión del decreto, fue clarividente respecto del derecho de nuestra soberanía en suelo antártico. No se trataba de un mero gesto político de ocasión. La clara conciencia de lo que estaba gestando queda probada por el capítulo que le destina a esta cuestión en su sabroso libro de memorias: *La historia que he vivido*, como se verá enseguida.³

Nuestra Academia Argentina de Letras se enorgullece de que haya sido Iburguren el gestor del decreto, pues él fue Presidente de nuestra Corporación. Sucedió a Calixto Oyuela, el 18 de julio de 1935 y fue reelegido por sucesivos períodos hasta 1952. Renuncia el 1° de octubre de este año, antes de completar el período, con motivo de la reglamentación oficial de las Academias dictada por el gobierno del general Juan Domingo Perón. Y vuelve a ser reelegido, el 14 de diciembre de 1955, al restablecerse el régimen libre de las Academias nacionales.

La gestión de Iburguren como presidente de la Academia Argentina de Letras fue la más larga y, quizás, la más significativa de todas las

³ Iburguren, Carlos. *La historia que he vivido*. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1955; cap. XIII, pp. 156-170; lo transcrito pp. 152-162.

de la historia académica, y, sin lugar a dudas, una de las más fructíferas. Por solo dar un ejemplo, bajo su mandato, y con el aporte propio de un amplio listado de voces, se inició el primer proyecto de elaboración de un *Diccionario de argentinismos*; se consiguió la radicación en lo que es la actual sede de la Corporación, se consiguieron subsidios para iniciar series y colecciones, etc.⁴

El testimonio de Carlos Ibarguren

En el libro mencionado, *La historia que he vivido*, Ibarguren destina todo un capítulo a recordar los pasos de su gestión, las instancias en las tratativas por la adquisición de las instalaciones en la isla Laurie, y demás detalles, revividos con nitidez en su recuerdo a la hora del balance vital. Ibarguren sabe que está haciendo historia y que él es parte de ese proceso, como lo alude en el título de su obra. Transcribo aquí el primer tercio del capítulo XIII: “La primera posesión argentina en la Antártida. Actitud de Inglaterra”:

⁴V. Barcia, Pedro Luis. “Listado de Carlos Ibarguren (1933)”, en *Los diccionarios del español de la Argentina*, Buenos Aires, AAL, 2004., pp. 291-304.

“Frecuentemente arribaban al puerto de Buenos Aires, para abastecerse, expediciones científicas de diversos países europeos que se dirigían a explorar las regiones polares. O que venían de allí. Estas expediciones contaron siempre con la ayuda eficaz de las autoridades argentinas, que ejercían jurisdicción, siquiera nominal, en la Antártida, o ‘región de los mares australes de la República’, como se la denominaba a principios de siglo. A objeto de facilitar tales viajes científicos, que nos interesaban porque contribuían al conocimiento de lugares ignotos sometidos a nuestra soberanía, el gobierno había establecido en la isla de Año Nuevo, próxima a la isla de los Estados, un observatorio meteorológico, magnético y geofísico que resultaba, en ese tiempo, el más austral del mundo.

“En el año 1901, una expedición sueca, dirigida por el sabio Otto Nordenskjöld, llegó a Buenos Aires y en viaje hacia el Polo Sur para estudiar esos páramos desconocidos. El gobierno argentino, que puso todo su empeño en el éxito de su empresa, resolvió se incorporase a la misma el alférez don José María Sobral, tomando parte así nuestra Marina de Guerra, por su intermedio, en esta excursión que se internaría en aquellas heladas regiones. Los viajeros se instalaron al nordeste de ‘la tierra de Graham’, y cumplieron allí, después de muchas penurias, la misión científica que los llevaba. Como trans-

currieran dos años sin tener noticia alguna del explorador Nordenskjöld y de sus compañeros, y se temía les hubiera ocurrido una catástrofe, el gobierno dispuso zarpar en su busca, en noviembre de 1903, la Corbeta “Uruguay”, al mando del capitán de fragata don Julián Irizar, quien encontró a los expedicionarios en situación muy crítica, pudo rescatarlos de entre los hielos, y traerlos sanos y salvos a Buenos Aires. Todos los protagonistas de la aventura fueron recibidos aquí triunfalmente, tanto por la labor que realizó la expedición sueca, cuanto por la hazaña heroica de los marinos argentinos, quienes en una pequeña embarcación lucharon con éxito contra terribles riesgos para librar de la muerte al puñado de hombres que había desafiado los más grandes peligros en pro de la ciencia, entre los que estaba un joven oficial de nuestra Armada. En esa época, invernó asimismo en la Antártida el explorador francés Charcot, el que también regresó ayudado por nuestra Marina, arribando aquí al mismo tiempo que Nordenskjöld, en diciembre de 1903. Como se ve, las autoridades argentinas ejercían una frecuente acción relacionada con esos mares australes que están en su órbita jurisdiccional, mediante los auxilios prestados a las expediciones científicas que de distintos países excursionaban en la zona polar, ya fuera por medio de nuestros barcos, ya por la guarnición naval y observatorio de la isla de Año Nuevo. La Antártida argentina no era, pues,

res nullius, cosa de nadie abandonada por la Nación, que pudiera ser ocupada por cualquier gobierno extranjero a título de que no pertenecía a ningún país, sino a una región en la que si bien nuestra patria no había fundado en forma permanente un establecimiento oficial, actuaba surcando esos helados mares con sus buques en ayuda de misiones de estudio de arriesgados exploradores, que intentaban muchos de ellos la gran aventura de llegar al Polo Sur.

“En el mes de diciembre de 1903, cuando, precisamente, volvieron las expediciones de Nordenskjöld y de Charcot, llegó desde las islas Orcadas don William S. Bruce en su barco “Scotia”. El señor Bruce, escocés, dirigía un viaje científico puramente particular o privado, sin ninguna atinencia con el gobierno británico. Se había propuesto alcanzar el Polo y, aprisionado por los hielos, tuvo que invernar en las Orcadas (isla Laurie) instalándose allí en una casilla que construyó y que le sirvió de refugio y de observatorio meteorológico, con algunos aparatos de observación; estuvo un tiempo en ese lugar inhóspito, accesible solamente, por lo general, durante dos meses, cuanto más, en el año; y cuando los témpanos se abrieron permitiendo la salida, para adquirir provisiones vino a Buenos Aires, y fue ayudado por nuestra Marina en diciembre de 1903. Dejó allá seis hombres al cuidado de la pequeña instalación

y de los aparatos, con el propósito de regresar inmediatamente, recoger ese personal y seguir rumbo al Polo.

“Un día, a mediados de diciembre de 1903, el jefe de la Oficina Meteorológica, que dependía del Ministerio de Agricultura, señor Gualterio Davis, fue a verme a mi despacho de subsecretario para manifestarme que el señor William S. Bruce, recién llegado de las Orcadas, ofrecía en venta al gobierno la casilla que había levantado allí, y los instrumentos de observación, todo por la suma de cinco mil pesos; que no deseaba Bruce, en caso de aceptarse su propuesta, apareciera dicha operación como una venta sino como transferencia en agradecimiento del auxilio que le había prestado la Marina nacional. Le pregunté al señor Davis si esa casilla ofrecida y sus instrumentos estaban en condiciones de servir a la meteorología, y este me dijo que podía hacerse con ellos un observatorio mucho más austral que el de la isla de Año Nuevo, el cual prestaría, al cabo de varios años de funcionamiento positivos servicios a la ciencia, sobre todo en cuanto a las corrientes meteorológicas y magnéticas polares. Además, agregó –ignorando la imposibilidad de adaptar en aquellos páramos ninguna explotación – ‘podría intentarse allí la cría de renos, lo que sería una buena fuente de riqueza’.

“En cuanto me enteré de la propuesta del señor Bruce percibí la importancia que tendría

para la Argentina, no solo en interés científico sino también político, práctico, el establecimiento permanente de una instalación del Gobierno en los que entonces se llamaban ‘mares australes de la República’, hoy Antártida; era un primer paso; tornaríamos así en efectiva la posesión de lo que era y es parte integrante de nuestro país. Inmediatamente hablé con el ministro, doctor Escalante, empeñándome en que se aceptara la propuesta del capitán escocés, y haciéndole presente la conveniencia de orden científico y práctico de que el gobierno instalara un asiento estable en esa parte inexplorada y desierta de la patria. El ministro se convenció fácilmente de la conveniencia de adquirir la casilla de Bruce, por cinco mil, pesos, sin que apareciera esa operación como compraventa sino como transferencia, y me encargó que yo redactara el decreto que lleva fecha 2 de enero de 1904, y fue escrito de mi puño y letra en los términos siguientes:

«Buenos Aires, 2 de enero de 1904.

En vista de la nota del jefe de la Oficina Meteorológica Argentina y de los demás antecedentes y documentos relativos al establecimiento de nuevas estaciones meteorológicas y magnéticas en los mares del sur de la República y

CONSIDERANDO

Que es de alta conveniencia científica y práctica extender a dichas regiones las observa-

ciones que se hacen en la isla de Año Nuevo y en el sur de la República,

El Presidente de la Nación Argentina,

DECRETA

Artículo 1°. Autorízase al jefe de la Oficina Meteorológica Argentina para recibir la instalación ofrecida por el señor William S. Bruce en las islas Orcadas del Sur, y establecer un nuevo observatorio meteorológico y magnético en las mismas.

Artículo 2°. El personal se compondrá de los empleados que le Ministerio de Agricultura designe y de los que posteriormente pueda suministrar el Ministerio de Marina.

Artículo 3°. Anualmente serán reemplazados dichos empleados por los que se designe para relevarlos y que conducirá un buque de la Armada.

Artículo 4°. La asignación de sueldos y viáticos para los que no lo tengan determinados por el Presupuesto., así como los demás gastos requeridos, serán determinados por el Ministerio de Agricultura e imputados al ítem correspondiente del Presupuesto general.

Artículo 5°. Comuníquese, publíquese y dese al Registro Nacional.

ROCA

Wenceslao Escalante»

“Con ese acto de gobierno publicado en el *Boletín Oficial* del 5 de enero de 1904, la República Argentina tomaba posesión definitiva y permanente, por primera vez, de la Antártida que le pertenece y a la que había estado materialmente vinculada hasta entonces solo en forma intermitente, por viajes de nuestros buques para ayudar el regreso de exploradores europeos. Este importante decreto del 2 de enero de 1904 merece ser analizado en su texto y en el espíritu que lo inspira, y puedo, por mi parte, señalar sus intenciones puesto que yo fui quien lo propuso y lo redactó. En el primer párrafo, al referirse a ‘nuevas estaciones meteorológicas y magenéticas’ se afirma que se establecen ‘*en los mares del sur de la República*’ (hoy Antártida) o sea que estos mares pertenecen a la Nación y en tal carácter están sometidos a nuestra soberanía, pues la fundación de dichas estaciones es hecha por la autoridad argentina que ejerce jurisdicción exclusiva sobre esas regiones. En el considerando se proclama la conveniencia no solo ‘*científica*’ sino también ‘*práctica*’, vale decir *política*, o sea la de ‘*extender a dichas regiones*’ observatorios como los que tiene el Gobierno establecidos ‘*en la isla de Año Nuevo y en el sur de la República*’, territorio que integran nuestro país y sobre los que tiene dominio y ejerce posesión. En la parte dispositiva, el artículo primero que autoriza al jefe de la Oficina Meteorológica Argentina para recibir la insta-

lación ofrecida por el señor William S. Bruce en las islas Orcadas del Sur, dispone que esa instalación sea destinada a ‘establecer un nuevo observatorio meteorológico y magnético en las mismas’; al decir ‘nuevo observatorio’ equipara este, de las islas Orcadas, a los otros instalados en el territorio argentino. Los artículos siguientes fijan el carácter permanente de este establecimiento cuyo personal será relevado cada año con la cooperación del Ministerio de Marina y los sueldos y viáticos deberán ser determinados en el presupuesto nacional. En el artículo 4º, la frase ‘los demás gastos requeridos se abonarán por el Ministerio de Agricultura’ alude al precio de la compra, la que por pedido de Bruce no se menciona expresamente.

“La transferencia de la casilla hecha por el señor Bruce al gobierno argentino significó, pues, una venta puramente privada, realizada por aquel a fin de obtener fondos –cinco mil pesos abonados por el Ministerio de Agricultura– que le eran necesarios para reanudar su viaje, sin que en ello tuviera intervención oficial alguna la legación británica, que nada tenía que ver diplomáticamente en ese acto, dado que la expedición de Bruce, exclusivamente particular, no tenía relación con el gobierno de Gran Bretaña que no la patrocinaba ni la subvencionaba. La única ingerencia en este asunto del ministro de Gran Bretaña en Buenos Aires fue

una nota de este fechada el 29 de diciembre de 1903, –después que Bruce había concertado la transferencia de la casilla al gobierno y cuando ya se había redactado el decreto del 2 de enero y estaba por firmarse-, nota dirigida al ministro de Relaciones Exteriores, doctor José A. Terry, en la que manifiesta que el señor William S. Bruce le solicitó que propusiera a las autoridades argentinas continuaran en el año 1904 los trabajos en el observatorio establecido por este en las islas Orcadas del Sur. El doctor Terry respondió que la solicitud del señor Bruce había sido remitida al Ministerio de Agricultura para su decisión. Pocos días después, el doctor Terry informó por nota al ministro inglés, fechada el 8 de enero de 1904, que el gobierno argentino había resuelto por decreto expedido por el Ministerio de Agricultura, el 2 de enero de ese año, autorizar a la Oficina Meteorológica Argentina a tomar posesión de la casilla ofrecida por dicho señor Bruce y establecer allí un observatorio meteorológico y magnético, y adjuntó copia del decreto.

“La ingerencia del ministro inglés en Buenos Aires, Mr. Haggard, fue la de un simple intermediario amistoso entre el señor Bruce y la Cancillería, comunicándole los deseos de este, por pedido del mismo, y de ninguna manera tuvo carácter oficial ni diplomático. El ministro británico catorce días después, es decir, el 22 de enero,

se dirigió a nuestra Cancillería notificándose del oficio del ministro de Relaciones Exteriores, doctor Terry, que le comunicaba la toma de posesión del observatorio y le adjuntaba copia del decreto expedido por el Ministerio de Agricultura del 2 de enero de 1904. En ese oficio, Mr. Haggard, lejos de formular observación alguna al decreto del gobierno argentino por el que tomaba posesión de la casilla en las Orcadas, agradecía las atenciones y servicios que se habían prestado a Mr. Bruce y hacía presente que se comunicaría a su gobierno la atenta actitud de las autoridades argentinas con respecto al “Scotia”, agradecimiento que el jefe de la legación británica renovó a nuestra Cancillería dos meses más tarde, el 19 de marzo, en nombre del marqués de Landesdowne y del gobierno de Su Majestad.

La actitud del señor Bruce al dirigirse al ministro inglés tiene la explicación siguiente: aquel en su carácter de connacional manifestó a Mr. Haggard su propósito de sugerir a las autoridades argentinas que trabajaran durante el año 1904 en el Observatorio den las Orcadas. Tal propósito fue modificado por el mismo señor Bruce en el sentido de vender –bajo la apariencia de una transferencia– la casilla y los instrumentos dejados en las Orcadas., a cuyo efecto concurrió directamente a la Oficina Meteorológica proponiendo esa operación que motivó el decreto del 2 de enero de 1904.

En ningún momento ni Bruce, ni la legación inglesa, habían considerado de soberanía británica a las Orcadas, ni se dio proyecciones políticas a la enajenación de la casilla instalada allí, pues los expedicionarios del “Scotia” reconocían que esa región no pertenecía a gran Bretaña, como lo dice la obra escrita y publicada por el señor Bruce en 1906, titulada *The voyage of the “Scotia” by three of the staff*, en la página 78:

‘Muchas veces, en los variados tópicos examinados durante las largas veladas de invierno, surgió la cuestión de la propiedad de las islas Orcadas del Sur y después de muchas y largas discusiones llegamos a la grata conclusión de que, aun en esta época del imperialismo, las Orcadas del Sur habían escapado a las garras de todo país y que gozamos del privilegio de vivir en una tierra de nadie (*no man’s land*). Pero temo que esto no dure mucho, no porque la pretendamos, porque aun cuando siempre hemos deseado ensanchar los confines de nuestro imperio, no hubiéramos podido pretender nuevos territorios en nombre de nuestro país sin un mandato de nuestro gobierno. Sin embargo, cuando el “Scotia” volvió a las islas en febrero de 1904 con una comisión argentina para hacerse cargo del observatorio, bajo los auspicios del gobierno argentino, la bandera argentina fue izada donde primeramente ondeara el león

escocés, y yo presumo que las Orcadas del Sur son consideradas como una posesión de aquella potencia; el núcleo de un imperio tal vez, que pueden pretender ambicionar los expansionistas argentinos’.

“Estas declaraciones tienen la virtud de haber sido tan espontáneas como públicas, constituyen la prueba legal de confesión de parte del actor principal en este asunto, y destruyen por completo los argumentos aducidos, años después por la legación inglesa, de que su ingerencia en diciembre de 1903, al transmitir a la Cancillería argentina los propósitos del señor Bruce, implicaba tácitamente la soberanía británica sobre esas islas.

El decreto del 2 de enero de 1904 se cumplió enteramente. El Ministerio de Marina no disponía en ese momento de ningún buque adecuado para transportar a la comisión argentina que iría a las Orcadas —a las cuales solo se podía ir en los meses de enero y parte de febrero—, pues la “Uruguay”, recién llegada de la Antártida de rescatar a la expedición de Nordenskjöld, estaba en reparación después de ese arriesgado viaje. En tal situación, se convino con el señor Bruce que el “Scotia” conduciría a la comisión, pues debía zarpar hacia el polo a fines de enero y pasaría por las Orcadas a entregar bajo inventario la casilla, los aparatos del observatorio, los

acopios de víveres y a recoger a los hombres que Bruce había dejado allí.

“El 21 de enero de 1904 partió el señor Bruce con la comisión argentina que tomó posesión de las islas Orcadas, compuesta por los argentinos siguientes: el naturalista señor Luciano H. Valette, el señor Edgar Ezmula, encargado de las observaciones meteorológicas y magnéticas, el señor Hugo H. Acuña, funcionario del Ministerio de Agricultura, y varios ayudantes. Fueron estas personas las que, por primera vez, en nombre de nuestro gobierno y en cumplimiento del decreto del 2 de enero de 1904, se instalaron en la Antártida argentina e izaron nuestra bandera, la que ondea allí entre los hielos remotos, sin interrupción, desde hace medio siglo.”

Rescato aquí, en este pasaje del capítulo XIII de *La historia que he vivido*, el testimonio de quien habrá de ser Presidente de nuestra Academia, don Carlos Ibarguren. La lectura detenida de lo transcripto es fundamento suficiente para justificar la amplitud de la cita, puesto que nuestro presidente fue el creador del decreto fundacional de la afirmación soberana de nuestro país en el sector antártico. No está mal para un humanista, un hombre de letras, esta participación, pues la especie es asociada habitualmente entre los argentinos a la inutilidad y al nefelibatismo.



Hommel, Londres, 1558.

Esta es una información de primera mano, como que fue la del gestor de la decisión gubernamental y del decreto que la expresó, para iniciar la presencia argentina en un sitio del sector antártico. Ibarguren, además, aporta la versión del pasaje del libro de Bruce que ratifica que Inglaterra no estimaba como propias las Orcadas en enero de 1904. Las palabras del autor se cierran con la afirmación de que nuestra bandera ondea en las Orcadas, “sin interrupción, desde hace medio siglo”. Hoy podemos duplicar dicha aseveración, al cumplirse el centenario del asentamiento argentino soberano en la isla Laurie.

Escritos sobre el País de Hielo

La Antártida ha sido y es objeto de estudio y de interés permanente. Ello ha generado una caudalosa bibliografía, de característica ya casi inundatoria, en casi todos los idiomas modernos. Diría que esta bibliografía muestra una modalidad arborescente, pues unas obras generan otras y sus opuestas y complementarias, unas amplían lo precedente y otros lo sintetizan, y así parecidamente.

Cada libro sobre la cuestión antártica, para acercarnos al medio por la imagen, es como un iceberg, que en su exposición muestra solo un tercio de toda la materia en que se sustenta, y

que constituye, un vasto respaldo documental: sus otros dos tercios ocultos bajo la línea de flotación.

De atenernos solo a lo escrito en español, la bibliografía antártica argentina ha acudido con atención a los aspectos más diversos de esta cuestión capital y tema de conciencia básica de nuestra geopolítica, y lo ha hecho con abordajes nuevos y respondiendo a los más dispares pero concurrentes intereses. El repaso de este material impreso, que constituye por sí mismo toda una biblioteca de varios centenares de volúmenes, exhibe un amplísimo espectro. Cada aniversario –de las bases, de los hechos históricos, del Instituto Geográfico Militar– motiva nuevos aportes de las más variada índole.

No obstante este vastísimo caudal, “la cuestión antártica” no está suficientemente instalada en el conocimiento y conciencia reales del argentino medio. Quizá no se ha tenido la debida preocupación gubernamental en el tiempo, y no hemos mantenido una continuidad de esfuerzos difusores y políticas a largo plazo como sí los han tenido otros países que, paradójicamente, en el concierto de las naciones ajenas a lo antártico, no han mantenido como el nuestro el continuado empeño en misiones, campañas, tareas permanentes, etc. En esto, podemos decir como Pero Bermudo en el *Cantar del Cid* a los Infantes de Carrión que “hay muchas lenguas sin manos”.

Nosotros hemos abundado en manos, en acciones, en hechos concretos, pero, pese a la fama enlabiadora de los argentinos, tal vez no hayamos hecho en este campo lo suficiente.

En el plano de la educación, con ritmo de mareas alternativas, los gobiernos avanzan sobre el terreno y lo abandonan, para volver cada vez con menos fuerza y eficacia docente. En el imaginario cultural popular hay ciertas imágenes persistentes en torno a este “casco de naranja” de esa esfera total helada, que es el sector antártico, espacio de discusiones y conflictos: las imágenes de un esforzado y heroico puñado de hombres abnegados que, año tras año, se relevan e instalan, cambiando su posta, en medio de un territorio helado. Casi una postal, en la imagen mental, vemos el grupo compacto de recios varones barbados, estrechándose en el espacio inicuo como para darse mutuo calor, sobre un fondo blanco ilimitado y junto a ellos, la bandera bicolor. A esto se le suman algunas fórmulas designativas de lugares comunes: “el continente blanco”, “el sexto continente”, y otras vecinas.



Sudamérica, 1575.

De modo indicativo y solo por vía de ejemplo, recuerdo algunos nombres de autores que han escrito desde los ángulos de intereses más diversos, tejiendo una verdadera red bibliográfica antártica. La bibliografía se ha ido integrando con obras de exposición sintética y abarcadora (Adolfo E. Quevedo Paiva), o de más ambicioso panorama y fundamentación (Rubén Oscar Palazzi); aportes de aspectos geográficos (Primavera Acuña de Mones Ruiz, publicaciones del Instituto Geográfico Militar, de la División Nacional del Antártico); históricos (Ernesto J. Fitte, Ricardo Capdevila, Santiago Comerci); geopolíticos (Herberto J. Atuel, Jorge Fraga); jurídicos y diplomáticos (Felipe Barreda Laos, César Díaz Cisneros, Antonio E. Sampay); geológicos y científicos (Horacio Camacho, Jorge Villar Fabre, Rafael Cordini); recursos naturales renovables (Jorge Edgar Leal, Aldo Tomo, Pedro Lasta); las expediciones (James Cook, Juan Charcot, A. Thomazi, José María Vaca); personalidades (José María Sobral, por Lauro H. Destéfani; o Hernán Pujato, por Beatriz Nóbile, en una vida novelada reciente);⁵ testimonios de diarios personales y de recuerdos (Hugo Acuña, Alberto Soria, José Manuel Moneta), etc.

En el campo lingüístico, en cambio, y es natural, escasean los aportes. La atención se

⁵ Nóbile, Beatriz de. *El vuelo del destino*. Buenos Aires, Editorial Quinqué, 2011, 220 pp.

ha centrado en lo onomatológico y lo toponímico. En el primer terreno, debe recordarse un temprano trabajo de Juan Carlos Beltramino, “Sobre los nombres de Antártico y Antártida”, publicado en la *Revista Geográfica Americana*.⁶

En el aspecto de la nominación de los sitios, el trabajo más ambicioso y completo hasta la fecha es el grueso tomo elaborado por el capitán de corbeta (R. S.) Enrique Jorge Pierrou: *Toponimia del Sector Antártico Argentino*.⁷ Más de diez años de investigación dedicó el autor al estudio toponímico de todos los accidentes geográficos del Sector. Abrevó en diversidad de fuentes: más de 350 libros compulsados, documentos del Archivo General de la Nación, la abundante documentación del Servicio Naval, los libros de

⁶ Beltramino, Enrique Jorge. “Sobre los nombres de ‘Antártico’ y ‘Antártida’”, en *Revista Geográfica Americana*, 1958, a. XXV, vol. XLII, t. XLIV, n1 250, noviembre de 1958, pp. 447-452.

⁷ Pierrou, Enrique Jorge. *Toponimia del Sector Antártico Argentino*. Buenos Aires, Servicio de Hidrografía Naval, Armada Argentina, 1970, 746 pp. Es un trabajo de enorme minucia y documentación, resultado de una década de labor, en que compulsó más de 350 obras. La obra nace de una clara conciencia patriótica de la importancia de la toponimia en relación con la soberanía. El capítulo “Política toponímica” es destacable. La Armada Nacional, con el tiempo ha realizado un relevamiento integral de los accidentes geográficos del Sector Antártico Argentino, y ha ido “bautizando” cuantos no tenían nombre.

bitácora de buques que navegaron la región, los partes de viajes desde 1889, los informes oficiales de la expediciones, los Institutos Polares de otros países, etc. Toda esta información está sistematizada en las más de setecientas páginas de la obra, que constituye un servicio patriótico y científico importante, y cubre con holgura un vacío en la toponimia antártica nacional.

Como se sabe, la Armada Nacional fue realizando un minucioso relevamiento de cada accidente geográfico del Sector Antártico Argentino y se han fijado los nombres de cada uno, o se los ha bautizado si nos los tenían, de acuerdo con el documento *Política toponímica*, cuyos criterios adopta Pierrou. El registro léxico trae, junto al nombre en español, el inglés o el francés, según los casos. El aporte es una sólida avanzada en el terreno.

Obviamente, no es objeto de este trabajo el incursionar en otros aspectos que no sean los literarios referidos a la Antártida. Para todas las cuestiones específicas se dispone de bibliografía valiosa a la que refiero. Solo me ocuparé de libros creativos dedicados a la Antártida, no a poemas sueltos o independientes, salvo el liminar.

Mi intención es incorporar a la Antártida como una región literaria del país, hasta ahora desconsiderada como tal, y estimar las obras de creación que ella ha generado en nuestros escritores. La labor está virgen. Entiendo con este avance hacer un servicio, por pequeño que sea,

para aportar a una conciencia de nuestra realidad territorial soberana *íntegra*. En anteriores ocasiones he modificado la presentación gráfica de las publicaciones de la Academia Argentina de Letras con el logo sabido de la noble columna, con una composición más completa y alusiva, que puede apreciarse, por ejemplo en la tapa de mi librito *Hacia un Diccionario de gentilicios argentinos (DIGA)*,⁸ en la que hago sitio a nuestras Islas Malvinas y la Antártida Argentina.

La estimación de la Antártida como región literaria me impone una ineludible excursión conceptual previa sobre nuestras regiones.

Las regiones literarias argentinas⁹

En 1824, Juan Bautista Alberdi¹⁰ viaja a Buenos Aires, con una beca para estudiar en el

⁸ Barcia, Pedro Luis. *Hacia un Diccionario de gentilicios argentinos (DIGA)*, Buenos Aires, AAL, 2010.

⁹ Me apoyo para este capitulillo en un trabajo previo: Barcia, Pedro Luis. “Hacia un concepto de la literatura regional”, en Videla de Rivero, Gloria y Marta Elena Castellino. Editoras. *Literatura de las regiones argentinas*. Mendoza, Centro de Estudios de Literatura de Mendoza, Fac. de F y L, UN de Cuyo, 2004, pp. 25-45. Mi trabajo ha sido visiblemente utilizado por varios que han escrito sobre el tema, con el leve olvido de citar una de sus fuentes.

¹⁰ Alberdi, Juan Bautista. *Escritos póstumos*. Buenos Aires, Francisco Cruz, 1895 a 1910; t. XV, pp. 261-312. En

Colegio de Ciencias Morales. Permanece allí una década. En el invierno de 1834, retorna a su Tucumán natal, con una escala académica en Córdoba para rendir sus últimos exámenes de Derecho en la Docta, y retoma su vuelta al terruño. Va en una diligencia y lleva por compañeros de viaje a Juan Avellaneda y a Mariano Fragueiro. Cuenta Alberdi:¹¹

“Para entretener el tiempo, nos leía don Mariano Fragueiro el *Viaje* del Capitán Andrews,¹² hecho a través de nuestras provincias del Norte, por cuenta de una compañía inglesa de minas, hacia 1825. El señor Fragueiro lo traducía del inglés, al tiempo que lo leía. Nos había leído todo lo relativo a Santiago, a Tucumán, a Salta y hasta Potosí, menos a Córdoba, el país nativo del lector. ¿Por qué omitía lo que más nos interesaba, pues era el pueblo que acabábamos de habitar? De temor de leernos, confesó el señor Fragueiro, la crítica amarga que de muchas co-

adelante citaré por esta edición, indicando tomo y número de página.

¹¹ Alberdi, J. B. *Escritos póstumos*, BA, t. XV, pp. 261-312.

¹² Capitán Andrews. *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica, en los años 1825 y 1826*. Con una introducción de Carlos C. Aldao, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920. Captain Andrews. *Journey from Buenos Ayres, through the Provinces of Cordoba, Tucuman and Salta. To Potosí, thence in the yerars 1825-1826*. London, Joohn Murray, 1827, two volumes.

sas de la sociedad de su provincia había hecho el viajero protestante” (pp. 455-456).

Cabría agregar que también omitía el traductor ocasional el capítulo cordobés porque en él, el inglés elogiaba la industriosa inteligencia y amplitud de criterio del mismo Mariano Fraguero, que ahora veía su nombre escrito en el libro impreso en Londres.

“El libro de Andrews –continúa Alberdi– aunque ligero, está lleno de interés por la época de su viaje” (p. 456). Sintetiza algunas de las cuestiones que el viajero aborda en los capítulos VI y VII de su obra, y concluye el párrafo: “El capitán Andrews llamó a Tucumán, con la majestad de su naturaleza física, ‘el jardín del universo’, ‘el Edén del mundo’” (p. 456). No sabemos si se hacía eco de una denominación preexistente o la sugería el inglés.

Alberdi permaneció en Tucumán desde junio a diciembre de 1834, y regresó entonces a Buenos Aires. Antes de que concluyera aquel año, publicó en la Imprenta de la Libertad, su opúsculo de 29 páginas, titulado *Memoria descriptiva sobre Tucumán*.¹³

Consideremos ahora lo dicho hasta aquí. El relato evocativo de aquel viaje de retorno a su tierra natal, que citamos, fue escrito por Alberdi

¹³ En *Obras completas*, Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886, t. I, pp. 53-80.

en 1872 y publicado póstumamente. Es decir a 38 años de aquel retorno evocado. En cuanto a la *Memoria descriptiva sobre Tucumán* es un texto flojo, pero inicial, fundacional diría, de una línea literaria importante: el nativismo literario en prosa, con la descripción de la provincia natal del autor. Tres años después, con la publicación de “La Cautiva”, incluida en *Rimas* (1837), Echeverría inició la poesía nativista argentina, programáticamente, pues hemos señalado en otros sitios, precedencias del género pero aisladas y no a la luz de una poética explícita como lo hizo el poeta.

Alberdi se ha arrancado de su tierra natal; permanece lejos de ella una década y, cuando regresa, antecamente retoma su contacto con el suelo y escribe su *Memoria* sobre él. Pareciera cumplir así con uno de los primeros preceptos que hacen posible la literatura regional o provincial, que se sintetiza en la frase de Rodenbach: “Los escritores de Provincia solo están en condiciones de describir su terruño después de una residencia en la Capital”.

Estamos en pleno tema: quien vive inmerso en un medio no está habilitado para percibirlo en sus peculiaridades distintivas. Está dicho por el apotegma, de origen hitita: “El pez no sabe lo que es el agua”. Nadie percibe en su originalidad el medio en que ha nacido y vivido, pues carece de capacidad de contraste, que solo genera por

el conocimiento de otras realidades diferentes a la propia, connatural, que le permitan una comparación contrastiva.

Es necesario, pues, que el escritor devenga un extrambientado, o al menos un desambientado.¹⁴ Se le impone tomar distancia del objeto de su consideración. Absorber otros aires y pasear por otros ámbitos. Esta distancia le ofrecerá perspectiva para reconocer la identidad de lo propio y las diferencias y similitudes que guarda con otros espacios y modos de cultura.

Para un escritor, la primera condición para ver y conocer la región nativa en sus rasgos identitarios es la de ser *forajido*, es decir, “salir ponerse fuera del ejido” que delimita su natural hábitat. Alberdi aplicó este principio, al ausentarse por diez años de su Tucumania original y vivir en una ciudad como Buenos Aires. La residencia en la capital lo habilitó para percibir lo provinciano. Con el tiempo, habrá de ejercitar, unas veces obligado y otras, voluntariamente, con la distancia que favorece la penetración visual en la entraña del país: el exilio. El vivió parte de su vida en lo que denominó con acierto “el país

¹⁴ Marshall Mc Luhan habla en varios de sus libros del “ambientado” y el “desambientado”, este último es el que logra zafarse de los condiciones de diversa naturaleza que el contexto en que vive ejerce sobre él. Y, desdoblado, digamos, puede mirarse a sí desde fuera del círculo contextual. La comparación frecuentemente es entre el policía oficial y el detective *amateur*.

flotante”, en su emigración política. Dirá: “Casi toda nuestra literatura liberal se ha producido en el suelo móvil pero fecundo de esa provincia nómada”.¹⁵

Esta segunda observación capital para quienes predicán que no hay regionalismo literario sin *anteísmo*. Existe el complejo de Anteo, en esto de la creación regional.

Hay quienes piensan que solo puede hablar con autoridad creativa de una región quien vive en ella. Desconsidera lo que puede ver, con mayor lucidez, el extrambientado, o con ojo comparativo, el ajeno a ella.

“En ese primer período de mi vida no fui más patriota por el hecho de pasarlo en el pueblo del país. Los cambios de medio por que pasa la vida de un escritor ausente de su país, determinan otras tantas fases de su patriotismo, sin disminuirlo. En el extranjero el patriotismo se desnuda de todo elemento Chauvin y de todo color y olor local. Pero la ausencia lo eleva y purifica. La patria es vista con menos preocupación y desde un punto de vista más elevado y general”.¹⁶

Así habla quien se llama a sí mismo “El peregrino de su país” (p. 469). Alberdi cumple dos peregrinaciones: en 1824, viaje a Buenos

¹⁵ Alberdi, J. B. “Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina”, *Obras selectas*, Buenos Aires, La Facultad, t. IV, p. 470.

¹⁶ Ob. cit. p. 469.

Aires y regreso a Tucumán, dos lustros después y, desee su exilio político a Montevideo, luego en Valparaíso, Quillota, y, finalmente, Europa prácticamente hasta su muerte.

“Como no he vivido fuera de mi país, sino para estar mejor presente en él por mis escritos, la historia de éstos formará un libro, originado todo él en la República Argentina: *La vida de un ausente, que no ha salido de su país*” (OS, IV, 441). En rigor, debería haber propuesto el título inverso: “La vida un presente en su país sin vivir en él”.

Hagamos pie de nuevo en la vía por la que Alberdi llega a descubrir lo provincial, que vale tanto como lo regional, para otros casos, apoyándonos en una reflexión de Eugenio D’Ors:

“Deberes del paisajista y del costumbrista. El primer deber del paisajista es no formar parte del paisaje. El segundo deber del paisajista es querer al paisaje (...) El natural de un país cumple simplemente con la segunda condición. Dificilmente, con la primera. Necesita para ello haber salido fuera del país y tener trabajada el alma por tales fuerzas universales que le hayan vuelto, en cierto sentido, extranjero en su propia patria.

“Tal vez lo que decimos del paisajista pueda decirse del costumbrista”.¹⁷

¹⁷ En *Nuevo glosario*, Madrid, Aguilar, t. I, p. 239.

Sí, y del nativista y del regionalista y del regional.

Recordemos que en el siglo XIX el vocablo “país” tiene más de un sentido. Se habla del “país interior”, en acepción general, frente al “país litoral” o “el país mediterráneo”. Y, en ámbito más reducido, se menta así a la patria chica: “el país de la selva” del Ricardo Rojas, “el país de Cuyo” de Larrain. Joaquín González, en *Mis montañas*, apunta, con referencia al suelo riojano: “Una larga ausencia de mi país natal me había transformado”. El país nacional o el país provincial o regional necesitan de igual experiencia del alejamiento. Este les potencia la pulsión de querencia. Güiraldes, Mallea, Borges, Marechal, todos acuñaron casi idéntica frase, después de su primer viaje a Europa: “Cuando vi Europa, ví mi país”. Ya el intelectual, el escritor, con su viaje europeo, se ha graduado para la comparación y la identificación de lo propio.

En ese exilio o distanciamiento el autor se aleja de la patria chica pero la lleva en sí, “como la custodia lleva la hostia”, al decir de Güiraldes, y es portador de la gauchía de alma. Aquí el escritor es un regionalista de alma. Pues la patria anímica es portátil, como decía Heine de la *Biblia* que era para los hebreos: “La patria portátil”.

Asociemos una tercera frase a estas consideraciones. Borges, en su conferencia sobre “El escritor argentino y la tradición”,¹⁸ afirma algo que, aunque se refiera a la literatura nacional en su exposición, es aplicable igualmente a la regional:

“He encontrado días pasados una confirmación de que lo verdaderamente nativo suele y puede prescindir del color local: encontré esta confirmación en la *Historia de la declinación y caída del Imperio Romano*, de Gibbon. Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el *Alcorán*, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del Alcorán, bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe. Fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos; en cambio, un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo primero que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página; pero Mahoma, como árabe, estaba tranquilo: sabía que podía ser árabe sin camellos. Creo que los argentinos podemos parecernos a Mahoma, podemos creer en la posibilidad de ser argentinos sin abundar en color local”.

¹⁸ En *Discusión*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, p. 270.

El argumento borgesiano, y todo el pasaje, es cautivante y suasorio, pero falaz.¹⁹ No sé qué edición expurgada de camellos del *Alcorán* leyó Gibbon, porque por el Libro sagrado pasan no camellos aislados sino caravanas de camellos, y aun camellas; además, de continuo son elementos de comparación en las semejanzas. En cuanto a Borges, no cabe duda que había para entonces leído *El Corán*, pero, según sus procedimientos, le pareció más interesante el ingenioso y falso ardid que la verdad a la hora del planteo. La falacia se muestra, *contrario sensu*, por el desfile camellero en el libro, porque Mahoma había viajado y conocido otras tierras y esto lo había habilitado para advertir la condición arábiga de los camellos, de allí que los haga desfilan, lenta y seguidamente, por los versículos.

Atendamos ahora a otro aporte en la experiencia de Alberdi en el descubrimiento y expresión de su país provincial. Está a bordo de la diligencia con Fragueiro leyendo pasajes del capitán Andrews sobre Tucumán. El inglés era hombre con experiencia de viajes por otros países y puede señalar lo peculiar de la tierra

¹⁹ Lo he analizado en otro sitio. V. Barcia, Pedro Luis. "El canon literario argentino según Borges", en *Revista de Literaturas Modernas*. Homenaje a Jorge Luis Borges. Mendoza, Fac. de F. y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 1999, nº 29, pp. 35-72.

que describe, por contraste. Alberdi aprende de él a aplicar su pupila comparativa a la propia tierra de la cual estaba desambientado. Describe la comarca natal estimulado por un extranjero. Andrews se convierte en su profesor de óptica, de visión sobre lo propio.

Quizá, la primera antología descriptora de regiones deba hacerse espigando en los textos de los viajeros. No necesariamente en autores ingleses, como hemos afirmado y demostrado en otros trabajos; les precedieron, por ejemplo, un par de jesuitas italianos en el XVIII. Hemos hecho el ejercicio y es fructífero, en muchos aspectos. Carlos Aldao, el meritísimo traductor, a la lengua española, de tantos viajeros ingleses por nuestro país, tal vez sea quien anticipó lo que venimos sosteniendo, en 1918, en el prólogo de uno de los más vivaces libros sobre nuestro país: *Las Pampas y los Andes*, del capitán Francis Bond Head:

“Para las nuevas generaciones argentinas, se esfuman y borran en la lejanía las escenas descriptas por el autor, con minuciosidad de detalles nunca abordados por escritores nacionales, sencillamente porque formaban parte del ambiente. Eran cosas naturales y corrientes, sabidas por todos, de manera que no llamaban la atención del observador nacional”.²⁰

²⁰ *Las Pampas y los Andes*. Traducción de Carlos A. Aldao, Buenos Aires, Bib. “La Nación”, 1918, p. 9.

La observación acertada de Aldao ha sido aprovechada por muchos ensayistas argentinos que no se han acordado de señalar el origen del apuntamiento.

Podríamos abundar en este punto comparando la visión que de Tucumán tienen Andrews (1825) y Alberdi (1834), y resultaría reveladora la aproximación a través de un siglo que las distancia. Pero digamos, en síntesis que, la *Memoria descriptiva de Tucumán* es hija del viaje a Buenos Aires y del retorno, nace de la lectura de un viajero foráneo.

El primer texto nativista prosado no es pampeano, es tucumano. La pampa logrará pocos años después, su presencia poética en “La Cautiva”. Esta región pampeana se afirmará gradualmente, con las “Armonías de la pampa”, de Bartolomé Mitre, (“A un ombú”, “Santos Vegas” y “El caballo del gaucho”), de 1838. El escolarizado poema al ombú de Luis Domínguez, de 1843; las “Composiciones nacionales”, de Juan María Gutiérrez, escritas entre 1838 y 1844, y que constituyen el más logrado aporte, estéticamente hablando, a la poesía nativista de la primera generación romántica, después de Echeverría. A estos primeros aportes, Gutiérrez sumará un par de textos nativistas de materia legendaria indígena: “Caicobé” e “Irupeya”. Son dos piezas interesantes porque, además, inician el *indianismo* entre nosotros, es decir la estima-

ción de los asuntos indígenas como elemento de mera creación estética, frente al *indigenismo*, que supone actitud de denuncia por la injusticia ejercida contra al aborígen.

Echeverría trabaja, desde 1841, un par de poemas de asunto histórico nacional, que editará en 1849: *Insurrección del Sud* y *Avellaneda*. En ellos el nativismo afirma un mojón más: la historia de la región, sumada ahora a la geografía. Dos regiones están aquí representadas: la pampeana y la tucumana. Para ambientarse en esta, que Echeverría desconocía, se valió de la *Memoria* de su amigo y discípulo Alberdi.

En tanto, ha avanzado imperialmente una expresión regionalista particular, la gauchesca, que ejerce dos fuertes reducciones: una es restringir la poesía regional argentina a lo pampeano; y la otra, reducir lo argentino al gaucho. El mismo José Hernández, en su trabajo sobre el “Camino trasandino” que acompañó a la edición del folleto *El gaucho Martín Fierro*, en cambio, habla de tres regiones olvidadas: la chaqueña, la cordillerana y la *patagónica*, más allá de la pampeana en que se anima el drama de su personaje.

En los años Ochenta, surge otra denominación, la de “criollismo”. Rafael Obligado, con sus *Leyendas nacionales*, abre el mapa poético del nativismo regionalista: Santos Vega encarna la pampa; la del cacuí, Salta; el Yaguarón, el Paraná; la Mulánima, La Rioja.

Otro integrante de esta generación, Martiniano Leguizamón marca dos posturas sucesivas: en la primera reduce lo criollista al gauchismo y en un segundo momento, amplía sus postulados hacia un nativismo o regionalismo literario no acotado a un ámbito solo.

Por entonces, se produce lo que se ha llamado “el advenimiento de los Andes a la literatura” con *Mis montañas* (1893) de Joaquín V. González. Luego, la incorporación de las islas del Delta –iniciada por Marcos Sastre con *El Templo argentino*– y enriquecida por *Un viaje al país de los matreros*, de Fray Mocho. Mitre define como “la toma de posesión en nombre de la literatura” de la Patagonia a la obra *La Australia argentina* de Roberto J. Payró. Pocos años después, Eduardo Talero en *Voz del desierto* (1907) ensayará, desde Neuquén, precisamente, darle voz al desierto austral. Decía: “No está bien pintar aquí cielos extraños, mientras estén inéditos estos que cubren el continente dulce en que nacimos”.

Carlos Quiroga, en su ensayo *El paisaje argentino en función del arte* dice: “Cosa distinta de una simple conciencia territorial, elaborada con el conocimiento científico de datos geográficos, es una conciencia territorial estética argentina”²¹ y agregaba:

²¹ Quiroga, César. *El paisaje argentino en función del arte*, Buenos Aires, Editorial Tor, s. a., p. 8.

“Los regionalistas argentinos están realizando una función política y social, aunque sus propósitos sean puramente literarios. Social porque al revelar tipos y paisajes facilitan el conocimiento y despiertan la simpatía, la admiración, la caridad, el amor, en suma, entre los argentinos de los más apartados lugares. Realizan así, los regionalistas, una función de simpatía connacional y humana, una función, en fin, de nobilísima democracia”. (p. 69).

Así se va integrando un país hecho de países, de querencias, de pagos, de regiones y zonas, en una suma nacional.

Literatura del Interior

Entre las muchas dicotomías en medio de las que vivimos y nos debatimos los argentinos, la planteada entre Buenos Aires y el Interior ²² es una de las más antiguas y conflictivas de nuestra realidad histórica, política, económica y estética. Ella funde todos los regionalismos en una sola unidad, el Interior, confrontada con la cabeza de Goliat, Buenos Aires. Y es una de las que mejor revela la deformación óptica que ha regido el

²² Escribo siempre con mayúscula “Interior”, porque es una forma de darle relieve y entidad a todo el vasto espacio que lo constituye.

país.²³ Bastaría con plantearse la cuestión de la designación de “pajuerano”, aplicada en Buenos Aires al que es de tierra adentro, cuando debió ser “padentreano”. O, como comenta un ensayista, los letreros de los trenes en Retiro, que parten de Buenos Aires hacia el país mediterráneo dicen, paradójicamente: “Para afuera”, cuando van rumbo al corazón del país; y “Para adentro”, los que desembocaban en el Plata, estuario abierto hacia fuera, al mundo.

Por supuesto la denominación de *Interior* es arrasadora de diferencias regionales, es una falacia designativa porque unifica, indiferenciadamente, lo que es rica y fructuosamente diverso. Desde un punto de vista de confrontación política, es útil en cuanto aglutina a todo el resto de país, en una misma creatura vastísima, frente a la Ciudad Puerto. Cosmópolis versus el Interior. A su vez, cabría preguntarse de qué Buenos Aires se habla, en lo literario, según sean las perspectivas de Borges, Marechal, Mallea, Arlt, Gálvez, Fernández Moreno, Nicolás Olivari, y así parecidamente.

En 1910, cuando el Centenario Grande, Enrique Banchs, con notable acierto escribió una obra, *Ciudades argentinas*, que quedó sin editar en libro. En ella el poeta fijó la realidad

²³ Luna, Félix *Buenos Aires y el interior*, Buenos Aires, Sudamericana, 1982.

de las principales ciudades del interior en el año 1910, para que quedara un claro contraste de esa realidad frente a la capital que, por entonces, devoró la atención casi de todos, como si cifrara el país.²⁴

Definir simplistamente, la literatura del Interior en oposición con lo porteño es limitativo, reductivo y deformante. Es entrar en un juego perverso. Aunque, claro, podemos recordar la reivindicación del planteo de las dos Argentinas, sugerido por Pedro Henríquez Ureña: la Mediterránea, que comienza en Córdoba, y la Litoral.²⁵

Literatura provincial

Los conceptos de “región” y de “provincia” no se identifican en nuestro país –salvo quizá, el caso de Misiones que por sí misma agota una región–, pues nuestras regiones son supra-provinciales. Las cuestiones que plantean sus

²⁴ Banchs, Enrique. *Ciudades argentinas*, en *Prosas*. Compilación y estudio preliminar de Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1983, pp. 1-236.

²⁵ Barcia, Pedro Luis. “Pedro Henríquez Ureña y los debates de la revista *Sur*”, en *Ponencias de la Semana Internacional en homenaje a Pedro Henríquez Ureña en el cincuentenario de su muerte. 1946-1996*. Ed. Jorge Tena Reyes, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1996, pp. 100-140.

derivados *provincialismo* y *regionalismo* son las mismas, en cuanto a actitudes, prejuicios, etc, según veremos.

Los romanos llamaron “provincia” al “dominio en el que se ejercía la autoridad de un magistrado”. Ese dominio podía ser real o jurídico, es decir, en cuanto indicaba una competencia sobre una circunscripción territorial. Eran países conquistados militarmente por Roma.

No siempre, en la historia de la cultura occidental, la “provincia” significó una disminución de nivel o una desestimación en su misma apelación a algo sujeto o dependiente de un centro de poder cultural. Bastaría con recordar el caso de Provenza, donde se generó toda una revolución cultural (concepto del amor cortés y demás) y poética de honda y persistente influencia hasta nuestros días (Ezra Pound, Eliot, entre nosotros y en su medida, el Enrique Banchs de *El cascabel del halcón*).

La provincia es una delimitación política, en tanto la región supone una demarcación más compleja y en cuya composición intervienen diferentes elementos, que podría sintetizar en:

1. Lo natural geográfico
2. Los varios sustratos. El indígena, los inmigrantes, etc.).
3. Lo histórico.
4. Lo lingüístico.

El concepto de lo “regional” es más real, abarcador y genuino que el de lo “provincial”, que es convencional y posterior al de región, pues la región es preexistente a lo provincial.

El adjetivo “provinciano” suele tener varias acepciones, dos de ellas, fundamentalmente descalificadoras y hasta despectivas, pues suponen desvaloración. Veámoslas.

1. Aceptación temporal o histórica: alude a lo retrasado, lo no actual, aquello que ha quedado estático en el tiempo; retrógrado, anquilosado, reacio a acompañar los cambios dinámicos que la realidad propone. Es lo no “moderno”, en una de las acepciones de uso actualizado del término. Por decir lo menos, es lo conservador.

Estéticamente, sugiere un desfase respecto de las estéticas vigentes, un anacronismo en la poética. Esta posición se da a partir de un fuerte neofilismo que confunde lo nuevo con un valor, lo nuevo con lo bueno, y la cronología con la axiología. No es un mal argentino, sino general, aunque nosotros lo profundicemos.

2. Es una acepción asociada a la óptica. Supone desde dónde se mira y cómo mira. Lo provinciano es aquello que responde a la llamada “mentalidad de campanario”, para la cual la altura de la torre de la iglesia local es el sumun de altura posible y el punto más alto para toda referencia. Mucho va de torre a torre. Montaigne, hombre universal, vivía en provincia y en

una torre, pero ésta cumplía dos condiciones: tenía una ventana abierta a cada punto cardinal y sus paredes internas estaban forradas de libros leídos por su dueño. Ventanas y biblioteca.

En esta acepción no se trata de ubicación, sino de actitud.

Literatura regionalista

El término “región” es indefinido. *Regio, regionis*: límite, frontera, zona, dominio, comarca. Y la latitud regional varía: en lexicografía, se denomina diccionario regional tanto a uno de americanismos como a uno de cuyanismos.

Diegues Junior,²⁶ la define: “Como un área caracterizada por elementos que le confieren cierta homogeneidad”. Claro que no es lo mismo una región “natural” que una región “cultural”. Cabría recordar los elementos constitutivos de una región cultural, que es la que nos interesa. Al respecto, adopto las sugerencias de Pratt Fairchild, en su *Diccionario de sociología*, reelaborando su propuesta:²⁷

²⁶ Diógenes Junior, Manuel. *Introducción a la sociología regional*, México, Universidad Nacional, 1952.

²⁷ Pratt Fairchild, Henry (edit.) *Diccionario de sociología*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

1. El factor espacio, cierta unidad geográfica, y comunidad de flora y fauna.
2. Un centro de referencia y flexibilidad de límites.
3. Un cierto grado de homogeneidad en relación con algunas características básicas.
 - 3.1. Historia: tiempo histórico interno, memoria intrínseca de ello.
 - 3.2. Costumbres, usos, instituciones, economía.
 - 3.3. Lengua: peculiaridades regionales (fonéticas, léxicas, etc.)
 - 3.4. Concepción del mundo, percepción de la realidad.
 - 3.5. Sustratos míticos y patrimonio legendario.
 - 3.6. Sustratos indígenas
4. Aspectos estructurales o funcionales que dan posición dominante a la región.
5. Una unidad de punto de vista desde el que se da coherencia a la región.
6. El mínimo posible de contradicciones, conflictos, superposiciones en su seno.
7. Una interrelación entre sus constituyentes que los asuma y asocie.

Todo ello genera un estilo cultural de la región. La distinción entre estos estilos permitiría

el trazado de un mapa cultural con diversidad de regiones en nuestro país.

La noción de “región interior” es la que ha prevalecido en las propuestas cartográficas entre nosotros. Tradicionalmente, se ha hablado de regiones del Noroeste, del Noreste, de Cuyo, del Centro y del Litoral (p. ej. Berta Vidal de Battini). No obstante, ellas cambian, según las ópticas.²⁸ O la clásica distinción en cinco regiones propuesta por Vidal de Battini para la lengua, ha sufrido replanteos., por parte de María Beatriz Fontanella de Weimberg, quien subdivide la región Litoral en tres, no subregiones, sino regiones plenas: la del Litoral, propiamente dicha (Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe), la Bonaerense (la Provincia de Buenos Aires y parte de la de La Pampa), y la Patagónica (del sur del Río Negro hasta Tierra del Fuego).

Estas son regiones interiores o intranacionales. Pero se habla también de regiones que exceden los límites de un país, o supranacionales. Es el caso de lo que se llamaba la “región del Alto Perú” o llama “la región rioplatense”.

La división en regiones interiores, ámbitos, áreas, o zonas, según las diversas denomina-

²⁸ Por ejemplo, en nuestros días se está hablando de “la región lingüística del Nuevo Cuyo”, y acaba de concluirse un *Atlas lingüístico de Nuevo Cuyo*, elaborado bajo la dirección del lamentado Dr. César Quiroga Salcedo, de la Universidad de San Juan.

ciones, presentan coincidencias generales entre nuestros folclorólogos que son quienes se han aplicado más sostenidamente a estudiar estas cuestiones. Para Félix Coluccio, el mapa se integra con los ámbitos: noroéstico, chaqueño, central, cuyano, litoral, pampeano y patagónico.²⁹ Para Augusto Raúl Cortazar: cuyano, patagónico, central, de la selva, litoral, pampeano, noroéstico y jujeño.³⁰

En tanto, Julián Cáceres Freyre asocia las regiones a los sustratos indígenas o a la presencia de elementos aborígenes: el Norte quichuizado, el Litoral y el bosque guaranitizados y la Patagonia araucanizada.³¹

²⁹ Coluccio, Félix y Susana Coluccio. *Diccionario folclórico argentino*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1994, 8º ed.; t. I y II, preportada.

³⁰ V. Arrieta, Rafael A. *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Peuser, 1960, t. VI, pp. 77-78.

Bernardo Canal Feijoo habló de “áreas de tonada”. Esta denominación reaviva planteos que avanzaron en la década del cuarenta entre nosotros, con trabajos iniciales de Juan Álvarez y continuados, algunas décadas después, por lingüistas como Bixio, Fontanella de Weinberg, etc.

³¹ He sugerido en la Academia Argentina de Letras el proyecto de compilación y estudio sobre *Las tonadas argentinas*. Estimo que, frente a la globalización fonética que imponen los medios orales de comunicación de Buenos Aires, es importante rescatar las modalidades regionales que se están diluyendo o perdiendo en nuestro país, pues ellas son marcas de identidad regional.

Olga Fernández Latour de Botas y un equipo publicó un interesante *Atlas de la cultura tradicional argentina* que no ha merecido la atención debida, pese a haber sido reeditado y ampliado.³² Su propuesta de áreas es: noroeste (subárea puneña), noreste, llanura pampeana, patagónica andina, meseta y litoral patagónicos y cuyana (mapa I, pp. 60-62, ob. cit.).

Cuando diseñé una Biblioteca de la Cultura Argentina, de la que solo se publicaron diez tomos, del centenar previsto, incluí una serie de *Antologías culturales regionales*, que serían ocho, pero solo se alcanzó a editar la del Litoral, a cargo de Eugenio Castelli.³³ El dibujo era el país como una *summa* de regiones culturales. Cada tomo incluía: la geografía, los cronistas de la región, los viajeros, flora y fauna, leyendas, cuentos y casos folclóricos, cancionerillo folclórico, cuentos y poemas nativistas breves, costumbres típicas, tradiciones, creencias, sitios y lugares característicos, hechos de la historia chica regional y aspectos del habla. En muchos países, las regiones están asociadas a dialectos

³² Fernández Latour, Olga. (Dir.) y otros *Atlas de la cultura tradicional argentina para la escuela*. Buenos Aires, H. Senado de la Nación, 1994, 150 pp. Hay ediciones posteriores revisadas.

³³ Castelli, Eugenio. *Antología de la región cultural del Litoral*, Buenos Aires. Ediciones Nuevo Siglo, 1995; Colec. Biblioteca de la Cultura Argentina, 6.

diferenciados. Las regiones nuestras solo difieren unas de otras en pocos rasgos lingüísticos, con referencia a la lengua estándar de norma culta del país.

Literatura regional es la que nos sitúa por sus alusiones en una región determinada. Puede ser escrita en dicha región o no. Mucha de la literatura regional es producto de la evocación y del recuerdo cuando el autor vive exiliado de ella. Pero no es regional una obra por el mero hecho de ser compuesta en ese ámbito regional. Un escritor radicado en el seno de una región puede escribir sobre realidades distantes y ajenas al dintorno en el que vive y trabaja.

Las nominaciones no aluden a lo mismo. Se habla de “la literatura de las regiones”. Quisiera aquí establecer un distingo esencial, no planteado hasta hoy, entre *literatura regionalista* y *literatura regional*. El regionalismo literario o la literatura regionalista suponen un grado de exasperación, una acentuación, por el sufijo, de lo regional. Este apoyar el pedal del “ismo” puede llegar a la hipertrofia. La literatura regionalista es producto de un profesionalismo de lo regional.³⁴ El regionalismo genera una literatura “regionalizada” por decisión del autor, limitada a la región, centrada en ella. Es programática y

³⁴ Arturo Capdevila habla simpáticamente de “artiguismo o federalismo literario”, al aludir a lo regionalista.

poéticamente consciente de que abunda –y su imperativo es abundar– en rasgos específicos, distintivos de la región. Distingamos napas semánticas.

El adjetivo *regional* puede tener tres niveles semánticos:

1. *Mejorativo*: significa que con él se exalta ponderativamente lo regional.
 - 1.1. Es una forma de afirmación de la identidad de la región, de la lealtad a la propia sustancia.
 - 1.2. Exalta el compromiso ético de rescatar lo regional, como parte de una afirmación de patria: “El propósito literario se torna así en obra de patriotismo”, dice Joaquín V. González.
 - 1.3. Es rescate de lo que corre riesgo de perderse para siempre. “Lo argentino se va”. Esta frase aparece en un poema argentino de Rafael Obligado y en un ensayo de Martiniano Leguizamón: “Lo argentino se va. Es urgente salvarlo, antes de que se pierda para siempre” (“El regionalismo literario”). La expresión, en prosa y en verso, tiende a “fijar” en el fluir irreprimible del tiempo, lo de ayer. Es una manifestación indirecta de derrota.

2. *Peyorativo*: supone actitud descalificadora para aquello a lo que se aplica.

2.1. Califica de “menor” a la literatura que adjetiva, una literatura de segundo nivel. Es una *capitis diminutio*. Aplica una suerte de minusvalía del producto literario.

2.2. Es la literatura de cabotaje, de vuelo o de navegación interior, sin proyección exterior, ni posibilidades de trascender a las aguas de ultramar. Es literatura de consumo interno.

2.3. Es una literatura pintoresca, curiosa, típica, de color local. Acentúa la concitación abigarrada de elementos regionales, como en una tienda de artesanías. Aun exige al lector “competencia regional”, para develar las claves y comprender alusiones, guiños y sobreentendidos. Esto limita la producción literaria a un consumo endogámico regional, para los lectores del pago.

2.4. Es un refugio de resentimiento generado por varias razones: la postergación o marginación padecida frente al centralismo porteño; la reacción frente al avance uniformador hegemónico de la globalización que va sometiéndolo todo a su rasero moldeado. Es una literatura

que nace del complejo, y no de la salud creativa.

2.5. Es el recurso de quien no puede hacer otras cosa, que no sabe cómo alcanzar trascendencia en la obra, y encubre esta limitación con una falsa libertad electiva de optar por recluirse en lo regional.

3. *Descriptivo u objetivo*: lo regional no es ni bueno ni malo, simplemente, es. Propone una realidad peculiar, diferente y no se aplica a exaltarla ni desmerecerla.

Las dos primeras acepciones, la mejorativa y la peyorativa, opuestas, coinciden en que aluden a la misma realidad: **la literatura regionalista**. La tercera acepción, la objetiva o descriptiva, corresponde a **la literatura regional**.

La literatura regionalista, como producto, o el regionalismo literario, en cuanto estética, como el rey Midas, convierten en regional cuanto tocan y todo lo reducen a esa esfera. Hay un regionalismo literario espontáneo, natural en las posibilidades del escritor. Pero el verdadero regionalismo es profesional. El autor, como Buffon que se calzaba puños de encaje para escribir al estilo neoclásico, se viste poncho –salteño, araucano, pampa– y, bajo este palio protector y motivador, se lanza a escribir.

El regionalista se cree justificado con consideraciones como éstas de Carlos Quiroga:

“Frente al cosmopolitismo racial y literario, el país ejerce su propia defensa biológica del nativismo, para conservar la unidad de su conciencia y sus más características modalidades. Pues el regionalismo de raza y territorio (forma de nacionalismo) es un fenómeno social. Es aún, más profundo y fundamental: un fenómeno biológico, porque mediante él se defiende el país de su propia disgregación, de su amenazadora y alarmante anarquía ideológica, racial y política”.³⁵

Enunciamos las limitaciones que suele padecer la literatura regionalista:

1. Se ata a una estética de base romántica apoyada en el color local.
2. Tiende al exhibicionismo colorista y al pintoresquismo.
3. Prefiere el descripcionismo que acaba por tragarse todo: “Se los tragó la selva”, es la frase final de *La vorágine*, que sintetiza el poder de lo geográfico sobre lo humano en mucha narrativa hispanoamericana.
4. Predomina en ella el énfasis sentimental ponderativo.

³⁵Op. cit., pp. 70-71.

5. Adopta el gesto desdeñoso y excluyente de lo ajeno.
6. Contiene excesivas notas nostálgicas, de tono lloroso, elegíaco.
7. Practica el culto al pasado. Gerontofilia y neofobia.
8. Se place en el encaracolamiento en lo propio, la cerrazón cultural. La región como valva protectora.
9. Acentúa el espíritu de campanario cultural.
10. Tiene el temor de las influencias: lo exterior es nocivo.
11. Tiende a la tipificación psicológica en la narrativa.
12. Exige una enciclopedia regional en el lector.

En fin, rasgos que recuerdan aquella afirmación absoluta y despistada de Giovanni Papini de que para entender *La divina comedia* hay que ser monárquico, católico y florentino. Lo mismo, aplicado a lo regional: ser salteño nativo, si no mestizo, etc.

Literatura regional

Corresponde a la acepción objetiva o descriptiva, la que no maneja prejuicios mejorativos ni peyorativos. Es la literatura que se apoya en las materias regionales para encarnar la expre-

sión personal del autor y proyectar una dimensión universal a los temas de la obra. Aplica el lema del Club de Roma: “Pensar globalmente y actuar localmente”. Es glocal.

Su base de despegue hacia la índole del hombre es un lugar geográfico, una historia localizada, unos motivos tradicionales. La región, para la literatura regional, no es un jergón para una siesta estética: es un trampolín hacia otras dimensiones. Es una ventana al mundo. No es aislacionista, es integradora. Cumple con aquello de: “Hay que honrar al padre a la madre y a Virgilio”.

La literatura regional es el nombre verdadero de la literatura, porque toda obra es regional, nace en un tiempo, en un lugar, en una región. Ahonda en el suelo del hombre y con ello se universaliza. Mitifica esta piedra, este arroyo, este campesino. Eso hacen “A un domador de caballos” de Marechal, que esencializa y aun teologiza una faena gaucha;³⁶ los poemas de Molinari, que estilizan los motivos criollos o nacionales, como los destinados a Esteco; la naturaleza y la índole humana, en los textos de Castilla; la esencialidad de hombre y paisaje en “Luz de provincia” de Mastronardi: la visión dramática

³⁶ V. Barcia, Pedro Luis. “Leopoldo Marechal y la mitopoiesis”, en *BAAL*, Buenos Aires, AAL, 2002., t. LXV, nº 257.258, julio-diciembre de 2000, pp.377-388.

de las criaturas en Tizón; el aislamiento espiritual y cultural y el ánimo purgativo de *Zama* y “Aballay” de Di Benedetto, etc.³⁷

Hay una querencia regional y un alma universal, esto lo asocian los grandes autores. La universalización de lo regional es el resultado final del tratamiento de las realidades inmediatas: motivos, asuntos, leyendas, mitos, etc..

La construcción de la región se hace por dos vías: el discurso crítico que considera su categoría literaria y por medio de la creación que se apoya en esa tierra fértil. La obra literaria lograda nos ayuda a recortar y percibir como unidad una región. La consideración diacrónica de la literatura regional muestra cómo lo cortical se ha ido asimilando en profundidad. Se advierte una creciente estilización de los elementos paisajísticos y un aligeramiento de la carga pintoresca.

Luis Emilio Soto invierte la expresión de Spranger: “regiones de vivencias”, por “vivencias de regiones”. Esto alude a una profundización anímica, honda, de los elementos regionales por parte del creador. El escritor integra estos elementos en una dimensión interior, lírica, en

³⁷ La decisión de aguas entre Premios Nacionales y Premios Provinciales de Literatura, dispuesto por las autoridades culturales de la Nación, suponen toda una óptica, una concepción de la cultura y una política.

la que se consume un “apropiamiento” de lo regional y al asumirlo le da trascendencia humana general. La región asimilada, hecha similar a sí, hecha materia de su espíritu: calvetizada, barbierizada, mastronardizada, ramponizada.³⁸ Esto es, finalmente, lo que indica la frase de Atahualpa Yupanqui: “El hombre es tierra que anda”. Ya no es una realidad externa a sí, sino parte integrante de su identidad anímica.

Hay dos actitudes simbólicas para indicar que se lleva lo original, los orígenes, por el mundo. La de los romanos que portaban consigo los penates y un puñado de su tierra natal. La de los egipcios –más procaces y aptos para la televisión argentina– que se tomaban los testículos y decían: “Donde van estos, va la patria”. Pues se trata de hacer parte de sí, de lo constitutivo del espíritu, lo regional.

Claro que un texto puede leerse regionalizadamente o universalmente. Esto depende de la apertura de la pupila del lector.

Un escritor puede situarse en varias posiciones. El “enterrado”, el que no tiene perspectiva sobre su tierra: está sumido en ella, como en un pozo sin ventanas. El “desterrado”, quien alejado de su tierra la recuerda con nostalgia; el “desa-

³⁸ Para el lector no argentino, los adjetivos corresponden a nuestros autores: Jorge Calvetti, Vicente Barbieri, Carlos Mastronardi, Jorge Enrique Ramponi.

rraigado”, que está como la flor del aire, con las raíces sin tierra, y que ha perdido su base nutricia; el “conterrado” que, en la diáspora de su tierra, la porta consigo porque ha sabido asumirla.³⁹

Debemos distinguir entre la regionalidad de corteza y la de meollo. A esta aludió Güiraldes cuando habló de “gauchía de alma”. Cuando el varón ha hecho suyo un haz de virtudes gauchas, ellas se convierten en su yegua madrina para orientarlo siempre en la vida, aunque no vista calzoncillo cribado ni bota de potro.

Unamuno sintetizó bien este hallazgo de lo universal al ahondar en lo propio, con conciencia humana:

“Es dentro y no fuera donde hemos de buscar al Hombre; en las entrañas de lo local y lo circunscrito, lo universal: y en las entrañas de lo temporal y pasajero, lo eterno. Fuerza de cada particular recinto no hay sino el espacio geométrico, abstracción de frías teorías euclidianas y metaeuclidianas; fuera de nuestra hora de dolor o goce no hay sino el tiempo matemático; la infinitud y la eternidad hemos de ir a buscarlas en el seno de nuestro recinto y de nuestra hora, de nuestro país y de nuestra época”.⁴⁰

³⁹ Uno de los últimos libros del poeta David Martínez, se llamó *El conterrado*.

⁴⁰ “Arte y cosmopolitismo”, en *Contra esto y aquello*, Madrid, Espasa, 1965, p. 124.

Dejemos de lado la sabida frase del conde Tolstoi sobre aldeas y universalidades. Atendamos a otra, vecina, de William Blake: “Ver en una gota de agua la vastedad del mar y en un grano de arena, el desierto infinito”. Es decir, saber mostrar, desde el poeta, o saber verlo, desde el lector, el mundo desde la propia región. “Buscad el centro, decía Pascal, y la circunferencia se trazará por añadidura”. Ese centro puede ser la región y la circunferencia el mundo.

Literatura de la región patagónica

Cuando hablamos de literaturas regionales argentinas, en la división de ámbitos, llegamos hasta el patagónico. En rigor no todos los que se ocupan de lo regional incluyen esta dimensión sureña. Sí la consideran Cortazar, Coluccio y Cáceres Freyre, este último, asociada al sustrato indígena, por eso habla de “la Patagonia araucanizada”.⁴¹

⁴¹ Con esta denominación el autor no hace referencia a los habitantes naturales, a la verdadera gente nativa, original del espacio patagónico: los tehuelches, y solo hace mención a los araucanos, provenientes de Chile.

Por lo demás, quien la incorpora, desde lo lingüístico, es María Beatriz Fontanella de Weinberg, al dividir en tres la región Litoral, establecida por Berta Vidal de Battini: la litoral, propiamente dicha, la bonaerense y la patagónica, desde Río Negro a Tierra del Fuego.

La región patagónica va desde Río Negro a Tierra del Fuego, y allí se acaba el país, al parecer, para los cartógrafos de las regiones literarias. Tierra del Fuego pareciera ser la *finis terrae* para la creación literaria. Lo demás sería silencio y vacío creativo. Mi propósito es hacer oír la voz que clama en el hielo desértico.

Cabe decir, inicialmente, que llevó su considerable tiempo y dedicación ir incorporando la vasta meseta patagónica entre las regiones considerables desde la atención literaria creadora. La parte del león, por décadas, en las referencias a lo patagónico, se la llevó la literatura de viajeros.⁴² La Patagonia, hasta el extremo sur argentino, se hacía presente en la voz y en la letra de quienes la pateaban de tránsito pero no de quienes la poblaban, la habitaban y la hacían nuestra. Para tener una imagen del caudal de esta bibliografía de viajes patagónica, bastaría con una elemental compulsión a obras que han registrado con detalle esta materia.⁴³

En la conquista territorial literaria el lema no fue *Go to West*, como en la norteamericana, sino: “Vamos hacia el Sur”. Sobre el origen del nombre mismo de la región, se plantearon

⁴² V. Livon-Grosman, Ernesto. *Geografías imaginarias. El relato de viajes y la construcción del espacio patagónico*. Rosario, Beatriz Viterbo, 2003.

⁴³ Santos Gómez, Susana. *Bibliografía de viajeros a la Argentina*. Buenos Aires, FECIC, 1983, 2 tomos.

opiniones encontradas, algunas muy simplistas, como aquella de los habitantes de pies grandes, o patas, envueltas en pieles. Hoy se sabe, indisputablemente, y a partir de una contribución inicial de la sabia María Rosa Lida de Malkiel, que el origen del nombre está en el del gigante Patagón, personaje con cabeza de perro, orejas grandes hasta los hombros, dientes agudos y retorcidos, que viste de pieles y se enternece frente a las damas, como Sélvida, Gridonia y Zérfira, al que –como hace Magallanes con dos de esos indígenas– lo embarcan para exhibirlo en la Corte. Patagón aparece en una olvidada novela de caballerías, *Primaleón* –a partir del capítulo CXXXIII- la que, sin duda, leía Magallanes en los días de su viaje por la costa atlántica sur.⁴⁴

Cuando Sarmiento propuso en su *Facundo* ocuparse de las regiones del país que, con sus

⁴⁴ Lida de Malkiel, María Rosa. “Para la toponimia argentina: Patagonia”, en *El cuento popular y otros ensayos*. Buenos Aires, Losada, 1976, pp. 91-97; anticipado en *Hispanic Review*, XX, 1952, pp., 321-323. Puede verse, en nuestros días: González, Javier Roberto. *Patagonia-Patagones: orígenes novelesco del nombre*, Chubut, Subsecretaría de Cultura, 1999, 69 pp.

Hay edición moderna excelente de la novela: *Primaleón* (Juan de Porras, 1512). Edición de María Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998; Los Libros de Rocinante, 3, 555 pp. Y *Primaleón. Guía de lectura*. por María Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, 149 pp.

rasgos naturales fuertes y definidos, configuraban, y hasta determinaba, a sus habitantes, habló de tres ámbitos: la montaña, la selva y la pampa. Curiosamente, se ocupó del último, que conocía “de oídas –o de leídas, para ser exactos– que no de vista”, como dice el verso del romance viejo. Extraño que, un hombre hijo del primer espacio mencionado, el de la montaña, le haya dado la espalda a su hábitat y se haya aplicado a un territorio que le era ajeno y que desconocía. Como se sabe, solo en 1851, cuando estaba al servicio del ejército del general Justo José de Urquiza - donde operaba como boletínero-, conoció la Pampa en su avance junto a las tropas, hacia Buenos Aires, en la empresa de desplazar a Rosas, su obsesión fundamental.⁴⁵

No es que no se ocupara de la Patagonia, lo hizo, por cierto, pero para estimarla territorio chileno, y aun para proponer el avance en ella de misiones evangélicas protestantes, de acuerdo con su concepción positiva acerca de la eficiencia de estas misiones sobre las católicas. Las católicas que, desde el principio de la conquista, batieron el Sur, se instalaron en el espacio patagónico y ejercieron su docencia apostólica y civilizadora. Las misiones protestantes abordaron la Patagonia desde el Atlántico y sembraron beneficios espirituales

⁴⁵ V. Barcia, Pedro Luis. “Estudio preliminar” de su *Ideario de Sarmiento*, Buenos Aires, Academia Nacional de Educación, (en proceso de edición).

igualmente fructíferos, pero menos manifiestos que los fundacionales de jesuitas y salesianos.

Este episodio sarmientino de “concesión” generosa a Chile del territorio patagónico es poco conocido, o, al menos poco o nada recordado, y negado por otros. Pero la serie de cartas existen y han sido editadas con suficiente documentación.⁴⁶

José Hernández, en su escrito anejo a la primera edición de *El gaucho Martín Fierro* (1872), titulado “Camino trasandino”,⁴⁷ planteó, con notable conciencia de defensa de la soberanía y la necesidad de tomar posesión de nuestro espacio territorial total. Las consideraciones de Hernández son de lo más lúcidas que se hayan escrito sobre el tema. No obstante, las ediciones suprimieron estas reflexiones esenciales, o no las cursaron. Transcribo algunos pasajes desconsiderados por casi todos los que se han ocupado de estos temas:⁴⁸

“Desgraciadamente son muy escasos e incompletos los conocimientos que poseemos sobre nuestra geografía interior. Cubren todavía aquellas regiones, las sombras que las envolvieron en los siglos pasados.

⁴⁶ V. Barcia, Pedro Luis, *Ideario de Sarmiento*, ob. cit. loc. cit.

⁴⁷ V. Barcia, Pedro Luis. “José Hernández y la cultura popular”, en *Cuadernos del Milenio*. Buenos Aires, UCA, n° 3, 1991, pp. 85-99.

⁴⁸ Citado en nota 2. Mantengo la ortografía.

Durante más de trescientos años, las autoridades dependientes de la Metrópoli, dejaron en el más completo olvido y abandono, así la región Andina, como las vastas comarcas Patagónicas y los fértiles territorios del Gran Chaco. Nosotros heredamos esa apatía y ese descuido”

Demarca tres regiones olvidadas de los gobiernos; la andina, la patagónica y la chaqueña. Y a partir de este encuadre, hace muy válidas consideraciones sobre las exploraciones patagónicas a lo largo de los siglos XVIII y XIX.

A los dos años del poema gauchesco, Hernández suscribirá con el seudónimo de “Un Patagón”, varias cartas publicadas en el periódico *La Patria*, de Montevideo, donde pelea por el federalismo frente a los gobernantes de turno.⁴⁹

La Patagonia le debe una atención a este porteño que fue Hernández, también en este aspecto de defensa de la soberanía en aspectos sobre los que escribió en defensa de la integridad del territorio nacional: la Patagonia, las Malvinas,⁵⁰ y los pasos de la Cordillera de los Andes.

⁴⁹ Rela, Walter. *Artículos periodísticos de José Hernández en La Patria, de Montevideo* (1874), Montevideo, Editorial El Libro Argentino, 1967.

⁵⁰ Hernández, José *Las Islas Malvinas*. Buenos Aires, Joaquín Gil, editor, MXCLII, 63 pp. Contiene el artículo publicado en *El Río de la Plata*, Buenos Aires, nº 92, 26 de noviembre de 1869.

En 1898, Roberto Payró recogió en dos tomos, con el título de *La Australia Argentina*, un vasto conjunto de crónicas que había publicado a lo largo de ese año en *La Nación*, de Buenos Aires, a medida que adelantaba en su viaje por la Patagonia, Tierra del Fuego y la Isla de los Estados, a bordo del “Villarino”. Bartolomé Mitre le envió una carta a Payró, fechada el 12 de septiembre de 1898, y que el periodista colocó como prólogo de su libro. En lo esencial contiene este párrafo definitivo:

“Sus páginas sueltas, popularizadas por el diarismo, serán leídas y estudiadas con provecho por propios y extraños, cuando se presenten al público en la forma definitiva del libro, por cuanto satisfacen una necesidad vital. No basta ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea y lo fecunda por el trabajo, y sobre todo, si el libro no le imprime el sello, que constituye como un título de propiedad, haciéndolo valer más. *Este libro, como comentario de un país geográfico hasta hoy casi mudo, importará la toma de posesión en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para dilatarla y vivificarla.*” (pp. 7-8)⁵¹

⁵¹ Payró, Roberto J. *La Australia Argentina*. Prólogo del general Bartolomé Mitre. Buenos Aires, Editorial Minerva, 1898, 2 volúmenes. Cito por la 5ª ed. del mismo

Payró acude a todo: a los detalles geográficos, científicos, económicos, sugiere formas de explotación de la tierra, instalación de industrias, formas efectivas de colonización, maneja cartografía, ilustraciones, estadísticas, entrevistas, descripciones paisajísticas, retratos y etopeyas.

Destina a Tierra del Fuego dos capítulos finales del tomo primero, los XVIII. “Los fueguinos. Las tres razas”. Incluye Algunas leyendas indígenas, y el XIX, un simpatiquísimo capítulo intitulado: “Los fueguinos *at home*”. Advierto que con la expresión “los fueguinos, se refiere así a los indios onas”. Transcribe algunas notas de las canciones indias en pentagrama.⁵²

Del tomo segundo, destina a la Tierra del Fuego los seis capítulos iniciales, para pasar

año, lo que revela el éxito de venta para la editorial y la atracción que el asunto despertó en los lectores argentinos, básicamente, porteños. La cursiva es mía.

⁵² En ocasión que una delegación de la AAL hizo una visita a Tierra del Fuego, –fuimos el mayor poeta fueguino, el académico José María Castiñeira de Dios y el que esto escribe, y tuvimos una activa participación en medios y dictamos conferencias– para lanzar desde el punto extremo del continente de habla española, el III Congreso Internacional de la Lengua, que se realizó en Rosario, propusimos a las autoridades hacer una antología del libro de Payró, como un comienzo de una colección destinada a los alumnos secundarios de la Isla, como para robustecer su identidad y su sentido de pertenencia. Las autoridades políticas no continuaron con la propuesta.

luego a la Isla de los Estados. La descripción del canal de Beagle, al que definió para siempre la palabra poética de Góngora como: “bisagra de cristal de dos oceanos” (naturalmente, grave nuestro actual esdrújulo).⁵³

La difusión que el libro alcanzó, como insólito *best seller*, fue todo un acontecimiento, en un momento en que el mercado librario argentino –salvo el libro de Hernández– se vendía menos de dos decenas de ejemplares de una obra, puso a la Patagonia, “la última región del país” en el interés generalizado. La obra fue acertadamente definida por un editor como “un libro de gobierno”.⁵⁴

⁵³ Antes de dejar el tema, quisiera recordar que en esta isla, don Ricardo Rojas, entre enero y mayo de 1934, en el presidio, como residente obligado, no como visitante, compuso su poema “El albatros”, que publicara en la primera página de una edición dominical del diario *La Nación*, y las viñetas de otro libro suyo: *Archipiélago*, que también difundió el diario de Mitre.

¡Seas, Tierra del Fuego, altar del mito!
Isla del Fuego, última patria, eterno
confín de nieve en que renacen flores

⁵⁴ El editor barcelonés, Rodríguez Giles, apuntaba en una “Advertencia al lector”, en su edición de la Casa Sopena:

“*La Australia Argentina* describe la Patagonia, la Tierra del Fuego y la Isla de los Estados, tales como en 1898, antes de que se realizaran los pronósticos del progreso incalculable que hiciera el autor, y antes de que se

Los extranjeros, particularmente ingleses y franceses, han dejado su huella en la toponimia patagónica, fueguina e insular austral, sobreimprimiéndola a la española original, pues, claro, no fueron ingleses ni franceses los primeros en visitar esas regiones, y menos en explorarlas en profundidad. Los ingleses se han aplicado, dice Payró, a “rebautizar” la realidad austral argentina, descartando los nombres españoles primigenios de muchos accidentes geográficos. Frente a lo que, propone el autor, cabría ensayar algunos rerebautizos “en cristiano”.

Payró embarcó junto con el perito Francisco Pancraccio Moreno, compañero de excelencia para su excursión, y máxima autoridad en cuestiones australes. Payró comenta con optimismo que resultó fallido: “Ya se ha desgarrado el velo que nos ocultaba a la Patagonia y nada podrá detener ahora su rápida población y su progreso continuo” (I, 41). La realidad lo desmentirá. El camino será largo, lento y dificultoso, por no decir y aun inacabado.⁵⁵

pusieran en práctica sus sabios consejos, que han hecho declarar a uno de nuestros más distinguidos hombres de Estado que ‘Este libro es un libro de gobierno’, y a un ex presidente que ‘deben leerlo todos los argentinos, y sobre todo los hombres de gobierno’.

⁵⁵. Barcia, Pedro Luis. “Prólogo”, a Héctor L. Fasano: *Perito Francisco Pascasio Moreno, un héroe civil*, La Plata, Fundación del Museo de La Plata, 2002, pp. 7-8.

Payró ha leído, previo al viaje, un buen caudal de libros sobre las tierras que visitará, pero, además, lleva consigo varias obras de las que incluye en su prosa pasajes que le sirven para contrastar lo leído con lo que va viendo o para ratificar, o completar o matizar lo que conoce ahora a ojo con la perspectiva de los exploradores y viajeros. Tiene presentes sus lecturas de los diarios de viaje de Pedro Sarmiento de Gamboa, las observaciones de Pigafetta, las páginas tantas veces repetidas de Darwin, de D'Orbigny, Bouganville, la *Descripción o derrotero*, de Fitz Roy; las memorias de los gobernadores españoles y criollos, los escritos del capitán Moyano; de Ramón Lista, sus *Viaje al país de los tehuelches* y *Viaje a la país de los onas*, que no tienen el encanto estilístico del clásico *Una excursión a los indios ranqueles*, por cierto, pero que se leen con gusto y provecho, y que han sido cursados por pocos argentinos; y, naturalmente, los escritos de su compañero de viaje, Francisco Moreno. A ello le suma la lectura de los portugueses, los recientes trabajos de un pionero como Julio Popper, y las fabulaciones de Fray Mocho de *En el mar austral* (1897), aparecidas el año anterior al viaje de Payró. Del libro de José Ceferino ("Zeferino", dice la partida de bautismo) Álvarez, Payró, crédulamente transcribe varios pasajes sin sospechar que la obra del entrerriano era producto de una superchería, pues jamás pisó las tierras australes. La obrita de Fray Mocho no es

sino un buen zurcido de la información obtenida en lecturas y de vivaces conversaciones con toda laya de gente que visitó las regiones fueguinas.⁵⁶

Avanza el periodista viajero por el espacio abierto e incluye en sus crónicas riquísima información tomada de informes, de diarios de viajes, de libros científicos y muchos de viva voz de sus informantes. “La esterilidad se extiende como una maldición sobre todo este país”, escribió injustamente Darwin, frase que muchos creyeron y repitieron y contribuyó a fundar el mito de “la tierra maldita”, que, a propósito y como se sabe, fue título de una vigorosa colección de cuentos de Lobodón Garra (Liborio Justo), ambientados en la meseta patagónica.

La verdad está cifrada en la frase que escuchó Payró a un viajero: “La Patagonia es hijastra” (I, 184). Se alude con estas palabras a la desatención de los gobiernos que hizo de un tercio del país, la vasta tierra austral, una Patria de segunda.

La preocupación que presta el cronista del periodista a las escasas páginas periodísticas que se editan en el Sur, lo llevan a observaciones graciosas. Una, dice del diario *El Chubut* que está “escrito más o menos en castellano” (p. 54). Y, a pelo, recuerda la anécdota aquella en la que el diablo se pregunta cómo sembrar la

⁵⁶ Barcia, Pedro Luis. *Fray Mocho desconocido*. Buenos Aires, Ediciones Mar de Solís, 1979.

discordia entre los habitantes de una región que llevaban una vida armoniosa: “¡Llévele usted dos imprentas!”, le aconsejó el diablo Asesor, con conocimiento de los efectos.

Payró mira con nostalgia “el telégrafo óptico de los humos en la Patagonia”. Y piensa cuánto hay que trabajar para la integración de ese tercio del territorio nacional a la vida del país. Una frase simple es lapidaria: “La comunicación es la incorporación” (p. 259) Hay dos carencias grandes allí: agua y comunicación.

La historiografía literaria, también a paso procesional, le ha ido dando alguna cabida en los balances nacionales a la literatura patagónica desde los centros de poder de la estimación crítica, como Buenos Aires. En la última década, han sido los propios estudiosos, nativos (*nyc*)⁵⁷ o aquerenciados, de la Patagonia —y esta bien que trabajen *pro domo sua*, sin aguardar convalidaciones desde otros espacios— quienes han avanzado en propuestas de periodización, descripción, y tratamiento crítico del caudal literario de la región. Ya disponemos de algunos esquemas para historiar la creación literaria patagónica. También se va progresando en estudios hemerográficos concretos, que dan peso a periódicos y revistas de la meseta. Van abundando las antologías de narraciones y de poemas, que

⁵⁷ *Nyc*: “nacidos y criados” en la Patagonia.

difunden la creación literaria patagónica hacia las regiones del norte del país, facilitando así el diálogo lector y crítico.

La realización de congresos –en la sistematización organizada de los cuales alguna vez tuvimos que ver– sobre literatura patagónica ha avanzado también con creciente firmeza y, más allá de los riesgos que se corren en estos casos de posibles y reales endogamias críticas y de perspectivas de campanario, se ha consolidado un creciente sentido de pertenencia y una cada vez mejor definida conciencia del propio patrimonio literario. Las nuevas generaciones de profesores han laborado sobre los surcos trazados por los pioneros del campo historiográfico y crítico. Hoy se ve, en congresos de literatura argentina, la presencia de jóvenes que presentan ponencias con aportes válidos, que van creciendo en rigor estimativo y fundamento teórico, sobre la expresión creativa escrita de su tierra de origen. El aporte de las tres universidades australes –la Universidad Nacional de la Patagonia “San Juan Bosco”, la Universidad Nacional del Comahue y la Universidad de la Patagonia Austral– ha sido altamente positivo en la actividad intelectual y en el estudio de las propias realidades de la región.⁵⁸

⁵⁸ En las dos últimas décadas se han editado estudios y antologías que cubren con sus panoramas los territorios de Río Negro, Neuquén, Chubut y Santa Cruz. Por dar

Literatura de Tierra del Fuego e Islas Malvinas

En fin, el viaje hacia la propia casa ha sido arduo pero va resultando de firme rescate y afirmación. Y, paso a paso, se llega a la Tierra del Fuego, la ciudad más austral del mundo. Para los fueguinos, el Norte es la Patagonia. Lo que se llamaba Territorio Nacional de la Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, ya estamos pisando nuestro territorio poético acotado: la Antártida. Para lo antártico, a su vez, la tierra fueguina es el Norte.

Ricardo Horacio Caletti publicó hace un cuarto de siglo largo un noticioso tomito intitulado *La literatura de Tierra del Fuego*.⁵⁹ En rigor, solo el último capítulo se aplica a considerar lo escrito con intención y efecto estético sobre la tierra fueguina; el resto del libro nos informa sobre los pobladores primitivos, los onas, los

un par de ejemplos: Bustos Fernández, María Amelia. *La literatura de la Patagonia Norte, un imaginario en la frontera*. Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 1996; *Patagónicos. Narradores del país austral*. Selección y prólogo de Cristián Aliaga y María Eugenia Correas. Chubut, Ministerio de Cultura y Educación del Chubut, 1997; las excelentes antologías de Cecilia Glaszman, y un largo etcétera.

⁵⁹ Caletti, Ricardo Horacio. *La literatura de Tierra del Fuego*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975, 109 pp.

yaganes, los alacalufes; los esfuerzos evangelizadores ingleses, con el patriarcal Thomas Bridge a la cabeza de las iglesias protestantes; y, a la vez, los padres salesianos, en su inculturación evangélica católica, con la figura prócer de Alberto D'Agostini; luego le dedica un capítulo a los viajeros y exploradores, a los dos presidios de funesta fama en la isla de los Estados (1896-1902) y en Usuahia (1911-1947); recuerda los aportes de científicos como José Imbelloni, Lehmann-Nitsche, Carlos Gallardo; los trabajos de los historiadores de la isla, como Arnoldo Canclini, Juan Hilarión Lenzi, Armando Braun Menéndez y, finalmente, a los poetas.

En 1998, Roberto Salama publicó un aporte interesante por lo sistemático de la oferta: *Literatura fueguina 1975-1995. Panorama*, que ordena su materia en los tres géneros clásicos: dramático, narrativo y lírico, pero, además, incluye una completísima bibliografía. Es elogiable el esfuerzo hecho sobre la provincia más austral de nuestro país, cuando hay otras de mayor peso histórico, político y cultural que no cuentan con una historia de sus letras.⁶⁰

⁶⁰ Santana, Roberto. *Literatura fueguina. 1975-1995*. Panorama, Buenos Aires, Editorial Medrano, 1998; con el apoyo de la Asociación Hanis; 224 pp.

Provincias como, por ejemplo, Catamarca, Entre Ríos, Córdoba, han avanzado buenas historias literarias de su ámbito.

Es atendible en la Tierra del Fuego —habitada por los que llama José Luis de Imaz en su estudio sociológico *Los hombres del confín del mundo*— se dio una peculiaridad lingüística, única en el país, y seguida de cerca por la realidad del Chubut. En la gran isla, la lengua castellana solo estuvo viva gracias a unos pocos españoles y escasísimos argentinos, que la hablaban, en medio de una verdadera Babel de lenguas, entre las que el dalmata de los guardias de Popper, y el italiano de los salesianos, el inglés de los evangelizadores y comerciantes, imponían sus usos por sobre la lengua dominante en el continente. Pero la lengua castellana comenzó a cantar las bellezas de la región en el *Romancero de Tierra del Fuego* (1900), de mi copoblana Margarita Hortensia Raffo, la voz ocasional de Luis Gorosito Heredia (“Nice Lotus”), en sus *Penínsulas del cielo* (1947), hasta llegar a la voz lírica más lograda nacida en la gran isla: la de José María Castiñeira de Dios, quien, en su “Oda filial da Tierra del Fuego” alcanzó la mayor celebración poética de su ámbito. En la mencionada visita a la Isla, que hicimos con Castiñeira de Dios, presentamos su última obra, de entonces: *Tributo a Usuahia*, en que hermosamente nuestro poeta y académico, evoca su

primera infancia fueguina, con notable fluidez y acierto expresivos.⁶¹

Un paso más hacia el sur de la geografía poética argentina, las Islas Malvinas han sido objeto del canto lírico de muchos argentinos: poemas de Martín Coronado, de Arturo Capdevila, de Ismael Moya, de Héctor Pedro Blomberg, Miguel Tejada, el hermoso texto de José Pedroni, esencial y expresivamente desnudo y nítido, entre otros. Place recordar la “Marcha de las Malvinas”, cuya letra es obra de quien fuera académico y secretario de nuestra Casa, don Carlos Obligado, con música del maestro José Tieri.

Pero también las Malvinas han motivado libros poéticos enteros, como el *Cancionero de las Islas Malvinas. Nuestra Señora de la Soledad*, de Luis Ortiz Behety o *Estas islas son nuestras*, de Enrique González Trillo. Una muestra colectora de las Malvinas como motivo del canto lírico es el libro de José Ada Fonseca Figueira: *Como los poetas cantaron a las Malvinas*.⁶²

⁶¹ Barcia, Pedro Luis. “Carta al poeta fueguino”, Prólogo a *Tributo a Ushuaia*, de José María Castiñeira de Dios, Buenos Aires, Gráficas Yermal, 2004, pp. 17-21.

⁶² Fonseca Figueroa, José Ada. *Cómo los poetas cantaron a las Malvinas*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1978.

PRIMERA PARTE ^{R 199570}
DEL PARNASO
ANTARTICO,
DE OBRAS
AMATORIAS.

Con las. 21. Epistolas de Orzidio, i elin Ibin, en tercetos.
figidas a dō Juan de Villela, Oydor en la Chancilleria de los Reyes.

Por Diego Mexia, natural de la ciudad de Sevilla, i residente
en la de los Reyes, en los riquissimos Reinos del Piru.



Con Privilegio; En Sevilla.

Por Alonso Rodriguez Gamarra.

Las voces *Antártico* y *Antártida*

La creación del adjetivo “antártico” se genera a partir de lo opuesto a lo “ártico (u opuesto a la Osa” (Arctós) Mayor, la constelación del Polo Norte. El adjetivo griego “antarktikós” –documentado en Aristóteles y en Plutarco–, dio en latín *antarcticus*, presente en Apuleyo y otros autores, y pervivió hasta la Edad Media, por ejemplo, en textos de Gerberto y de Alberto Magno. En la Edad Moderna, se lo usa castellanizado: “antártico”, al menos desde el siglo XV. Alfonso de Palencia, en su lexicón escribe: “*Antártico*, el quinto círculo del cielo, dicho así por ser contrario al círculo ártico”.⁶³ Se verifica su uso frecuente en la lengua poética en el siglo XVI, y, muy cerca de nuestra realidad austral, en el caso de Alonso de Ercilla, *La Araucana*, 1569:

Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa.⁶⁴

En el mismo siglo, Cervantes, en *La Galatea*, de 1585, alude igualmente a la “región”:

De la región antártica podría

⁶³ *Universal vocabulario*, Sevilla, 1490; ed. de J. Mill, Madrid, 1957, 10a.

⁶⁴ Canto I, vv. 41-42.

eternizar ingenios soberanos.⁶⁵

A poco, en el siguiente siglo, es frecuente su aparición en verso, por ejemplo en Artieda (*Poesías*, 1604, folio 23b), refiriéndose al hemisferio Sur:

Que el *hemisferio antártico* comprende
y de bárbara sangre deja tinto.

El adjetivo era frecuente en títulos de poemarios antológicos *Miscelánea antártica* (1586), de Miguel Cabello de Balboa, o las *Armas antárticas* (1615), Diego Mexía de Fernangil (+1617)⁶⁶ compuso una suerte antología que tituló: *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias con las 21 epístolas de Ovidio* (Sevilla, 1608). En la presentación, leemos:

Si Marte llevó al ocaso
las dos columnas de Apolo,
llevó al *Antártico Polo*
a las Musas y al Parnaso.

⁶⁵ Ed. A Valle Arce, Madrid, Castalia, II, 1961, p. 211.

⁶⁶ “Natural de la ciudad de Sevilla; y residente de la de los Reyes, en los riquísimos Reinos del Pirú”, se lee en la portada.

Resulta interesante el señalamiento: la Guerra, Marte, rompió todos los límites del espacio geográfico conocido (el *Non plus ultra*) y llevó, a la región austral, el coro de las hijas de Apolo, las Musas, y el Parnaso completo. Así resulta, por efecto indirecto, Marte gestor de la poesía antártica.

El *Parnaso* contiene un famoso y extenso “Discurso en loor de la poesía”, compuesto en impecables tercetos, y cuya autora anónima firma como *Limeña*, y de quien dice Diego Mexía: “Señora principal de este reino, muy versada en lengua toscana y portuguesa”. Nada más se sabe de ella. En el *Parnaso*, se incorporan otros poetas *antárticos*, como Pedro de Oña, Duarte, Salcedo, Montesdeoca, etc. Del “Discurso...” selecciono algunos versos sugestivos:

“Aquí, *Ninfas del Sur*, venid ligeras...v. 22

“el *austrino polo*”, v.43, nuevo adjetivo sinónimo de “austral”

“Así también el soberano Apolo
le dio (*a la Reina Isabel*) su pluma para que
volcara
del eje antiguo nuestro nuevo polo”, vv.
472-4

“Y vosotras, *antárticas regiones*,

también podéis teneros por dichosas
pues alcanzáis tan célebres varones, vv.
496-8

“La *antártica región* que al orbe atruena”
v. 553

“Y tú, Antonio Falcón, bien que te atreves
la *Antártica Academia*, como Atlante,
fundar en ti, pues sobre ti la llevas, vv.
607-608

Y, en el mismo año, en Lima, Perú, consta que estaba instalada una *Antártica Academia*, fundada por el poeta Antonio Falcón, que la poetisa connacional menciona en su texto. La nuestra bien pudo denominarse: *Academia Antártica Argentina de Letras*.

En el siglo XVIII, el *Diccionario de autoridades*, registra el adjetivo: ⁶⁷

antártico. adj. Epíteto que se aplica al Polo Meridional del Orbe, que es opuesto al Polo ártico o septentrional. Es voz de la Astronomía. Lat. *Polus antarcticus australis*. Pant (se refiere a Anastasio Pantaleón):

⁶⁷ *Diccionario de autoridades*. Edición facsímil. Madrid, Gredos, 1963, t. A-C, f. 304^a.

Perdiendo el *Polo antártico* la estrella.

antártico. Por ampliación, se dice a lo que pertenece o tiene relación con el Polo antártico. Lat. *antarcticus, a, um*. Burgos (Lope de Vega), *Gatomaquia*, Sylva 5:

O tú, don Lope, si por dicha ahora
por los mares *antárticos* navegas.

En la Edad Media, comenzó a nombrarse “Antártica” la zona del polo Sur. La primera vez que la voz “Antártica” aparece impresa es en la portada de la edición de una carta de Américo Vesputio a Lorenzo Pedro de Medicis, en 1505. También se la denominó *Terra australis* o *Terra australis ignota*, en los mapas del siglo XVI. Una tercera designación será la de “Magallánica”, a la tierra que se suponía estaba más allá del Estrecho que lleva el nombre de su descubridor. Con las exploraciones posteriores se descubrió que, más allá de Tierra del Fuego, había un vasto mar que, luego se supo, mediaba entre ese punto final del continente y lo que se se descubriría como tierras polares.

La región antártica en su conjunto es designada como “el Antártico”; y las tierras de esa región, “la Antártida”.

En nuestro país, el adjetivo “antártico” ha sido usado desde hace unas cuatro décadas, con sostenida frecuencia. El adjetivo “antártica”, sustantivado, referido a la Antártica, también se ha usado, pero en menos ocasiones.⁶⁸

Una tercera variante, hipotética, además de “antártico” y “antártica”, es “antártida” o “antartida”, formado con el sufijo de origen griego *-ida*, vía latín, que en esas lenguas genera patronímicos (Crónida, Priamida), no gentilicios.

En 1970, Clemente Ricci, hijo, formuló una consulta previsor a nuestra Academia acerca de cómo deberían llamarse los nacidos en la Antártida, “los naturales de la Antártida”. La consulta se anticipaba a lo adveniente y la Academia resumió así su dictamen:

“La Academia Argentina de Letras considera, por lo tanto, que *antártico*, *-ca*, usado como sustantivo (un hombre antártico, *un antártico*; una mujer antártica, *una antártica*) es el más

⁶⁸ “Emprenderán un viaje de reconocimiento en el sector oriental de la zona antártica australiana”, *La Prensa*, Buenos Aires, 26 de enero de 1948, p. 6; “Se incorporaron dos nuevas regiones; la Región Mesopotámica y la Región Antártida”, *Guía*, CNC, Buenos Aires, n° 51, IX, 1949, p. 71; “Se ha plateado la cuestión de los derechos argentinos sobre las regiones antárticas”, Reinaldo Pastor, *DSD*, 19 de mayo de 1948, p. 389. Todos estos ejemplos los trae: Ragucci, Rodolfo. “Neologismos de mis lecturas”, en *BAAL*, Buenos Aires, AAL, 1957, t XXII, n° 86, p. 11.

adecuado para la función con que se desea emplearlo, y que el riesgo de una confusión con el adjetivo *antártico*, *-ca* (*el polo antártico*, *los hielos antárticos*) prácticamente no existe debido a la fuerza discriminatoria del contexto”.⁶⁹

Son variadas las designaciones antiguas que aparecen en mapas y planisferios: la *Antarctica* (de Américo Vespucio, 1505), “*el acabamiento de la Tierra*” (Francisco de Hoces, 1526), la *Terra Australis Ignota* (Cornille Wytfliet, 1611), la *Frigida zona* (Joao Baptista Lavanha y Kluis Texeira, 1612), “el País de los Hielos”, “el Continente blanco”, etc.

Literatura antártica: al sur del sur

*Habría que crear, Antártida Argentina,
un lenguaje especial para hablarte. La voz se
hace trizas, se hace espectral y fina.*

*Solo es posible el diálogo entre tu tierra
y Dios*

Luis Ortiz Behety

⁶⁹ “Antártico, ‘natural de la Antártida’”, en *Acuerdos acerca del idioma* Buenos Aires, BAAL, t. V (1971-1975), 1986, pp. 30-33. Y Barcia, Pedro Luis. “Dos gentilicios especiales: malvinero-malvinense y antártico”, en *Hacia un Diccionario de gentilicios argentinos (DiGA)*, ob. cit., pp. 41-44.

El titulillo precedente puede ser visto como excesivo; y lo es, quizás. No existe, en rigor, un caudal literario estimable que constituya un corpus de “literatura antártica”. Pero, como se dice sabiamente, principio quieren las cosas, o como reza el refrán español: “De a uno come la gallina y se enllena, y uno a uno se hace docena”. O, bien, para darle un toque más universal al comentario, retraigamos el aforismo oriental del *Upanishad*: “Un largo camino se inicia con un paso breve”. De estos primeros pasos me ocupare aquí, de los que comienzan a hacer camino.

Los textos que he seleccionado son pioneros en lo suyo. Se trata de explorar un territorio casi intocado por la palabra creadora. Las primeras notas y apuntes escritos por un argentino que vivió en la Antártida, son las del alférez José María Sobral, primer compatriota que pisó tierra antártica y permaneció dos años en ella. Por eso le he hecho sitio generoso y merecido en la *Breve antología*. A sus páginas le seguirán las del *Diario*, de Hugo Acuña, integrante del primer plantel que se instaló el histórico 22 de febrero de 1904 en la isla Laurie. Y, más espaciadamente, las de Moneta y Soria. Con el tiempo, se irán dando otros registros, cada vez más elaborados, escritos con mayor conciencia descriptiva y narrativa de lo visto y vivido. Dejemos de lado, por supuesto, los textos redactados en lengua neutra,

como son los informes de cada misión. En este derrotero que va desde los libros de bitácora a la literatura creativa, ocupan un puesto medio, de puente entre una realidad seca, escueta y sin intención de expresividad y el poema, las obras de recuerdos o memorias de la vida en el Continente Blanco.

Atenderé a páginas, en prosa o en verso, que procuran y logran, o no lo intentan y los alcanzan, fines de expresividad y de cierta originalidad. El tratamiento verbal de la materia antártica puede ordenarse en cuatro niveles, según estimo y, espero, logre explicarlo.

En un primer nivel sitúo un texto inicial: *La vida en el polo* (1886), poema desconocido en el corpus de la literatura argentina, que rescaté del olvido. Se trata de un simpático y aun atractivo ejercicio imaginativo que sitúa su acción en el espacio de los hielos polares, sin mayor intención de fidelidad a la realidad del sitio, obviamente desconocido para el autor, y sobre el que no aborda ni impulsa ninguna fuente informativa para dar cierta veracidad a su obra.

Un segundo nivel es el de los textos generados por la experiencia antártica, es decir que quienes los escribieron habitaron la tierra helada un tiempo considerable. Tal es el caso de *Cuatro años en las Orcadas del Sur*, de José

Moneta⁷⁰ y de *La vida en la Antártida. Mis días en Melchior*, de Alberto Aníbal Soria.⁷¹ Ninguno de estos dos miembros de expediciones a la tierra antártica son escritores de profesión, pero alcanzan un buen nivel de sugerencia y atracción y, por momentos, de nivel estético. Les haré sitio en mi tratamiento preliminar, no en la antología, porque son tal vez, de cuanto se ha escrito sobre la Antártida, las dos obras clásicas en su especie.

El tercer grado es el de los escritores profesionales que escriben sus obras como resultado de haber alcanzado la “experiencia antártica” en un viaje de placer o de turismo. Es el caso de un prosista, Sergio Piñero (h), de la generación martinfierrista con *El puñal de Orión* (1925), y el de cuatro poemarios, aquí considerados: los de Luis Ortiz Behety, con *Antártida argentina. Poemas de las tierras procelares* (1948) y, del mismo año, de Nicolás Cócara, *Donde la patria es un largo glaciar* (1948); luego, *Antártica. Poemas de hielo* (1960), de Carlos Moneta Testa, y Marcos Victoria, con sus *Sonetos antárticos* (1970).

⁷⁰ Moneta, José Manuel. *Cuatro años en las Orcadas del Sur*. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1949; es la 6^a ed., cito por esta.

⁷¹ Soria, Alberto Aníbal. *La vida en la Antártida. Mis días en Melchior*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft limitada, 1954, 317 pp.

Un cuarto nivel es el de escritores que no han tenido contacto con la realidad antártica, pero se informan sobre ella para la composición de sus obras. En este nivel figuran las dos obras de teatro de las que me ocupo: *Islas Orcadas*, de José María Monner Sans y Román Gómez Masía y *Continente viril*, de Alejandro Acobino.

Dos obras clásicas de la vivencia antártica

Cuatro años en las Orcadas del Sur, de José Manuel Moneta

Antes de abordar el corpus que constituye propiamente lo que llamo “literatura antártica argentina”, me ocuparé brevemente de dos obras “clásicas” sobre la Antártida, que no han sido guiadas en su composición con intención creativa de sus autores, sino solo por el interés testimonial. Las dos obras tienen en común que exponen la experiencia humana de argentinos en la Antártida y en ello se centran. No se atarean en informaciones científicas ni se aplican a precisar latitudes, longitudes y cartografías. Exponen, simplemente, lo que vivieron por vez primera en su vida en su residencia antártica, como aventura peculiar. Ocurre que este par de libros de argentinos ha nutrido el conocimiento de nuestra Antártida a muchas generaciones, merced al atractivo de la forma natural y humanizada de sus relatos que se han centrado en las

vivencias padecidas en su habitación por uno o más años en el país de hielo, y no en la relevancia científica de la información que aportan.

La primera de las obras es *Cuatro años en las Orcadas del Sur*, de José Manuel Moneta.⁷² El autor, ante la incertidumbre de futuro que el viaje le depara, se plantea si no debería actuar como aquel muchacho extranjero que, antes de partir para el Continente Blanco, dejó escritas doce cartas a su madre para que un amigo las enviara mensualmente, y así tranquilizarla. Nunca regresó, y la madre alentó a su hijo como vivo un año más allá de su muerte. A diferencia de Sobral, que sufrió las vicisitudes de la organización de su bolsa de viaje, Moneta recibió un equipo completo apto para el medio en que habitaría.

Hay momentos tensos en el relato, como cuando van acercándose al destacamento y los ojos de los embarcados se clavan atentamente en el mástil: si la bandera está al tope, todos están vivos; si a media asta, ha habido muertes. Antes

⁷² Ob. cit Moneta (1901-1972) participó de cuatro campañas antárticas: 1923, 1925, 1927 y 1929, que son el contenido de su libro. La tercera fue la primera expedición compuesta solo por integrantes argentinos. Fue el primer jefe argentino de una misión antártica, la de 1927. Instaló la primera estación radiotelefónica antártica y filmó la primera película argentina sobre la región: una familia de pingüinos.

de desembarcar, ven el cementerio austral de cinco cruces. La incomunicación con el resto del mundo que los destacados en el asiento polar sufren es tal, que una de las primeras preguntas atropelladas que les hacen a los recién llegados es: “¿Ha habido otra guerra mundial?”. Al comenzar a ordenar lo desembarcado, advierte que allí la nieve no “cae”, “azota” el cuerpo, lanzada por un viento que supera los 80 kms. Como al pasar, se enuncia el primer gentilicio de la región: “orcadense” (p. 98), que nuestro interés registra. Describe su morada, cuenta las invenciones culinarias para sacar provecho de donde no había qué; la celebración del 25 de Mayo, los cuentos junto a la estufa, la ausencia de una buena biblioteca, pues lo que hay allí son escasos libros ingleses, alemanes o franceses; en castellano, solo novelas policiales; el aprendizaje a cortarse mutuamente el pelo; la angustiada amputación de ocho dedos a Augusto Tapia, ganados por la gangrena y la operación sin anestesia; la iniciación en la caza de pingüinos a garrotazos para tener carne comestible, la difícil convivencia en la que la irritabilidad se aguza y reacciona por los más nimios detalles. En fin, la emoción ante la primera comunicación radial, lo que suponía un hilo endeble y esperanzado con el mundo, y luego, el escuchar a sus familiares en Buenos Aires. Un oportuno comentario para nuestra preocupación toponímica: “He notado que aquí se encuentran muchos lugares que aun

están sin nombre en la carta geográfica, hecho que origina numerosas confusiones. Estoy dispuesto a bautizar todo lo nuevo que encuentre y a consignar los nombres en el nuevo mapa del lugar” (p. 223). Y el cierre, una emocionada confesión:

“Fui al sur por voluntad propia; me agradaba aquella aventura, de la que nunca obtuve ningún provecho personal, pero viviéndola podía reflexionar hondamente, tal vez mejor que en ningún otro lugar de la Tierra.

“Y a ello se debía el que, en medio de la alegría de aquel último relevo, entre el bullicio de mis camaradas que volvían a la vida, me hallara triste al dejar aquel rincón olvidado del mundo, que creo no volveré a ver jamás.

“Pero una satisfacción muy grande tenía. Había sido el primer argentino que por dos veces comandó esa misión y que, con su modesto pero patriótico trabajo, había contribuido a afianzar nuestra soberanía en las tierras antárticas que, por su situación geográfica, son patrimonio de nuestra nacionalidad.

“Y, desde la borda del buque que nos alejaba de los hielos, en los que viví una vida, observé por última vez que, allá en la playa, seis hombres quedaban formando un solo grupo, cobijados bajo una bandera azul y blanca, des-

plegada por el vendaval helado de la inmensidad antártica” (p. 337).

La vida en la Antártida. Mis días en Melchior, de Alberto Aníbal Soria

Otra obra clásica de relatos de campañas antárticas escrita por un argentino es *La vida en la Antártida. Mis días en Melchior*, de Alberto Aníbal Soria.⁷³

Soria, médico, embarcó en el “Bahía Buen Suceso”, en 1952, rumbo a un ámbito:

“Donde soportaríamos la soledad de siete conviviendo en la misma casa, viéndonos todos los días con las mismas caras llevando una vida por demás rutinaria, sin poder salir una sola vez por las noches. ¿Es que por fin me preocupaba lo que quizás antes no consideré detenidamente? ¿Ahora sentía temor por la soledad en esos silencios blancos, lo más profundos que existen en nuestro planeta?” (p. 19)

Precisamente, una de las intenciones de Soria es saber: “los efectos del ambiente y de la soledad sobre lo subjetivo: qué se sentía y qué se experimentaba luego de varios meses de convivencia tan íntima de tan pocos en lugares

⁷³ Ob. cit.; indico las páginas de esta edición.

deshabitados e inclementes (...) He tratado de llenar ese vacío” (p. 11)

Este es, precisamente, el aporte del autor, que se pregunta: “¿Sé estar solo? ¿Tuve alguna vez otra oportunidad de ponerme a prueba y salir airoso? Esto fue lo primero que pregunté antes de decidirme, y balanceando las consideraciones llegué a convencerme que era capaz de hacerlo”.

Registra con maestría expresiva el encuentro deslumbrante con “el primer témpano, cuyo anuncio nos llenó de emoción por cuanto lo considerábamos como el emblema simbólico de las tierras polares”. La descripción que hace de las masas de hielo, logra cierta entonación poética. Véase el pasaje:

“Ora inconcebibles campanas cuyos tañidos solamente eran percibidos por los seres que habitan las profundidades abisales. Ora como torres de destruidas catedrales apenas conservando algunos trazos de sus estilos. Ora arcaicos templos drúidicos que la correntada llevaba para perderlos en el olvido. Ora simulando una mal calculada espadaña cuyos bronces les robaran las manos guerreras. Algunos reproduciendo con bastante exactitud antiguos monumentos griegos con cinco y hasta ocho arcadas, donde las rompientes penetraban como las volutas de

un sahumero. Iglesias de campaña; un techo de dos aguas y una torre humilde. Otro como una órbita descomunal y vacía. Gigantescos panes de azúcares, insuficientes sin embargo para neutralizar tanta amargura. Maltrechos cuerpos antropomórficos con profundas cavernas en sus dorsos, donde sopla el viento con respiros agónicos.

“Y los había blanco lechosos o adamantinos, verdes esmeraldas bien definidos; azules duros con sugerencias de senectud; hasta uno rosado por el capricho de un alga; y los negros y bajos disimulando sus cuerpos durísimos en inconscientes mimetismos que los convierten en los principales enemigos de los navegantes polares: los traicioneros “gruñones” que se desprenden de los viejos témpanos muy desgastados y que asoman unos metros apenas sobre las aguas.

“El que me impresionó sobremanera fue uno que avistamos por estribor: un solemne pórtico sombreado de verde, franqueado por varias columnas labradas en interrumpidos motivos, cuyos capiteles parecían reproducir el estilo jónico, sostenían una plataforma gigante construida en viejo marfil y elegantemente echada hacia atrás, mostrando sus informes cimientos en cada balanceo de salutación. Terminaba por arriba estratificándose en sucesivas capas tornasoladas y delicadamente pulidas. Le calculamos la altura con los instrumentos náuticos: media

ochenta y tres metros. Lo dejamos silencioso, como cuando vino, en su plegaria blanca y gélidamente mística”.

La visita a la pingüinera está simpáticamente presentada:

“Hay que verlos cuando salen a visitar los nidos próximos. Caminan erectos, pero con dificultad, a pasos cortos y balanceados, abriendo sus pequeñas alas aletas como bracitos atrofiados, encorvados, las cabecitas gachas, dando pequeños saltos con las patitas juntas cuando el desnivel del terreno lo exige. Viéndolos bajar una pendiente, parecen viejecitas liliputienses envueltas en negro mantón, camino de la iglesia” (p. 54)

Con igual eficacia comunicativa, nos transfiere la impresión frente a la planetaria blancura de que se les ofrece anularmente:

“El espectáculo es fascinante. El blanco más blanco hasta hoy encontrado alfombra con gruesa felpa las islas achatadas, de formas suavemente modeladas que parecen agobiadas por tanto peso. El sol, al reflejarse con fuerza en superficies tan bruñidas y blancas, se torna deslumbrante, encandilando nuestros ojos no acostumbrados al espectáculo polar. Las aguas son límpidas de un azul transparente, tan diáfanas, que donde el fondo no es demasiado profundo

(ocho o diez brazas), se lo distingue nítidamente con sus manchones de algas. El silencio ... los sonidos parecen congelarse apenas se los emite. El sosiego es absoluto y eminentemente contagioso. La paz infinita convida suavemente a un obligado ascetismo. Todos los elementos parecen obedecer a la misma orden, y se quedan estáticos, momificados, envueltos en la mortaja obligatoria. Sin embargo, inspiran confianza y nos resulta muy acogedor. Satisface plenamente nuestra imaginación. Así lo queríamos”. (p. 58)

Voy dando muestras de pasajes relevantes, en su contenido y expresión, a un tiempo, que bien pueden hacerse sitio en una antología antártica. Por ejemplo, el episodio riesgoso de navegar a remo en esas latitudes:

“Un trueno cercano nos hizo volver la mirada hacia donde suponíamos venía: un gigantesco pan de hielo acababa de descuajarse desde uno de los paredones próximos cayendo con retumbos de dantescos timbales sobre las aguas elásticas que se abrieron en un inmenso abrazo, proyectándose luego en olas relucientes que llegarían hasta las costas vecinas heraldas del dulce frío que por unos instantes las harían gustarse menos amargas.

“Nuestro bote, amarrado a las piedras, sintió también la convulsión y se sacudió acompa-

sadamente como si estuviera contento, como si esa fuera su risa. Las gaviotas revolotean sobre nuestras cabezas protestando con sus gritos desarmónicos y monótonos semejando entrecortados llantos de criaturas lloronas, indiferentes al paisaje familiar, airadas contra los intrusos que habían profanado sus nidos en algunos de los cuales todavía quedaban algunos pichones mal emplumados”. (p. 68)

O los efectos que el silencio sostenido y la inmovilidad de la vida genera en los espíritus. Ya Moneta nos habló de la irritabilidad que gana los ánimos, tensados por la soledad y el silencio sumados:

“Escribo estas impresiones en una tarde de indescriptible quietud. Es tal la tranquilidad que me rodea, que pareciera que la vida se hubiera detenido un instante en su inexorable andar. No se escucha ningún sonido; hay un silencio de luna. No se presume ningún movimiento. El viento no corre; el sol apenas se distingue a través de las nubes rígidas y el mar se ha convertido en un mar de cristal. Hasta las aves han detenido los vuelos (no se las ve pasar), y la nieve también como si se hubiera quedado arriba cansada de caer.

“Desde hace varios días que nieva ininterrompidamente y la permanencia adentro, ya de-

masiado prolongada, comienza a obrar sus efectos. Hay momentos en que las relaciones familiares sufren rozamientos innecesarios, motivados precisamente por esa intensa convivencia monacal. Y la quisquillosidad parece aumentar con la nieve.

“Lo que en realidad es fenómeno común a la mayoría, en mí se exagera; no sé por qué. Me desagrade enormemente que me ganen una partida de ajedrez, o perder un truco, o que no guarden el debido silencio cuando leo. Esto lo vengo notando desde hace varios días, y lógicamente trato de disimularlo. Pero hoy no pude aguantar más y me desahugué”. (p. 119)

“Como ya lo afirmara Byrd, el número de tres individuos con condiciones culturales semejantes, es el ideal para convivir largo tiempo en lugares apartados y ambientes hostiles, por cuanto el tercero, a más de ampliar los motivos, desajusta siempre los estados tensionales, lo que lógicamente entre dos es difícil conseguir, aún cuando no sea imposible”. (pp 129-130)

Andados los años, se van registrando variantes en las bases y asientos. Lo que fue un escuálido estante de libros en épocas de Moneta, en las de Soria se ha trasmutado en una biblioteca que supera el millar de volúmenes, e igualmente, la discoteca se ha enriquecido: “Una biblioteca muy bien surtida en general, distribuida preferencialmente por camarotes,

suma en total unos mil volúmenes, incluidas las colecciones completas Austral, Sopena, la muy interesante de divulgación científica Espasa Calpe, etc. Treinta conciertos componen la discoteca de clásicos, y una docena de álbumes con música popular para acompañar los juegos de cartas o de tableros”. (p. 219)

Esta oferta de libros habilita una de las más simpáticas formas de grato entretenimiento que halló el ingeniero español Melchor Llerena para goce de sus compañeros de base. Noche a noche, practicaba el teatro leído, con adecuación de entonación y énfasis del caso, pero con previa ambientación, en que describía las salas teatrales europeas por él conocidas, para que sus oyentes, vivieran vicarias noches de gala. Lo cuenta en el capitulillo “Teatro”:

“Así visitamos noche a noche las distintas salas de espectáculos vestidos de esa manera que a nosotros nos resulta algo chillona por la desarmonía en las combinaciones, pero como él es el *arbiter elegantarium* hay que seguirlo. Tampoco olvidamos tomar una copa previa al espectáculo en el sitio clásico, próximo a la sala que nos corresponda.

“Llenados todos los requisitos, comienza la escena: lee la obra con una dicción perfecta y una posesión casi exacta de cada personaje, máxime cuando son españoles de cualquier

región, recalcando cada pasaje interesante y agradeciendo nuestros aplausos. Por ello es que pasamos momentos agradabilísimos que por instantes nos hacen olvidar hasta la ficción. Así hemos visto varias obras: de Sartre, *Las moscas*; de Lenormand, *Los fracasados*; de Enrique Larreta, la novela dramática *Tenía que suceder* y varias otras” (pp. 129-130)

Y la despedida, se hermana con la que he citado de Moneta, con la imagen de la bandera blanquiceleste sobre el fono antártico, flameando soberanía:

“Cuando las islas se fueron achicando en la lejanía progresiva y las casas desaparecieron envueltas en el colchón helado y sólo quedó la cruz apenas identificada como un punto negro, una postrer mirada y un suspiro hondo exteriorizaron el sentir que nacía al conjuro de recuerdos y deseos. Cerré por un instante los ojos y la visión de blanco y azul que hasta entonces había contemplado, se metamorfoseó en un inmenso pabellón argentino, acariciado con suavidad por la brisa sureña, que nos impregnaba con albores de hielo y celestes empíreos en místico arrobaamiento”. (p. 299).

Cierro esta evocación de dos obras señeras cuya voluntad no ha sido el elaborar estéticamente lo visto y vivido, pero que, como se prue-

ba en varios de los pasajes citados, la expresión de esa experiencia se aúpa a logros expresivos evidentes,

La creación literaria y la Antártida argentina

La producción literaria generada en motivos antárticos es incipiente, pero tiene algunos logros. La muestra que ofrezco, no obstante, es variada en géneros –poesía, memorias, teatro– y enfoques y actitudes –lírica, descriptiva, narrativa, dramática– frente a la Patria de Hielo. Son textos “antárticos” que ocupan un largo espacio de tiempo, como dijo Tácito, que va desde fines del XIX hasta comienzos de este XXI. No está mal la cosecha, para ser primeriza. Cuando a Franklin le preguntaron para qué servía un descubrimiento suyo, el pararrayos, contestó con otra interrogación: “¿Para qué sirve un recién nacido?”. Apostemos a que esa criatura literaria crezca.

Apoyados en el título de la novela del entrerriano Diego Angelino, aquerenciado patagónico, *Al sur del Sur* (1973), atendamos a lo que está más allá, *plus ultra*, del fin aparente de la tierra argentina: la patria antártica.

No incorporo en este trabajo la producción creativa referida a los sectores antárticos de Uruguay y de Chile. El sector uruguayo, por

ejemplo, ha inspirado a algunos autores, de poco relieve, pero testimoniales, que han compuesto poemas al continente blanco.⁷⁴

De igual manera, el sector chileno ha generado producción poética, algunos poemas muy difundidos,⁷⁵ alguna línea de Gabriela Mistral: “y tu antártica maño de armiño” (“Luz de Chile”), y, claro, de lo más logrado en su país, es el poema “Antártica”, de Pablo Neruda, que comienza:

Antártida, corona austral, racimo
de lámparas heladas, cineraria
de hielo desprendida
de la piel terrenal, iglesia rota

⁷⁴ *Antarkos 25*, recuerda: “Los integrantes de la Dotación Antarkos 25 participaron del Primer Día de Lectura de poesías en la Antártida, realizado el 16 de octubre de 2009, en la Base Bellinghausen (Rusia)”. Y se recogen los textos señalados como “Poemas escritos en la Base Artigas”. Los textos son: “Antártida amiga”, de Carlos Odera; “Conquista blanca”, de Walter Monzón; “Ojos blancos”, de Wilder Acosta; “Hermosa blancura”, de Fernanda Silvera y “Soledad entre las nieves”, de Waldemar Fuentes. Una poeta uruguaya, Delia Musso es autora de un tomo de *Versos antárticos*.

Nuestra Base Marambio ha organizado algunos concursos literarios en los que se han premiado textos referidos a nuestra Antártida.

⁷⁵ Poemas como “Oda a la Antártida”, de Luis Alberto Ortega Romero o “El regreso a la Antártida”, de Roberto Bolaño Ávalos.

por la pureza, nave desbocada
sobre la catedral de la blancura...
Reino del mediodía más severo,
arpa de hielo susurrada, inmóvil,
cerca de las estrellas enemigas.

(...) Todos los mares son tu mar redondo.
Todas las resistencias del Océano
concentraron en ti su transparencia,
y la sal te pobló con sus castillos,
el hielo hizo ciudades elevadas
sobre una aguja de cristal, el viento
recorrió tu salado paroxismo
como un tigre quemado por la nieve.

La poesía antártica

Antes de que los poetas pisaran tierra antártica, cantaron al Continente helado, o, al menos aludieron a él, ocasional y vislumbradamente. En el siglo XIX fue un desconocido; en el XX, tal vez el primero fue Ricardo Rojas, cuando en la arbitraria detención política que padeció como recluso en el presidio de Ushuaia, desde enero a mayo de 1934, compuso el largo poema “El Albatros”. Paradójicamente, es un canto a la libertad escrito entre rejas.⁷⁶

⁷⁶Rojas, Ricardo. “El Albatros”, recogido en *La victoria del hombre y otros cantos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1951, pp. 371-388; lo cit. en pp. 373-374.

Se trata de un poema extenso, escrito en impecables tercetos. Su título alude simbólicamente al ave que se denomina científicamente *Diomedea exulans*. Diomedes, uno de los capitanes de la guerra de Troya, fue convertido en ave, según nos cuenta Plinio. El adjetivo latino *exulans*, vale por “exilado”, debido a que mora en remotas latitudes, lejos del hábitat del hombre. Sus blancas alas alcanzan una envergadura hasta de tres metros. Su vuelo es majestuoso. Es el ave más notable de la fauna austral. Con ella, Rojas alude al ideal del hombre y a la Patria libre. El albatros, espíritu de la libertad, equivale en el poeta santiagueño al cóndor de Olegario V. Andrade.

Después de haber andado vagabundo
por todos los caminos dela tierra,
llegué, por fin, al límite del mundo.

Aquí donde el peñasco al mar aterra,
sobre la cresta del peñón más solo,
alzo mi canto al Ideal en guerra.

Amaine aquí el atroz viento del polo,
y la alta roca estriada de glaciares,
sea el altar en que a mi Dios inmolo.

...

Hija del cielo, en aquilón alienta;
su pupila se clava en lontananza,
y su garra en los tímpanos se asienta.

Numen de la borrasca y la esperanza,
Diomedea exulans, por la noche unguida
de luz polar, en la tormenta avanza.

Aquí de los confines de la vida,
rasgue la inmensidad su ala pujante,
llevando el canto de la patria herida.

Aquí, sobre esta última isla atlante,
donde un viento glacial el aire afina
que a Tierras de Graham llega tonante.

Desde el penal de la isla de Tierra del Fuego, el poeta evoca las latitudes más australes aún.

Aisladamente, hallo alguna otra mención o intento de evocar la realidad antártica en otro poeta. Roberto Ledesma, en un lindo libro antológico, titulado *Una geografía argentina vista por los poetas*,⁷⁷ cuenta que, en una reunión amical, cuatro poetas: Conrado Nalé Roxlo, Amado Villar, González Lanuza y él, se distribuyeron los puntos cardinales de la Patria, en una especie de justa poética. A Ledesma le fue asignado el Sur, en el cual incursionó imaginativamente, como tantos otros han hecho:

⁷⁷Ledesma, Roberto. *Una geografía argentina vista por los poetas*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1964: lo cit. en pp. 93-94.

“A mí me tocó el Sur. Lo recorrí a vuelo de pájaro por el derrotero de sus grandes vientos, el pampero, la sudestada, y fui dejando atrás la zona de los lagos y las altas mesetas que los acantilados recortan sobre el mar, para terminar en las planicies polares:

Punta del Sur, extremo de la rosa;
cuadrante flechador del viento largo;
áspero ya, como la mar, y amargo;
ya dulce, de verdura caudalosa.
Espino luego; arista recelosa;
nieve y vellón: la vida sin embargo;
y altas aguas de azules en letargo,
de una inmovilidad vertiginosa.
Después, en duros términos, el filo
de la tierra tendida a los recelos
de un misterioso océano tranquilo.
Proa del mundo hacia los grandes hielos,
las grandes soledades sin asilo,
las grandes noches y los grandes cielos.

Recuerdo lo de Vicente Huidobro: “Los cuatro puntos cardinales son tres: Norte y Sur”. Precisamente, en nuestro país no se ha dado así la relación simplificadora: Norte y Sur han sido desplazados por Este y centro, en esto se ha cifrado la historia argentina.

Poesía

La vida en el Polo (1886). Poema desconocido

En mis investigaciones sobre expresiones literarias desconocidas del siglo XIX argentino, di con un folleto titulado: *La vida en el Polo / Poema Sud-Americano / en cuatro cantos / por / Antares / Buenos Aires / Igón Hermanos-Libreros editores / Calle Bolívar núm. 60, esquina Alsina / 1886*. Se trata de un folleto de 16,5 x 11 cms.⁷⁸

El folleto no está registrado en ninguna historia literaria argentina, ni se halla mención a él en las fuentes de consulta. El autor ha adoptado un seudónimo “Antares”, tras del cual se emboza. No aparece estrictamente este seudónimo en las obras de compulsas habituales ni en los diccionarios específicos. Sí, en cambio, se registra “Antar”. Este seudónimo lo usó José Manuel de Lafuente, nacido en Buenos Aires, en 1827 y fallecido en la misma ciudad, en 1888. Este año daría margen para que de la Fuente sea el

⁷⁸ El ejemplar del folleto que rescaté, en fotocopias, hace ya tres décadas, lo hallé en la Biblioteca Pública de la Universidad de La Plata, encuadrado en un tomo junto a otros materiales de su especie. Lleva, o llevaba –porque el destino de la “literatura gris” de los folletos es desvanecerse– la signatura Lg 170.1-3. La portada ilustra la tapa.

autor el poema. Fue empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores y trabajó en diversos organismos oficiales: Banco Hipotecario Nacional, Cámara de Diputados de la Nación, Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, Interventor de la Provincia de La Rioja y diputado durante varios períodos. Como militar, fue secretario del Estado Mayor del general Bartolomé Mitre en la Guerra de la Triple Alianza, contra el Paraguay. Desde el campo de batalla, enviaba sus crónicas que publicaba en *La Nación Argentina* con el seudónimo de “Antar”. Pero no he hallado documentación que autorice la atribución al militar y periodista, del cual, por lo demás, no se conoce producción poética.

La forma “Antares” no la usó Lafuente en el periódico. Por esta primera razón me inclinaría a no atribuirle el texto. La segunda, mas fuerte, es que el poema está precedido por un breve “Prólogo”, fechado en Buenos Aires y 1884 y firmado por el alfónimo del autor, supuestamente: “M. E. P.” Pero no hallo autor conocido que se corresponda con estas iniciales.

Entre tanto, atendamos al seudónimo. Es el nombre de la estrella gigante de primera magnitud llamada *alfa Scorpii*; es una estrella roja, de la constelación del Escorpión. El *Diccionario de autoridades* registra:

Antares. F. Estrella de primera magnitud del signo del Escorpión. Es voz de la Astronomía. Llamada por otro nombre “Corazón del Escorpión. Latín: *Cor Scorpii* (ob. cit. f. 304a)

Es posible que con el seudónimo se quisiera sugerir la aproximación a “Antártida”, máxime que en la portada del folleto se lee el vocablo con acento: “Antáres”.

El autor ignoto escribe en el prologo:

“Los pintores y los poetas, ha dicho Horacio, siempre tuvieron un justo derecho para atreverse a cualquier cosa. Es bajo esta faz que nos atrevemos a presentar a nuestros lectores este sencillo y corto poema, en el cual se mezcla lo real con lo ficticio y lo imposible con lo posible. Por ser producto de un autor americano, esperamos sea acogido del publico con benignidad y aun leído con complacencia.

M. E. P.

El folleto se abre con una exposición del “Argumento” (pp. 5-9) del poema, canto a canto. Con su lectura nos enteramos del desarrollo total –principio, medio y fin– de la historia. Porque se trata, básicamente, de un poema narrativo escrito en su totalidad en endecasílabos aconsonantados, asociándose en cuartetos, pero, por persistencia de una misma rima, ampliándose en asociaciones

de seis y ocho versos, sin que haya en ellos marcas estróficas por medio de blancos tipográficos.

El “Canto primero” presenta al protagonista. Se trata de un noble caballero francés de provincia, Lanfranco, de ilustre estirpe y de enorme fortuna. Viaja a París. Esa es la ciudad-Circe, que lo entretiene con engaños, haciéndose cifra de todo el mundo, aun de las regiones australes y antárticas, según lo subrayo:

¿Qué no vería allí? De las regiones
acuden más diversas y apartadas
rusos, etiopes, chinos, *patagones*.
Los que habitan las selvas abrasadas
del África a la América, o *que viven*
donde reinan las nieves congeladas. (p. 15)

Entre diversiones y amigos, Lanfranco derrocha su fortuna, y perdiendo hasta su castillo natal. Por enredos políticos, es metido en prisión por varios años. Al salir, amargado y descreído de la sociedad, decide irse a algún paraje perdido y distante, o isla solitaria, donde no tenga trato con humano alguno. Viaja a América del Sur.

Siguió camino a la vecina villa,
donde el Plata en el mar entra impelido.
Montevideo, cual sirena, brilla
en su risueño puerto; majestuosa
Buenos Aires descansa en la otra orilla.
Allí vino también; su numerosa

gente admiró, su brillo y su riqueza. (p. 21)

Recorre sus provincias, va descendiendo hacia el Cabo de Hornos, donde se quebranta y naufraga la nave que lo lleva y perecen todos los pasajeros, salvo él.

“Canto segundo”: Lanfranco alcanza, exánime y desnudo, la árida y peñascosa costa de la Tierra del Fuego.

Es la Tierra del Fuego, donde un hilo
de humo al hombre mostrara; tierra
extrema
do se angosta la América en un filo
y de pronto termina, cual si tema
del Antártico helado el rigor sumo.
Desierto el sitio está, mas cierto el lema
se ve otra vez: leve columna de humo
denuncia un ser humano a ciencia cierta,
que allí prepara su frugal consumo. (pp.
23-24)

Allí es recogido por “Valaka, adivina de las tribus indias descendientes de los Incas (*sic*); mujer muy inteligente en dar remedios e instruida en ocultas ciencias”. Esta mujer ha venido peregrinando del Incario hasta el final del Continente, asistiendo a cuantos requerían de sus saberes como médica y sanadora. Se ha radicado en la costa última:

Esta costa desierta y tierra inerte
es la Tierra del Fuego, do termina
la Patagonia, y cual región de muerte,
temida, pues al Polo se avecina,
que señala la Cruz pura y brillante. (p. 29)

La misteriosa maga lo lleva, a nuestro Odisseo como otra Circe, pero sin sus intenciones, a una cueva, donde lo reanima, alimenta y cura salvándole la vida. Informada de los propósitos de aislamiento del protagonista (no sabemos ni sabremos en qué lengua se comunicaron, pero no debe olvidarse que ella era hechicera sabia), le ofrece llevarlo al lugar ideal para sus deseos: una “región desconocida y solitaria, adonde será feliz. Le declara que está en el Polo Antártico” y que ella ha ido varias veces hasta allí y conoce muy bien el camino.

Ven, yo te llevaré a unas soledades
inmensas y que aun no ha conocido
el hombre ni conocen sus maldades
Polo Antártico llámanle y temido
es el por frío aun más que su contrario
pues se halla todo en torno defendido
de un gran cerco de hielo: ¡temerario
el que osase llegar, muerte hallaría. (p. 30)

Aguardan el otoño, que es la estación conveniente para llegar a la “gran entrada del Polo”,

y entretanto hacen los preparativos para el viaje
y prevén vestidos y alimentos.

Mas aun no es tiempo de que demos cima
a nuestro intento, puesto que el verano
a la región polar el globo arrima
ígneo del sol, liquida y hace vano
el hielo que en mil bloques desgajado
el paso cierra a todo ser humano.
Mas al fin del otoño se ha formado
por el frío otra vez y consolida,
y se abre el sendero codiciado.
Las bestias lo conocen y guarida
hallan hasta que tocan la llanura
feliz del Polo al hombre prohibida. (p. 31)

“Canto tercero”: Llegada la estación propi-
cia. Los viajeros australes se preparan:

De silvestres guanacos los hermosos
cueros cosiendo, fórmanse un gran
manto,
volviendo para adentro los sedosos
pelos, cual forro; y a sus pies en tanto
de becerros marinos fuerte cuero
las botas proporciona, que el quebranto
de guijarros impidan cual de acero,
y de las nieves la impresión terrible,
que los extremos queman al viajero.
En grandes sacos todo el comestible
reunido encierran, pedernal de fuego

y estopa en abundancia combustible,
su equipaje cargando, bajan luego
del Océano undoso a la ribera. (p. 33)

“En un ligero esquife que la adivina posee para sus viajes, se internan en el mar hacia el Sud, hasta llegar a la tierra de la Trinidad, en donde desembarcan. Allí descansan un poco después siguen viaje a través de un país helado y desierto, hasta que llegan a la gran entrada y camino que conduce al Polo; con facilidad lo siguen, descansando en cavernas que hay, como estaciones, excavadas en las rocas. Por fin llegan al Polo, donde cambia el clima y hallan un bello país diferente de todos los demás” (pp. 7-8)

Allí queda Lanfranco, en medio del silencio y la blancura. Valaka le da un año de plazo para decidirse. Vendrá por él en ese plazo y podrá regresar con ella o quedarse allí para siempre.

“Cuarto canto”: Lanfranco vive de la abundancia de frutos de los que se alimenta, en un clima agradable. Pero empieza a sentir los efectos de la soledad y la tristeza invade su espíritu. Pero un hallazgo inesperado, diría insólito e increíble, viene a reanimarlo: “Encuentra allí, un día, una familia alemana, compuesta de tres personas, padre y dos hijos, el uno un niño y la otra una joven” (p. 8) Traba amistad con ellos, que han seguido un camino semejante al

LUIS ORTIZ BEHETY

Libros de la Soberanía Argentina

**ANTARTIDA
ARGENTINA**

Poemas de las Tierras Procelares

BUENOS AIRES

1948

del joven franco, y se queda a vivir con ellos. Cuando, cumplido el año, regresa Valaka, el le anuncia que ha decidido permanecer allí a vivir, pues está enamorado de la joven. La hechicera: “Le anuncia que los hombres hallarán pronto el camino del Polo y le contaminarán con sus desórdenes. Que se apresure a ser feliz mientras el destino se lo permita” (p. 9). Y parte la maga y concluye el poema. La pequeña comunidad polar puede manifestar:

Nuestra vida no ha sido aquí precaria,
sino feliz, tranquila y abundante
del Polo con la fauna y flora varia. (p. 50)

En efecto, como podrá verse en la sección antológica, la imaginación de “Antares” hace del Polo un sitio generoso en plantas y animales. Pero esa suerte de paraíso terrenal en que se instalan Lanfranco, la joven, el anciano y el niño, tendrá los días contados, profetisa Valaka, pues el hombre avanzará hacia la Antártida:

...El día aun no ha llegado
pero cercano está, que descubierta
del Polo sea el sendero y profanado
se vea por el hombre. Su ojo abierto
tiene sobre él, y cesará el encanto
y la paz que aquí reina y el concierto. (p. 54)

Pienso cuánto podría haber aprovechado nuestra Marina con el asesoramiento de la india Valaka para traslados tan fáciles al corazón del Polo mediante la simple canoa que timoneaba.

Se trata del primer poema argentino dedicado al Polo Antártico y donde la figuración poética imagina espacios y paisajes no vistos por el autor. Es la primera incursión argentina en el territorio helado y se la hace de la mano de la compleja historia de un trasmigrado francés que, después de recorrer Sudamérica, ancla en las tierras australes. La imagen del grupo humano instalando una población mínima pero cálidamente unida en aquellas dimensiones nos hace recordar una nueva familia de robinsones, como los que habría de animar Julio Verne por esos años. Potencialmente, podemos imaginar que, a partir de la unión de Lanfranco con la hija del viejo, se fundará toda una especie antártica humana.⁷⁹

⁷⁹ La compulsiva de la poesía argentina del siglo XIX no arroja ninguna referencia a la Antártida. José Mármol, en los *Cantos del Peregrino*, cuyo personaje Carlos alcanza, a bordo del “Fénix”, hasta el Estrecho de Magallanes, apunta solo las Islas Malvinas, y una vaga alusión al sur del sur: “Mas, ¡ay! también del aterido polo/ cubren los cielos como pardo manto”, en “A las nubes”, *Poesías completas*, Buenos Aires, AAL, 1946, t. I, p.199.

***Antártida argentina. Poemas de las tierras
procelares (1948),***
de Luis Ortiz Behety.

En 1948, un autor con firme conciencia de soberanía estética, da a conocer un parvo poemario consagrado a nuestro sujeto: *Antártida argentina. Poemas de las Tierras Procelares*.⁸⁰ Esta obra se inserta en un conjunto de otras del autor emparentadas entre sí por la misma conciencia de la soberanía nacional.

Buena parte de la producción poética, narrativa y ensayística de Ortiz Behety la cumplió en colaboración con Enrique González Trillo. En su coautoría publicaron: *Kilómetro 823, Canciones junto al fuego del vivac, Tierras Sur, Lima, Diez adolescentes, Puerto Hambre, Querencia de Buenos Aires, Sacrificio de la paloma de cristal, Nacimiento de Buenos Aires, La tierra de las estrellas en Cruz, La flor sobreviviente*, y varios más, entre los que se cuentan libros pedagógicos destinados a la enseñanza secundaria, de notable aceptación en su momento.

De la sola pluma de Ortiz Behety son: *Blanca Argentina, Sustancia de amor, Hoelderling o la soledad iluminada, Novalis o la desesperación*,

⁸⁰ Buenos Aires, s. ed., 1948, 60 pp. Manejo uno de los ejemplares de la donación "José Luis Trenti Rocamora", dedicado a Manuel A. Alba. El colofón dice que fue impreso en los talleres de Julio Kaufman.

William Blake o la transfiguración, Nuestra Señora de la Reconquista, Cancionero de las Islas Malvinas, Cancionero de Juan Manuel de Rosas, y la que centra mi atención: Antártida argentina.

Ortiz Behety diseñó un proyecto cuyo título era “Libros de la Soberanía Argentina” cuyo objetivo central era dedicar una serie de poemarios a temas históricos y a espacios geográficos de nuestro país que entendía debían ser destacados como asociados a una honda conciencia nacional. En el campo de lo histórico alcanzó a publicar dos obras: *Nuestra Señora de la Reconquista*,⁸¹ (I de la serie) un haz de poemas destinados a las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807, celebrando la resistencia y recuperación de lo nuestro y el despertar de un sentido de pertenencia a un suelo y a una modalidad de vida que querían ser arrasados por el invasor.

La segunda de las obras de esta primera serie fue un *Cancionero de don Juan Manuel de Rosas*⁸² (III de la serie) en el que celebra, entre otros aspectos del gobierno del caudillo federal, la defensa de la soberanía frente al doble bloqueo, primero francés y luego anglofrancés del Plata, y, claro, el combate de la Vuelta de

⁸¹ *Nuestra Señora de la Reconquista*. Poemas de la defensa y reconquista de Buenos Aires durante las Invasiones Inglesas.

⁸² *Cancionero de don Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires, 1945.

Obligado, que hizo decir a San Martín aquella frase antológica: “Los argentinos no somos empanadas que se comen con solo abrir la boca”.⁸³

En el flanco geográfico de la soberanía, Ortiz Behety avanzó con poemarios que cantaron espacios argentinos u olvidados o en conflicto: a las tierras patagónicas, con *Tierra Sur*⁸⁴, *Canciones junto al fuego del vivac*⁸⁵ a Tierra del Fuego y su *Cancionero de las Islas Malvinas*⁸⁶ (II de la serie) y con *Antártida argentina*, que el autor define en el colofón como “el cuarto de los libros de la soberanía argentina”. En su plan, además, ambientó algunas de sus ficciones en esas tierras australes y olvidadas de la literatura.⁸⁷

⁸³ Barcia, Pedro Luis. *Ideario de San Martín*. Buenos Aires, en edición.

⁸⁴ *Tierra Sur*, Buenos Aires, Ediciones Tierra Sur, 1932.

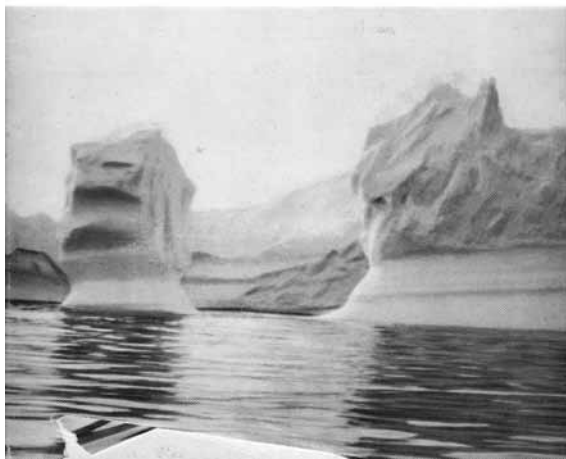
⁸⁵ *Canciones junto al fuego del vivac*. Buenos Aires, Ediciones Tierra Sur, 1932, 45 pp. El ejemplar que manejo está dedicado a Evar Méndez.

⁸⁶ *Cancionero de las Islas Malvinas. Nuestra Señora de la Soledad*, Buenos Aires, 1946.

⁸⁷ Con E- González Trillo editó: *Puerto Hambre*. Novela, Buenos Aires, Editorial Tor, 1933; Colección Cometa, 206 pp.; referida la primera población patagónica, pues narra las peripecias de la expedición al Atlántico Sur de Sarmiento de Gamboa, “El desesperado” y el primer asiento que afincó en el Estrecho de la Madre de Dios—más tarde, de Magallanes—en el siglo XVI. Y, con el mismo colega: *Tierra de las estrellas en Cruz*. Buenos Aires, MCMXXXVII, 79 pp.

NICOLAS COCARO

Viaje a la Antártida



El adjetivo que figura en el subtítulo: “Poemas de las Tierras Procelares”, es un derivado de “procela” (del latín, *procella*, tormenta, tempestad, borrasca), cuyo derivado frecuente es “proceloso”.

Se trata de un poemario, pues lo es en tanto todos sus textos guardan una unidad temática, está integrado por una veintena de poemas, la mayoría de los cuales son sonetos, de buena, aunque no antológica, factura. En el poema inicial, habla de “Procelárida Antártida”, alude con él a la geografía polar. El poemario, lleva un epígrafe del entonces presidente del país, Juan Domingo Perón, referido al sentimiento de patria que anima los ideales argentinos,⁸⁸ y con los manifiestos de los poemas, como en el inicial “Canto a la Antártida”:

Antártida espectral, tierra sagrada
en tu insomne glaciar ya se levanta
el clarín de la patria inmaculada,
y su blanca y azul enseña santa (p. 8).

El segundo de los poemas “*Stella Maris*” apela al sentido religioso de la invocación:

⁸⁸ El autor es declarado peronista, como puede apreciarse en el poema “Canto el pueblo argentino” (pp.19-21), con expresas muestras de adhesión al líder político, y más sostenidamente en el “Canto de la patria infinita”.



Custodia nuestra Antártida sagrada
que es reliquia de patria esta avanzada
en el dominio de la tierra austral. (p. 10)

Destina el siguiente texto al “Veintidós de febrero de mil novecientos cuatro”, fecha de la toma de posesión argentina del destacamento en las Orcadas. El poema lleva un epígrafe de José Manuel Moneta;⁸⁹ otro, uno de José María Sobral, el primer argentino que formó parte de una exploración antártica. Como se aprecia, va tejiendo con diversos elementos la conciencia de la posesión soberana del territorio blanco.

Un “Canto al Antartandes, cordillera de la eternidad”. “Artartandes,/ prolongación tectónica/ del alma de los Andes”, subraya la continuidad de la columna vertebral de la patria en esas tierras polares, como otra forma de señalar la continuidad de lo propio.

Como una forma de pasar el testimonio, una estrofa de su “Canción de las naves de la patria”, pasa a lugar epigráfico en *El puñal de Orión*, de Sergio Piñero, poética crónica de viaje: “Derrotero, derrotero,/ en los mares de cristal,/ bajo el filo del lucero/ y de Orión el frío puñal”.

⁸⁹ Moneta es el autor de un libro citado. *Cuatro años en las Orcadas del Sur*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, de gran difusión que hacia 1949 había alcanzado seis ediciones.

Nicolás Córaco

DONDE LA
PATRIA ES
UN LARGO
GLACIAR



EMECE EDITORES
Buenos Aires

Los poemas van mencionando los sitios de un derrotero ideal: Isla Decepción, Isla Melchior, Isla de Gamma, Mar de los Siete Brazos, etc. Y junto a los accidentes geográficos, los hombres que los domeñaron:

Nombres de criollos guardan nuestras
islas australes.

Fueron ellos bravíos, puros y fraternales.
Bajo fríos luceros y en el alba espectral:
Galíndez, Betbeder, Yalour, Núñez,
Sobral,
Irizar, Beascochea, Pérez, Loqui, García,
¡Todos abrieron rumbos en esta patria
mía! (p. 48)

Luis Ortiz Behety es, además, el autor de la letra del “Himno a la Antártida”, que se lee en las páginas 43-44 del poemario del que me ocupo. A este texto le puso música José Tieri, organista de la ciudad de Salta, quien como pianista y saxofonista, participó de orquestas como las de René Cospito y Eduardo Armani. Además, autor de la música del “Himnos a las Malvinas”, cuya letra es de Carlos Obligado, que fuera secretario de nuestra Academia, como dije.

Viaje a la Antártida (1958), de Nicolás Cócero

En 1958, la Argentina organizó el primer viaje de turismo de la historia a la Antártida.

Participaron de él diplomáticos, periodistas, escritores, personalidades varias. Entre quienes integraban este contingente viajó el poeta y periodista Nicolás Cócara. Resultado de esta experiencia antártica, Cócara compuso dos obras: una crónica de su viaje y un poemario, ambos publicados el mismo año, 1958.

A la crónica de este viaje primicial y de bautismo turístico lo tituló *Viaje a la Antártida*.⁹⁰ En estricto orden, el *Viaje a la Antártida* (1958), de Cócara seguirá en la *Antología a El puñal de Orión* (1925), de Piñero, pues ambas son crónicas de viaje de escritores, pero por razones de tratamiento orgánico, considero juntos la crónica y el poemario de Cócara, como que ambos nacen de la misma experiencia antártica.

El *Viaje* es un opúsculo, ilustrado con fotos tomadas durante la travesía, cuyo derrotero lo marca un mapa. Embarcaron en *Les Esclaireurs*, en Ushuaia, navegaron por el canal de Beagle, entraron al pasaje Drake y alcanzaron la herradura de la isla Decepción. Desembarcaron en este punto en el destacamento argentino; luego de una breve estancia allí, navegaron rumbo a

⁹⁰ Cócara, Nicolás. *Viaje a la Antártida*. (Noticias del primer viaje de turismo a la Antártida Argentina), Buenos Aires, Oeste, 1958, 33 pp. Advertimos que, en la crónica, se le ha deslizado un error al fechar el 14 de febrero de 1904, y no el 22 de ese mes y año, el de asentamiento argentino en las Orcadas.

Bahía Luna, donde visitaron el destacamento “Teniente Cámara”. Luego de una corta excursión por mar, anclaron en la caleta Potter. Desde allí alcanzan el destacamento “Almirante Brown”, el único argentino asentado en hielo continental antártico, y no en tierra insular. Abandonaron esta base por el canal Argentino y enfilaron hacia Melchior, el último campamento que visitaron. Conseguida esta meta, retoman el periplo hacia Tierra del Fuego, de donde partieran.

Graciosamente dice *Fray Mocho* en *En el mar austral*: “En esas regiones, los gallos tienen que morirse enloquecidos cantando sin saber cuando comienza el día”.⁹¹

Esto refleja una de las primeras perplejidades del que viaja a lo austral: el día infinito. Cócáro lo expresa así: “La luz es el estado de encantamiento que domina a quienes llegan a estas latitudes” (p. 29)

Las reflexiones de cronista y poeta adelantan algunas percepciones y consueñan con las de otros que han tenido “la experiencia antártica”. Una es la sensación de hallarse en otra geografía que la terrestre: “En aquel paisaje verdaderamente lunar”. Otra es que la infinitud de hielo y mar anulan cualquier reflexión frente a ella y

⁹¹ Sobre el libro de José Ceferino Álvarez, v. Barcia, Pedro Luis. *Fray Mocho desconocido*, ob. cit. pp. 49 y ss.

CARLOS MONETA TESTA

ANTARTICA

POEMAS DE HIELO

COLOMBO

“apampan” el ánimo, al que no queda otra cosa que la pura contemplación. Por eso recuerda, oportunamente, el verso de Manuel Machado: “El mar, el mar, el mar y no pensar en nada”:

“En nada pensábamos, en nada, como si todo comenzara allí y el ser humano, alejado de su vida civilizada, comprendiera que más vale quedarse en la hermosura de nuestra Antártida, en un diálogo con Dios, que regresar a las ciudades complejas y mecanizadas” (p. 18).

Es interesante advertir y comparar cómo generan similares reacciones y coinciden en sus efectos la latitud planetaria y vacía de la pampa con la pampa de hielo. Recuérdese el soneto “La Pampa”, de Enrique Larreta: “Metafísica paz, divina geometría / de abstractos horizontes y tierra despojada”; y la apertura a lo divino: “y el alma, se diría, reconoce sus vértigos y reconocería/ también aquella música que alguien llamó callada”. “Allí el único señor es el hielo. El hombre ocupa un espacio ínfimo” (p. 31)

Precisamente, esa sensación cósmica es la que reflejan las palabras de Cócáro:

“Una música extraña llena el ambiente con la dulce sugestión del ritmo cósmico que tanto impresionara a Pascal. Ese lenguaje particular que ahora escuchamos penetra por nuestra epi-

dermis, sube por nuestros cuerpos y se expande como una voz maravillosa en el paisaje totalmente helado que nos circunda” (p. 22).

Para mayor aproximación entre ambos paisajes pampásicos, el verde y el blanco, nos habla de “las bárbaras *skúas*, los caranchos de la Antártida”, cuyo oficio es dejar pelados y blancos los huesos de los animales muertos, que aquí no son yeguarizos o vacunos, sino focas y elefantes marinos.

“Podría creerse que hemos transpuesto la inocencia del último Paraíso terrestre” (p. 27). “La belleza de la Antártida está más en el conjunto que en los detalles” (p. 29).

Solo le ofrezco al lector hacer boca, al adelantarle algunas frases que atrapan impresiones a la vez hondas e impresivas, de esta crónica del viaje, de la que hallará mayor rescate en la *Antología* final. Apuntaré solamente que el tono y el fraseo imaginativos de la crónica se transen, por veces, de vibración lírica.

Donde la Patria es un largo glaciar (1958), de Nicolás Cócero

De ese viaje bautismal e inicial de turismo a la Antártida, nace otra obra del mismo autor,

un poemario cuyo título es una hermosísima imagen, más aún vale todo un poema: *Donde la Patria es un largo glaciar*.⁹² Constituye un poemario porque sus diecinueve poemas se apoyan en la misma realidad antártica y comentan sus paisajes impares, y hallan en la *Terra australis incognita* motivos en ellos para el canto.

Cuatro sentimientos básicos genera en el poeta la Patria blanca: el de admiración y gratitud por cuantos hombres fueron la avanzada heroica y la presencia argentina en los hielos; el de asombro y expectación al contemplar la maravillosas bellezas naturales intocadas; el recuerdo de su amada, en medio de la infinita y desolada vastedad glaciar y, por fin, la vocativa apelación a Dios, el creador de aquel indescriptible Paraíso terrenal.

Hay una actitud manifiesta en el poeta que esencializa su condición humana, no es su yo personal y único el que confronta con las vastedades glaciares: es el hombre, la criatura humana frente a la soledad cósmica de la región “en esta latitud dormida de las profundas aguas del Señor” (p. 13). En esta suerte de desnudez del ser que el poeta padece, brota un sentido de indefensión, de exposición y de cretura que le motiva la invocación religiosa. El hombre se siente un extraño invasor en aquellas dimensiones:

⁹² Cócaro, Nicolás. *Donde la Patria es un largo glaciar*. Buenos Aires, Emecé Ediciones, 1954; 47 pp.

MARCOS VICTORIA

**SONETOS
ANTARTICOS**

BUENOS AIRES

Pero, las bestias australes, o maravillas
de lo que perdimos,
dormían su sueño en una luminosa playa
de ese paraíso. (p 15)

La inocencia de esas bestias naturales que
no huyen ante la presencia del hombre en su
espacio:

A veces, ante el hombre, nadaban
los poderosos remos de los lobos húmedos
ocultándose y emergiendo
detrás de las rosas heladas de los tém-
panos. (p. 15)

La irrupción del hombre en ese ámbito pa-
radisiaco es vista como distorsionadora de ese
equilibrio:

El infierno es el hombre.
Lo hemos visto derribar la pureza
con su crueldad memorable
entre los afilados dientes de los días.
... Nosostros, bestias azules entre cretau-
ras marinas,
vimos un riacho de lágrimas,
cayendo hacia la luz del mar,
que se cubría de nieve,
destruido, violado
por este hombre nuevo. (p. 16)

Quién puede olvidarse de este país de luz
cuando vuela el cormorán
con las alas vertiginosas
sobre las aguas y los hielos.
El silencio cae, como las aguas siempre
en movimiento
para invadir el alma de los seres
que allí habitan. (p. 18)

Otra patencia que se experimenta es la
atemporalidad:

Ahora, sentimos que el tiempo
no transcurre.
Nosotros –el hombre– vamos
hacia ese instante
polar de tu infinito. (p. 42)

Pero estar en la soledad
entre los glaciares del sur,
en la flor de la patria
cercado de un vaivén de témpanos,
es escapar a Todo,
andar fuera de uno mismo,
acaso sin tiempo. (p. 47)

He escogido los poemas que estimo como
más representativos en mi colecta antológica.⁹³

⁹³ Cócara retomará aspectos antárticos en su labor periodística, p. ej. “La Antártida: los derechos argentinos in-

***Antártica. Poemas de hielo* (1960), de Carlos Moneta Testa**

De casta le viene al galgo, y el apellido está cargado de connotaciones que evocan empresas antárticas. Ya he recordado que José Luis Moneta es el autor de *Cuatro años en las Orcadas del Sur*, donde cumplió servicios en cuatro misiones antárticas: de Ayudante, en 1823; Segundo Jefe, en 1825; y Jefe en las campañas de 1827 y 1929. El autor de *Antártica. Poemas de hielo*, es hijo suyo.⁹⁴

En palabras liminares define su obra en el colofón: “Este breve poemario fue escrito durante el año 1962, en mares, islas y tierras del continente antártico”. En efecto, esta cuidada *plaque*, al buen estilo del editor artesanal Francisco Colombo, contiene un parvo contenido de apenas quince ceñidos poemas, compuestos en un viaje que el autor hizo entre 1961 y 1962 por las tierras heladas. Su derrotero lo precisa él: Mar de Drake, Islas Gibs, Adrland, King George V, Elefante, Mar de la Flota, Isla Decepción, Bahía esperanza, Tierra de San Martín, Archipiélago de las Islas Orcadas del Sur, Observatorio Naval Orcadas e Isla Laurie.

discutibles”, en *La Nación*, Buenos Aires, 9 de julio de 1966.

⁹⁴ Moneta Testa, Carlos. *Antártica. Poemas de hielo*. Buenos Aires, Colombo, 1964, 28 pp.

ISLAS ORCADAS

JOSE MARIA MONNER SANS
y
ROMAN GOMEZ MASIA

95

ARGENTORES

•
EDICIONES DEL
CARRO DE TESPIS

Guarín '66

Moneta escribe en su “Introducción”:

“Trece meses blancos regresan conmigo a Buenos Aires, trece meses poblados de luces, hielos y fantasmas...fantasmas de seres que me acompañaron durante más de un año en mi peregrinación por el Sector Antártico Argentino.

“Allí, en el límite sur de la patria, he descubierto la hermandad profunda que nos une, salvando las distancias y el desconocimiento que gran parte de nosotros posee sobre el sexto continente.

“¡Nos hallamos tan lejanos de ustedes! ¡Tan lejanos...! Sentados en el lomo de los glaciares contemplamos este rincón sin hombres de la tierra. Resulta entonces muy fácil olvidar que existen, que tras la estela de muchas millas navegadas se crean otros términos del mundo, otros sitios del rojo llamear humano.

“Ahora, tras muchos días de retorno, mis seres han logrado reencarnar gestos y voces detenidos en una despedida. Por ellos y por todos los que desean recobrar en mi su invierno blanco, es que dejaré volar al viento del sur las hojas del Libro de la Antártica.

“A los que me preceden y continúan, dedico este intento” (pp. 9-10)

Los poemas están estructurados con técnica compositiva de yuxtaposición, que va señalando

do gráficamente los elementos constitutivos del paisaje, que en nuestra imaginación se va delineando con estos leves toques de pincel. El procedimiento evoca la técnica impresionista que va sumando sus bastones hasta sugerir una totalidad.

Véase un ejemplo en “Pequeña ascensión a los glaciares”:

Abajo, reflejándome
nido de agua
los petreles
beben el vino congelado
en la corola de montañas.
Duro es mirar, es necesaria fuerza
mar agotado, silencio
lamiendo el borde de la niebla
encerrada en azul y plumas blancas.
Remonta entre pingüinos
un carcaj de alas
suspendido al mástil de los vientos. (p. 21)

La astringencia expresiva lleva al poeta a condensar su visión de la realidad helada en las diecisiete sílabas de un “Hai-kai polar”, dedicado a la dotación argentina en las Orcadas. Este es un rasgo pionero: el primer poema de esta modalidad compuesto en aquellas latitudes.

Trece seres
Trece dibujos del tiempo
Trece poemas.

El poeta se define a sí mismo “Caballero soy,/ hijo del quinto continente,/ en la luz boreal fue mi bautismo”; pero su naturaleza ha padecido un cambio profundo: “Sangre del hielo se ha fundido con mi sangre” (“Iniciación del caballero”) Su sangre roja, a partir de esta experiencia vital, se ha fusionado con la sangre blanca de la Antártida. Es un nuevo ser que habita zonas que encarnan una suerte de oxímoron. Véase su expresión: en “un bosque de vientos”, el hombre va “sintiendo / *música cálida* de aguas/ *congeladas*”.

***Sonetos antárticos* (1970), de Marcos Victoria**

Junto a los versos libres del poemario anterior, años después, Marcos Victoria nos propone sus *Sonetos antárticos*.⁹⁵ Victoria, médico neurólogo de profesión, tiene una vasta producción literaria como ensayista, poeta, autor teatral y narrador.⁹⁶

⁹⁵ Victoria, Marcos. *Sonetos antárticos*, Buenos Aires, Americalee, 1970.

⁹⁶ Solo apunto aquí algunos títulos. Poesía: *Las voces*, *El paraíso imperfecto*, *De profundis*, *Cuatro odas para una fiesta*, *Música de cámara*; narración: *María Rosa en primavera*, *Novelas de la ciudad y del río*, *Buenos Ayres City*; en-

El autor define la índole de su poemario:

“Este libro es, estrictamente, un diario de viaje en sonetos. Su autor se embarcó, al comenzar el mes de enero de 1967, en el transporte A. R. A. “Bahía Aguirre”. Durante un mes, en un trayecto de 3000 millas, navegó por mares, estrechos y canales hasta llegar al Círculo Polar Antártico, tocando las bases argentinas que debía aprovisionar. Día a día, se registran aquí los acontecimientos y experiencias del viaje. La salvaje belleza de la Antártida, las tormentas de nieve, los furores del Drake, el sol de media noche, aparecen sucesivamente. Pero no solo se interesa el autor por las rocas y los mares. También los hombres y los animales son recordados y cantados. Y no olvida a los propios tripulantes del “Bahía Aguirre”, el pequeño mundo que trabaja y navega. Al final, el autor visita la isla de Tierra del Fuego y elogia sus maravillosos paisajes de montaña, sus lagos, sus árboles y, por cierto, sus habitantes”.⁹⁷

Es, en efecto, una suerte de libro de bitácora en sonetos, con un total de ochenta y dos pie-

sayo: *Un coloquio con Victoria Ocampo, Ensayo preliminar sobre lo cómico, Variaciones sobre lo sentimental, Meditación del silencio*; teatro: *El amor en la sombra, Filoctetes o el orador, El bienamado, El fantasma de Palermo*, etc.

⁹⁷ Texto de la contratapa.

zas⁹⁸ El poemario es respuesta a la solicitud de “A mi Amiga, que me pidió sonetos al partir”, dice la dedicatoria. El libro tiene dos partes, en la primera, el viaje a la Antártida; la segunda, la visita a Tierra del Fuego.

Embarcan todos hombres: “Solo es mujer la proa”, dice el autor. En el derrotero, primero nos ofrece la impresión del mar ilímite iluminado por “una gélida luz de porcelana”. Los cambiantes colores de los témpanos según la incidencia de la luz:

“Recio muro, turquesa en la mañana, / que se vuelve esmeralda al mediodía”.

La fauna: “loberas, pingüíneas por docenas” (“y cuando sopla el viento allende el mar, / el espantoso hedor de los pingüinos”), o, menos rechazante, la escena del soneto “Los dos pingüinos”, besándose: “duros picos unidos en un beso”, las focas, los petreles, los perros polares,

Los accidentes geográficos: el cerro Rosamel, el pico D’Urville; la isla Decepción, a cuya entrada, entre peñascos llama la “Gibraltar del Sur”; los volcanes latentes, las bahías Paraíso, Esperanza, Luna, Herrera; “ventisqueros estrechos y canales, / nombres distintos, pero siem-

⁹⁸ Debo decirlo, el poeta es imperito en el manejo de los endecasílabos, suele claudicar en el escandido, por sílaba de más o de menos.

pre iguales”; el estrecho de Gerlache, la caleta Potter, las cuevas con estalactitas (“este encaje de alcurnia veneciana / por el agua y la roca elaborado”; los manantiales, que le motivan una asociación con lo humano:

Como ese limpio manantial conozco
un hombre humilde, congelado, tosco,
por fuera es hielo, frío mineral;
pero por dentro, un manantial lo abreva,
una canción alegre, matinal,
y no sospecha nadie que la lleva. (p. 30)

Se viaja, por horas, sin modificación del panorama: “Por millas y por millas la blancura, / la espantosa verdad de blanca muerte” (p. 34). El único cambio ocurre en el cielo: “Aquí las nubes no son ilusión. /Aquí mandan. Aquí el paisaje son.”. (p. 54)⁹⁹

Frente a la expósita intemperie, “el camarote y su plumón de nido” y los entretenimientos a bordo: el cinematógrafo (“con su usina de sueños” y “actores del pasado, aun despiertos”); los discos de pasta con Wagner (“que bien se avienen Sigfrido y Lohengrinn, / con el temor

⁹⁹ Es curioso el paralelismo del mar infinito y la pampa planetaria. En su soneto “La pampa”, ya citado, Enrique Larreta escribe: “Solo arriba aparecen y pasan los paisajes”.

de nuestros corazones/ y el tímpano fantasma en el confín”; o la lectura.

Deja constancia de lo que va relejendo a bordo. En los dos casos que lo hace, las apelaciones librescas están llenas de consonancia con el ámbito polar por el que se mueven en la nave. Una primera alusión, en “Camarote” (p. 37), a *La divina comedia*, de la que evoca el canto XXXII del *Infierno*, que viene a cuento porque le ilustra realidades que sus ojos contemplan desde la borda. En aquel canto, Dante y Virgilio excursionan por el foso de la Caína, y hay en ella una zona en la que los pecados se castigan no con fuego sino con hielo. Los viajeros caminan sobre un lago helado: “*e vidieme davante/ e sotto i piedi un lago, que per gelo/ avea di vetrio e non d’acqua sembrante*” (XXXII, vv. 22-24). El rigor del frío es tal que los condenados, al llorar ven congeladas sus lágrimas, que sellan sus párpados: “*e l gelo estrime/ le lagrime tra essi e iserrolli*” (vv. 47-48). Hielo en el libro y en la realidad en que están insertos.

El otro caso en el soneto “Lecturas de Dostoyewski”, alude a *Recuerdos de la Casa de los Muertos*, sitúa su ambientación en el presidio de Siberia, donde el mismo novelista padeció años preso, y cuya experiencia va a exponer por la voz transpuesta de su personaje Petrovich. Allí se muestra la dura vida en medio de los inviernos crudelísimos y los presidiarios no son

sino muertos en vida. Victoria sugiere puentes entre la estepa rusa helada, que cursa ficcionalmente en el libro, y la planicie gélida por la que navegan; “paradoja del blanco sobre el blanco”, monotonía irreductible que la anáfora reafirma con su iteración en el arranque de todos los versos de cuarteto:

Blanca y profunda “Casa de los Muertos”,
blanca de los inviernos de Siberia;
blancos, blancos, los mares muy
desiertos,
blancura de tristeza y de miseria. (p. 55)

La sobremesa a bordo, el capitán León Resio, el segundo comandante, Federico Roussillon, los tenientes de a bordo, en fin lo cotidiano en este diario de navegación.

Teatro antártico

Islas Orcadas (1940), de Monner Sans y Gómez Masía.

A diferencia de los poetas, Cócara y Victoria, cuyas obras nacen de la experiencia del viaje antártico, las dos piezas teatrales que comentaré, referidas al Continente Blanco, no se motivan en el comentario directo de una realidad vista y

vivida en él, sino que se han abrevado en fuentes de información; en ambos casos, la dominante fue, sin lugar a dudas el libro de José Manuel Moneta, *Cuatro años en las Orcadas del Sur* y el de Alberto Aníbal Soria: *La vida en la Antártida*.¹⁰⁰

La primera de las obras teatrales es un drama; la segunda, una suerte de esperpento o grotesco, transido de humor, claro.

Islas Orcadas, presentada a concurso en 1940, es obra en colaboración de José María Monner Sans y Román Gómez Masía. Ambos autores tenían conocimiento del teatro y de los recursos de género. Monner Sans era un especialista en el teatro contemporáneo europeo y, particularmente, en la obra de Pirandello; a ambos temas destinará sendos libros. Gomez Masía es autor de obras de éxito de público: *Ausencia*, *El señor Dios no está en casa*, y, de mayor trascendencia, *Temístocles en Salamina*.

En sus *Breves recuerdos de un largo pretérito*,¹⁰¹ Monner Sans evoca el trabajo en común para el teatro, con Gomez Masía:

¹⁰⁰ Ambas obras ya citadas.

¹⁰¹ Monner Sans, José María. *Breves recuerdos de un largo pretérito*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1976, cap. "Una vida trunca", pp. 160-168.

BIAAL

Tomo 1

Premio
Germán Rozenmacher
de Nueva Dramaturgia

Obras premiadas

Sergio Boris
El sabor de la derrota

Alejandro Acobino
Continente viril

III FESTIVAL
INTERNACIONAL
DE BUENOS AIRES
 teatro danza música artes visuales

Edición trilingüe



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

SECRETARÍA DE CULTURA
gobBsAs

“A fines del 31 me invita a colaborar. Acepto y convenimos en cenar periódicamente en cualquier figón céntrico y en volver a nuestro estudio para aprovechar las altas horas cuando parece evaporarse en los anaqueles la ciencia de tanto sabio glosador de códigos, leyes y decretos (...) Y pronto Román y yo nos enzarzamos en la discusión de las *Islas Orcadas*, obra de lenta elaboración, rehecha y corregida sin descanso. Nos la elogian varios actores, pero no se deciden a tentar la experiencia de montar un espectáculo sin conflicto amoroso. Cuando, desalentados, estamos en trance de abandonar para siempre aquellos tan sobados originales, se nos ocurre presentar la obra al concurso del Teatro Nacional Cervantes. La suerte nos sonríe imprevisiblemente y por fin, en 1942, vemos a los seis personajes –que los manes de Pirandello nos perdonen el número– encarnados por un elenco excepcional: Miguel Faust Rocha, Enrique de Rosas, Santiago Gómez Cou, Alberto Candreau, Pascual Pellicciotta y José de Angelis. Conjunto que actúa bajo la severa, responsable y lúcida dirección de Orestes Caviglia. Y en el 43, algún premio nacional nos compensa de la paciente –o impaciente– espera. (p. 163)

En efecto, la obra, presentada al concurso del Comisión Nacional de Cultura, en 1940, resultó electa y premiada entre un centenar de piezas. Dos años después, se estrenó con el Cer-

vantes, con los actores recordados por Monner Sans. Obtuvo el Premio Nacional de Teatro. Tardíamente será editada.¹⁰²

Se trata de un drama de un prólogo y tres actos. El prólogo se sitúa, escenográficamente en la rada del puerto de Buenos Aires y los actos en la base de la isla Laurie, de las Orcadas. Al barco, —el “Cabo Frío”— van arribando los seis personajes, integrantes de la delegación que partirá a la Antártida, acompañados de familiares y amigos para la despedida. Esto da ocasión de, mediante enfoques de grupos, presentar básicamente rasgos de cada uno de los viajeros.

El contingente, que permanecerá todo un año en la isla, está encabezado por el científico doctor Rickert, baqueano en campañas antárticas, con tres viajes a la región. Es un hombre consagrado a la zoología y la botánica y ajeno a toda otra atención o pasión. Se presentan a Rickert, Tonelli y su padre que viene a despedirlo, y junto a ellos se hallan los otros expedicionarios, que centran grupos de personas. Raúl es un porteño calavera, cabaretero y mujeriego que está acompañado por Lili y Ninón, su amante. Un segundo grupo está compuesto por Schiavo, el cocinero del contingente, un italiano y su mujer,

¹⁰² Monner Sans, José María y Román Gómez Masía. *Islas Orcadas*. Buenos Aires, Argentores-Ed. Dintel, 1968; Colec. Carro de Tespis, 95; 79 pp.

María. Es un hombre instintivo, de mal carácter y expresiones toscas masculadas en cocoliche. El tercer grupo se centra en Daniel Robles, profesor de letras, periodista improvisado, a quien lo acompañan su hermana Carmen y una amiga, Albertina, enamorada de Daniel. Se habrá de sumar el segundo jefe, Izazmendi, hombre noble y trabajador.

Daniel es la figura axial de la obra. Sus trabajos de subsistencia le han impedido escribir la novela, que es el proyecto de su vida. Aspira a componerla en el silencio de los hielos. Todos viajan a la Antártida por motivaciones diferentes. Él lo hace en busca “del sosiego de espíritu que no se puede hallar en Buenos Aires” (p. 13). Albertina le desea: “Que para eso le sirva su destierro. Usted me lo ha dicho muchas veces: ‘El hombre más fuerte es el que está más solo’”.¹⁰³ En efecto, la frase de Ibsen opera en su espíritu como un leitmotiv. El prólogo concluye con la despedida y la partida del “Cabo Frío”.

El cuadro inicial del primer acto muestra un exterior del edificio estrecho de la base, donde convivirán los seis por un año, y, mediante un giro de escenario, pasamos al interior. Las primeras palabras son pronunciadas por Daniel, como una suerte de salutación a la isla y un desahogo lírico entusiasta, espontáneo y enfático:

¹⁰³ Es también un poema de Martínez Estrada.

JOSÉ M. SOBRAL

Alférez de Navío de la Armada Argentina

DOS AÑOS ENTRE LOS HIELOS

1901 - 1903



Portada de la primera edición
de *Dos años entre los hielos 1901-1903*.

¡Isla Laurie bajo la Cruz del Sur!
Tus rocas, tus nieves, tus brumas,
tu mar profundo donde navegan montañas
de hielo,
tus ventisqueros que pulverizan la luz,
tu suelo estéril, estéril como el mal,
tus costas que el viento abofetea,
tus bahías que a las aguas estrangulan
entre los garfios de los cabos puntiagudos...
¡Isla Laurie bajo la Cruz del Sur!
Frente a ti
yo no soy más que un hombre.
Tú, la Naturaleza,
yo, un ser que piensa.
Tú, la fuerza ciega, irracional, insensata.
Yo, una chispa del genio de la estirpe.
Tú un enorme pedazo del Misterio.
Aquí estoy, aquí estoy para vencerte.
Para saber algo más,
mucho más talvez...
Vengo hasta la soledad,
la casta soledad de tus desiertos de hielo.
Vengo a profanar tus riberas
contra las cuales bate, inocente, el mar
desde la creación del mundo.
Vengo a desafiar todos los peligros
porque quiero descifrar tu secreto
cósmico,
porque en mí alienta la eterna sed
humana
de saber algo más, mucho más,

siempre más...

Porque soy una chispa del fuego de la
estirpe,
encendida sobre la virgen soledad de tus
riberas,
¡Isla Laurie, isla Laurie bajo la Cruz del
Sur! (p. 20)

Pasan los primeros días y Daniel sigue teorizando sobre la condición de la soledad:

“Daniel.-Aquí es más uno mismo. La ciudad esclaviza a los hombres. Aquí, solo aquí, uno no pertenece a nadie más que así propio. Hemos venido a renovarnos, a sentirnos libres como los hombres primitivos... ¡La vida de las ciudades! Vida absurda.”

Los intereses y temperamentos diferentes entran en conflicto en la vida cotidiana, salvo Rickert, que permanece fuera de los enfrentamientos ocasionales, solo atento a sus observaciones y datos. Daniel va asumiendo, por su índole y laya, autoridad sobre todos. El carácter más rebelde, por primitivo, es el de Schiavo, y le sigue Raúl, rebelde al orden y a la disciplina.

Pasa el tiempo y Daniel no avanza en su novela. Crecen los roces diarios y las disputas, hasta extremarse el día en que escuchan por radio a sus parientes y amigos, y se produce un clímax en la situación final donde se ve el grado

de maduración anímica que se da en ellos. La lectura de los parlamentos de la *Antología* me exime de adelantar comentarios.

Islas Orcadas resulta un texto dramático de creciente tensión que mantiene el interés del espectador, pese a ser, como apuntara Monner Sans: “un espectáculo sin conflicto amoroso”. Es un drama entre hombres solos, en el aislamiento austral más extremo, puestos a convivir en condiciones de exigencia en las que la solidaridad, la tolerancia y el dominio de sí son claves en la relación humana.

***Continente viril* (2000), de Alejandro Luis Acobino**

Una segunda obra teatral referida y ubicada en la Antártida como espacio es la de Alejandro Luis Scobino:¹⁰⁴ *Continente viril*. “Pieza bizarra para cuatro hombres feos”, que obtuvo el segundo premio en el concurso “Germán Rozenmacher”, en el III Festival Internacional de Teatro.¹⁰⁵

¹⁰⁴ El autor nació en Buenos Aires en 1969. Estudió arte dramático y trabajó en varios grupos teatrales. En 1997, *Volumen I*; al año siguiente, *¡Plop! Nos vamos a pique*.

¹⁰⁵ En Premio Germán Rozenmacher. *Obras premiadas*: Sergio Boris, *El sabor de la derrota*. Alejandro Acobino, *Continente viril*. Buenos Aires. Edición trilingüe, Secretaria de Cultura, Gobierno de la Ciudad de Buenos

El título proviene de una frase de Alberto Aníbal Soria, en su libro citado: “Creo que puedo definir la Antártida: yo diría que *es el continente viril por excelencia*”.¹⁰⁶

Está compuesta de tres partes y un epílogo. La acción se desenvuelve en la base antártica “Comodoro Espeche”. Sus cuatro personajes masculinos son: coronel Julio Pantaleón Meléndez, el sargento primero Elbio Omar Benítez, el empleado municipal Alberto Perrupato y el científico y escritor, Esteban Tadeo Sosnowsky.

En la primera parte, están a bordo del “Tijuca”, y la acción comienza en momentos en que atraviesan el Drake, con un monólogo del científico, acodado en la baranda del barco. Es el Director de Zoología Antártica, egresado de la Universidad de La Plata y con cursos de especialización en el Instituto Geográfico Militar. Su viaje está motivado por la misteriosa muerte de pingüinos en el Sector Antártico Argentino. Las aves se suicidan arrojándose desde lo alto de los acantilados. Hace consideraciones en voz alta, que va grabando destinadas a un libro en elaboración.

En acción simultánea, en la base, dialogan el sargento y el empleado, que han sido destina-

Aires, t. I, 2001; pp. 81-143; en inglés, pp. 145-200; en francés, pp. 201-265. No se logró la autorización para reproducir fragmentos amplios en la antología.

¹⁰⁶Soria, A. A. op. cit. p. 16.

dos a la Base con pase burocrático. El nivel de lengua de estos dos personajes es popular, que cae por momentos en lo vulgar y contrasta con el afectado del científico y escritor:

“¡Qué contagiosamente soñador que es todo esto! Tienen la majestad de las cosas naturalmente bellas, la exaltación de lo eterno y la castidad de lo inenarrado. Mi alma se amiga con la Naturaleza en íntima unión con el Todo. Jamás estuve en un lugar así e intentar abarcarlo implica llevar mis aptitudes poéticas al límite. Pero si por fuerza tuviera que definirlo, me animaría a decir que la Antártida es el continente viril por excelencia” (p. 99)

De este bautismo proviene el nombre de la obra. El sargento y el empleado se llevan de maravilla. Evocan de continuo los programas y series más difundidos y exitosos de la televisión argentina, y siguen por ATC las visitas de los protagonistas de aquellos programas al país y los sucesos cotidianos por los noticiarios.

Para comunicarse con el continente disponen de una radio, LRV 78 Radio Comodoro Espeche, “la radio más austral del mundo, en defensa del patrimonio secuencial soberano”. Pasan música de la época del setenta, gracias a los abundantes discos de que disponen, elaboran efemérides y se incorporan a la locución con algunos buenos chistes. Como matean todo el día, comentan: “El

problema de ser un destacamento argentino es que se nos va todo el hielo en mate”.

El coronel, cuando ingresa a escena, evoca de continuo, con nostalgia, la época del gobierno militar desde 1976. Tiene un fuerte sentimiento nacionalista, y, frente a sus compañeros de base, manifiesta una primera diferencia: su opción es por la música folclórica. Recuerda emocionado el Mundial de 1978 y “el orden” en todo el país.

En la Base se juega, predominantemente al truco, y canjean con las otras bases extranjeras vecinas, mantecol y chocolate vencidos, que han mantenido helados, por “combustible”, el whisky, consumo diario del coronel, que le pone a todo el licor.

El estilo verbal del coronel se puede apreciar en este pasaje:

“Empleado: –A mi no me gusta que las mujeres manejen.

Coronel: –A mí tampoco. Y menos me gusta que fumen... (*Al público*) Aquí en la Antártida las pulsiones hormonales resultan menos difíciles de inhibir debido a la falta de motivos incitantes, factor unido a un autodominio personal fundado en la comprensión del problema. Como medida precaucional, hemos descolgado cuanto grabado sensual o voluptuoso anduviera por allí. Rematando la terapéutica, la práctica

de los deportes coadyuva magníficamente no solo por el desgaste físico que produce sino también por la expansión espiritual tanto o más necesaria que provee. (*A los personajes*) Ahora que somos cuatro podemos jugar un truco como Dios manda: ¿qué les parece equipo castrense contra equipo civil?”

Como el eje de la cuestión es el suicidio de los pingüinos, que solo ocurre en el sector argentino, y no en los restantes, las discusiones giran en torno a esta cuestión.

Un día, el científico proclama un descubrimiento. Ha observado que la Antártida Argentina tiene la misma forma triangular que el país, pero en forma invertida y la luz solar que se refleja sobre sí misma, provoca un efecto especular y genera el derretimiento de los hielos. Los pingüinos se suicidan porque están perdiendo su hábitat.

“*Coronel*: –¿Así que por eso se matan los pingüinos? (*Ofuscado*) ¡Pero qué estupidez está diciendo? Los pingüinos no tienen el más mínimo respeto por las fronteras nacionales. Si tuvieran algún problema de este lado bien podrían haber emigrado hace rato, no son aves criollas como el hornero o el chajá...”

Científico: –Sí, pero si bien es cierto que desconocen las jurisdicciones nacionales, por otro lado los pingüinos presentan rasgos xenófobos en su conducta y no aceptan pingüinos provenientes

de otras pingüíneras...Pingüinología básica, mi Coronel. Pingüinología básica..." (*Silencio*)

Por supuesto, el descubrimiento que cifra-
rá el científico en el título de su informe: "La
Antártida Argentina: una nueva Atlántida",
desazona al coronel e, inicialmente, lo niega,
y rechaza que se comunique el hecho, porque
advierte las consecuencias: si la Antártida se de-
rrite, desaparecerán las bases, con ello perdería
los beneficios de su escalafón y otros premios
por zona desfavorable. Ordena, entonces, que el
científico silencie su descubrimiento y lo vigila
estrechamente para que no trasmita su hallazgo.

El Día de la Antártida, en momentos en que
están en contacto con el país mediante la radio,
el científico alcanza a gritar la mundo: "La An-
tártida se derrite". Se produce un forcejeo y el
científico escapa fuera de la casilla. El coronel
ordena al sargento salir en busca del hombre en
medio de la noche polar. Retorna el científico
y, luego, el sargento. Quien no aparece es el
coronel, porque lo han detenido en una base
australiana pues ha invadido la frontera, y lo van
a extraditar. El sargento reflexiona:

"*Sargento*: -"Pobre coronel, parece que lo
extraditan a Europa, nomás... Le salieron un
montón de causas... Pobre, lo van a llevar de
país en país, de tribunal en tribunal...Yo le dije
que no saliera de la base, yo se lo dije."

En la escena final, el sargento y el empleado municipal preparan su equipaje porque los mandan a un nuevo destino: al primero, a su Entre Ríos natal; y a Misiones, al otro. La obra se cierra con un monólogo del científico, nuevamente en la cubierta del “Tijuca”, ahora de regreso:

“Científico: (A la grabadora) -La costa antártica se achica en la lejanía. La silueta de la bahía con sus montañas, sus instalaciones y el muelle, desaparecen envueltas en el colchón helado de la niebla. Parece mentira que esté regresando. Mas esta vuelta mía es como el retorno de un viaje iniciático. Un viaje que lleve a los confines más oscuros, a los abismos más insondables, y del que regreso orgulloso y con la frente erguida. Herido pero triunfante. Quizá mi nombre figure junto a Nordeskjold, Amundsen, Irizar, Billinghamen, Shackleton, Piedrabuena y tantos otros... Mas no ansío semejantes laureles, yo se muy bien que, vana, la gloria desemboca finalmente en las estancadas aguas del olvido. Después de todo, lo que hice lo hice por la Ciencia y nada más. En todo caso que se me recuerde por mi libro, este, en el que pienso volcar mis impresiones, mis reflexiones y todos los vericuetos de esta terrible pero enriquecedora experiencia, para que sirva de guía a las futuras generaciones. ¡Qué paradoja! Tal vez especies enteras de pingüinos dejen de existir para siempre. Pero sin duda la Pingüinología ha-

brá avanzado a pasos agigantados y un porvenir auspicioso la espera. Cierro mis ojos un instante: el azul y el blanco del cielo y de la costa se metamorfosean, flamea acariciado por la brisa del sur, esa brisa que nos impregna con albores de hielo y celeste empíreos en místico arrobamiento. Puede que todo ese territorio al terminar de derretirse vuelva a la mar. Sí, pero cuando ello ocurra pasará a formar parte del Mar Argentino, ese mar brioso y prolífico que luce tan celeste como en los mapas escolares” (p. 143).

Prosa antártica

Ojos y voz adámicos: el primer argentino en la Antártida.

Dos años entre los hielos. 1901-1903, (1905), José María Sobral

Como excepción le hago sitio en este estudio a un autor que no aspiró a la creación estética, como sí el resto de los que aquí considero. Me refiero a José María Sobral (1880-1961), nacido en Gualeguaychú (Entre Ríos).¹⁰⁷ Nuestro hombre ingresó en la Armada Argentina y

¹⁰⁷ Tal vez la obra más documentada sobre nuestro autor sea: Destéfani, Lauro H. *El alférez Sobral y la soberanía argentina en la Antártida*. Buenos Aires, Ediciones Eudeba, 1978.

cumplió con la ritual vuelta al mundo a bordo de la fragata “Sarmiento”. A fines de 1901, las autoridades navales disponen que se incorpore a la expedición sueca del Dr. Otto Nordenskjöld. Le llega la orden el 19 de ese mes y debe embarcar el 21 en el “Antartic”. Es graciosa la odisea del joven alférez trotando por las tórridas calles del verano porteño, que superaba los 34° buscando en las tiendas abrigos para los 40° bajo cero. De lo atropelladamente adquirido, nada le sirvió y solo la ropa interior le resultó aprovechable. Iba por un año a habitar en el sexto continente, y sería el primer argentino en invernar allá.

El “Antartic” los llevó hasta Snow Hill, donde desembarcaron, y se alejó del lugar. A poco, en el Mar de Weddell, los hielos lo apresaron y lo hicieron zozobrar. Frente a la Isla Payler, la nave se hundió definitivamente. Y los tripulantes buscaron refugio en la costa. La expedición de Nordenskjöld ignoró este naufragio y pensaron que el barco había seguido su regreso a Buenos Aires. Al cumplirse un año, Sobral y sus compañeros comenzaron los aprestos para el retorno; pasaron días y meses, y no había noticias del “Antartic”. La angustia y la incertidumbre comenzaron a ganar el ánimo de los expedicionarios, quienes debieron vivir doa años con los pertrechos calculados para uno.

SERGIO PIÑERO HIJO

**EL PUÑAL
DE ORION**

APUNTES DE VIAJE

EDITORIAL PROA
BUENOS AIRES R.A. 1925

Al avanzar el segundo año sin nuevas de la Antártida, a su vez, las autoridades navales argentinas, espoleadas por la preocupación de Francisco Pancraccio Moreno, dispusieron que la corbeta “Uruguay”, refaccionada, fuera en buscas de noticias. La comandaba Julián Irizar, quien llegó a la zona de Snow Hill donde, luego de varias batidas dieron con los aislados. Cumplido el heroico rescate que capitaneó Irizar, regresaron en la “Uruguay” y entraron en la rada de Buenos Aires el 2 de diciembre de 1903.

Sobral se convirtió así en el primer argentino que invernaó en la Antártida y que superó una dura prueba de supervivencia por un largo año polar. Fue recibido como un héroe y le otorgaron las mayores distinciones. Tenía escasos 24 años.¹⁰⁸ El Dr. Nordenksklold, que le tomara particular aprecio, le consiguió una beca en la Universidad de Upsala, adonde se recibió de geólogo en 1913, el primero de nuestro país. Pudo cumplir sus cursos universitarios gracias a que había logrado hablar el sueco con fluidez, merced a su amigo Bodman con quien intercambiaban lecciones de sus idiomas, un diccionario sueco español y la obligada convivencia con aquel reducido manojó de hombres, lo motivó a aprender la ardua lengua.

¹⁰⁸ Se le otorgó las órdenes suecas de “Las Dos Espadas” y de “La Estrella del Norte”, así como la Medalla Livignstone.

Sobral era una *rara avis* en medio de los suecos, vigorosos bebedores que quizá jamás entendieron como un joven como José María poder ser inquebrantablemente abstemio.

Los dos hechos notables: el grupo heroico, con Sobral en medio de él, que superó la prueba de dos inviernos antárticos y la proeza aguerrida de Irizar en su corbeta, golpearon la conciencia del gobierno argentino e inclinaron a la decisión de adquirir a William Bruce la estación meteorológica que él abandonara en las Orcadas. Esta fue el más antiguo asentamiento de un país en el continente antártico, sostenido desde 1904 hasta la actualidad.

Motivado por la impar experiencia vivida y por una aguda preocupación por nuestra soberanía en aquellas tierras, Sobral escribe y publica su obra: *Dos años entre los hielos (1901-1903)*¹⁰⁹

Sobral elabora su libro basado en el *Diario* que había llevado a lo largo de dos años.

“El 24 por la tarde se engalanó el barco. En el asta de popa y la mesana, banderas suecas; en el mayor, la norteamericana; y en el trinquete, la argentina.

¹⁰⁹ La primera fue edición de su autor, impresa en Buenos Aires, por José Tragant, en 1905. Cito por la edición con estudio preliminar de Jorge Rabassa, en Buenos Aires, editorial Eudeba, 2003, 302 pp: Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo.

“El viejo Haslum, el de los 27 veranos pasados entre los hielos del norte, tocó en el acordeón, entre otras cosas, los himnos de Suecia y Noruega que escuchamos de pie, y mi gramófono hizo oír las majestuosas notas del argentino, estruendosamente aplaudido por los presentes. (p. 85)

Sobral hizo sonar por vez primera los acordes de nuestro “Himno nacional”, el 25 de mayo de 1902, en medio de los hielos antárticos, en su modesto gramófono; y ese día, enarboló por primera vez una bandera nuestra en la tierras heladas. Como se ve en muchos aspectos Sobral fue un pionero.

Retraigo algunos pasajes para que el lector pueda leer lo que por vez primera —y, casi seguro, por vez primera el lector haga esta lectura— dijo una voz argentina sobre el continente blanco, que pisaba y excursionaba, observaciones iniciales directas, no de mentas ni de lecturas. Por eso adjetivo al libro de Sobral de *adámico* en la medida que todo en él es inaugural, es inicial, es primigenio. En esto radica parte del interés por su testimonio.

La vista “del primer iceberg muy cerca de nosotros, y yo, que era ésta la primera vez que veía estas moles heladas, lo contemplé durante mucho tiempo, pensando que esos témpanos

eran los poderosos enemigos del navegante en los mares glaciales, y más y más lo miraba como deseando habituarme a su vecindad. (cap. V, p. 96)

“Por fin piso tierra en donde comienzan los misterios polares; paso a paso iremos avanzando en nuestro camino y paso a paso iremos batiendo al enemigo común, para arrancar de sus entrañas esos misteriosos secretos que oculta a la civilización, y que tanto preocupan a los hombres de ciencia”. (p. 97)

Sobral asociadamente maneja la pluma en dos veneros: lleva un diario con apuntes, que a veces transcribe en su libro, o desarrolla los capítulos de este sobre las frases escuetas que en su bitácora cotidiana ciñen sucesos o situaciones: “copiaré mi diario, que contiene todas las anotaciones (cap. IX, p. 137; “Los días continúan sucediéndose sin acontecimientos notables, y no escribo lo que dice mi diario ... (p. 148). Por otro lado, envía cartas a familiares, amistades y superiores de Marina, algunas de las cuales son textos que se publican en periódicos porteños, lo que revela su índole novedosa. “Para recordar lo que desde Snow Hill escribí en febrero de 1902, en cartas publicadas en esta capital (...) Lo he creído en aquella época y continuó creyendo, que la República Argentina ha debido tomar posesión de esas tierras australes.

“(…) Hace aún pocos años, nuestra Tierra del Fuego era habitada solamente por el salvaje; hoy tenemos allí un Territorio Nacional, un pueblo naciente y un gobierno regular con un radio de acción, donde se respeta la Soberanía nacional.

“Pues esto mismo es lo que en mi concepto se debe hacer en las tierras subpolares, cuyos mares, con más o menos dificultades pueden navegarse en cualquier estación del año y que ofrecen pingües beneficios con las pesquerías que allí pueden establecerse. (pp. 118-119)”

El joven alférez se comunicaba con sus compañeros de misión en inglés. Pero luego se impone el aprendizaje del sueco. “Me propuse hacer desaparecer esa situación hasta cierto punto embarazosa y poco a poco, con ayuda del diccionario, conocí el idioma de mis compañeros y antes de terminar el primer año de estadía en Snow Hill, ya lo hablaba y escribía lo suficiente para hacerme entender.” (p. 129). Lo cierto es que en la tarea de practicar el diálogo hicieron un pacto con Bodman, de servicios cruzados: él le enseñaba al sueco el castellano; y este, su lengua. Sobral y Bodman estaban encargados en Snow Gill de las observaciones magnéticas, meteorológicas y astronómicas.

“La vida doméstica era siempre la misma, muy uniforme; me bastará referir un día para

que se conozca la de los dos años que allí pasamos.” (p. 133).

“Nuestra estufa la alimentamos el primer año con carbón, pero sucedió con éste como con las provisiones, y el segundo teníamos como único combustible la grasa de foca.

“Cada 15 días nos dábamos un baño, y como solamente teníamos una tina para este servicio, por ella desfilábamos todos y por turno. Como elemento de distracción, teníamos un gramófono.” (p. 135)

“... Pronto vendría la primavera, sino con sus flores, como allá en la patria, por lo menos con sus deshielos y con la vida. Muchas veces se podía repetir con el poeta, «triste es la vida cuando el alma piensa», y a veces nosotros teníamos algún tiempo para pensar. ¡Y qué pensamientos solíamos tener!” (p. 163)

“21 de diciembre. Hoy hace un año que salimos de Buenos Aires. He leído muchas relaciones de viajes polares: no recuerdo haber leído la descripción de una partida tan triste, tan sin despedida, sin adioses como la nuestra; ninguna mano que agitara su pañuelo, ninguna voz de “buen viaje”; el “Antarctic” salió acompañado por el silencio que sólo puede igualar al de las regiones a las que se dirigía; mi alma de argentino se sintió herida por tanta indiferencia y mi corazón, conmovido, lleno de tristezas al dejar la patria; al dejarla sin que nadie pronunciara

una palabra de aliento, algo que sirviera de estímulo y sostén en el momento doloroso. Deseo olvidar esas tristezas.” (p. 202)

“25 de diciembre. ... el día de Dios. Stokes, el pintor norteamericano que fue mi compañero en el Antarctic, me había regalado para este día dos cajas de exquisitos bombones comprados en Nueva York; cuando los presenté delante de mis amigos, fueron saludados con salvas de aplausos; una de las cajas tenía una figura que representaba la estatua de oro de la North American Girl, presentada a la exposición de Búfalo, y en el acto fue a aumentar la colección de bellezas, que desde la pared eran mudos testigos de nuestra alegría. Allá en la patria, esto no se puede olvidar ni dudar, se ven los hermosos árboles de navidad, saludados por la alegría inocente que se desborda en los millares de niños que aún caminan por el sendero de las flores; todo el mundo, olvidando sus penas y aflicciones, y lleno de gozo y placer, se dirigirá a los santuarios para adorar al recién nacido, fundador de nuestra era; en alegres sonrisas se plegarán los rostros de los más tristes, esperando que el niño les traerá mejores días; en nuestros hogares seremos recordados entre alegrías y pesares, entre suspiros y esperanzas, y alguien pronunciará nuestros nombres entre sus ruegos y sus plegarias dirigidas al Dios que todo lo puede, sin imaginarse que tendrá que llegar otra

vez el sacro aniversario para ver realizados sus deseos: nosotros, yo también, desde el extremo del mundo, uno mis ruegos y mis plegarias a las de la humanidad y pronuncio el nombre de los que me recuerdan y esperan, confortando así mi espíritu, mis energías”. (p. 204-205)

“Los días son tan iguales para nosotros que no pueden serlo más: siempre las mismas nieblas y nieves, siempre el mismo ruido del viento; todos los días, viajes hasta el tope de basalto, que por ser el punto más alto de Snow Hill es nuestro atalaya, al que vamos a mirar el estado del hielo, y los que no iban recibían a los que habían estado con miradas interrogadoras; esto y el continuo observar los instrumentos son nuestras ocupaciones, de manera que no es mucho lo que hay que escribir en el diario. Yo no he escrito nada, desde el 12 hasta el 25 de enero”. (p. 209)

“Ya se hace notable el alejamiento del sol; a las diez de la noche no se puede leer en la casa y hay que prender la lámpara.

“En estos días hemos tenido el placer de ver tres moscas, y esto, que nadie lo mencionaría en el mundo habitado por ser menos que nimio, para nosotros fue un gran acontecimiento, la primera la encontré yo, estaba leyendo y se paró sobre mi libro; la segunda apareció en

la cocina y la tercera la vio Bodman, cuando volaba alrededor de nuestras cabezas mientras almorzábamos.

“Estos animalitos nos recordaron climas más tibios, y por eso los vimos con curiosidad y ¡con qué placer y entusiasmo nos ocupamos de ellos! Seguramente han venido con nosotros pero, ¿dónde se han guarnecido hasta ahora?” (p. 214)

“Mes de mayo. El 25. Hasta el mediodía sopló viento del sudsudoeste, pero por la tarde la calma fue completa.

“Hoy es el día de los míos, *dice mi diario*, Dios quiera que lo festejen en paz y felicidad. Yo pensé saludar con una salva de 21 disparos la salida del sol que, como una bola roja, se elevó sobre el horizonte, pero se me ocurrió que esas balas podrían servirnos en algún momento para procurarnos caza y no lo hice; mentalmente saludo a mi patria y me descubro respetuoso ante ese sol, emblema de tantas glorias. El sol nos da luz pero ya no calienta; ahora, les toca a los del norte gozar de sus rayos bienhechores.

“*Miro mi diario* y es tal la monotonía de nuestra vida que no hay absolutamente nada de nuevo que relatar; la descripción del estado del tiempo es lo único que llena sus páginas y naturalmente eso no es una cosa para escribir en este lugar; así pues, termina el mes como empecé, ¡Qué ganas de oír un poco de música! ¡Qué

deseos de ir al teatro, de oír contar algo nuevo!, ¡qué deseos de todo lo que no tengo! ¡qué estado de ánimo tan raro!” (pp. 227-228).

Estas son las primeras impresiones de un argentino en la Antártida. Lo inician todo en las impresiones que reflejan los ojos y los oídos de un joven de veintidós años. Valía la pena dejar constancia de sus palabras en este abordaje literario.

La prosa poética de viaje

***El puñal de Orión* (1925), de Sergio Piñero**

Voy a hablar de una obra que constituye una rareza bibliográfica, razón por la cual abundaré en referencias sobre sus características formales y compositivas, así como seré generoso a la hora de incorporar páginas tuyas en la *Antología* aneja.

El autor firma Sergio Piñero, hijo. Sergio Piñero, padre, fue un notable financista y estudioso de las disciplinas económicas. Actuó en la fundación de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, a la que donó su valiosa biblioteca especializada. Fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas y participó de toda forma de renovación de los estudios de las áreas de su especialidad.

En tanto la actividad de Sergio padre es bien conocida, escasean los datos biográficos sobre su hijo. Fue abogado y, al parecer, el primer libro que publicó fue el que nos ocupa: *El puñal de Orión. Apuntes de viaje*, aparecido en 1925 con el sello de la ya mítica Editorial Proa, dirigida por Evar Méndez, animador de tantos proyectos culturales de vanguardia en nuestro país.

El, libro primigenio apareció en buena compañía, pues el mismo año y por el mismo sello editorial, se dieron a conocer *Inquisiciones y Luna de enfrente*, de Jorge Luis Borges; *Alcándara*, de Francisco Luis Bernárdez y *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, de Oliverio Girondo. No está mal la “compañía” para un libro de principiante.

La obra presenta las características formales de la colección en que apareció. Puede apreciarse parte de ellas en la reproducción digitalizada de la portada, con que se acompañan estas páginas. Las tapas, blandas, sin solapa, son de un color aladrillado, entre naranja y marrón claro. Sus 221 páginas, de 19 x 12,5 cms exhiben una composición en caja pequeña de 10 x 8 cms.

Dije que la obra casi no es mencionada por la crítica ni figura en las historias de la literatura. Hallo en Manuel Gálvez un lector ponderativo. En un libro olvidado de este autor, *La*

Argentina a través de sus libros,¹¹⁰ sostiene que todas las regiones del país tienen representación en nuestras letras. “El país argentino está íntegramente en nuestra literatura. No hay región argentina, provincia por provincia, que no tenga su libro en el que se reflejen sus costumbres, sus personajes, algunos aspectos de su vida” (pp. 9-10). Y al llegar a lo más austral, estima: “Hasta las Islas Orcadas y los mares del sur, próximos al Polo, están en un libro argentino: *El Puñal de Orión*, una de las mejores obras publicadas en los últimos diez años” (p. 10). Y, en otro ensayo de la misma obra, escribe: “Sergio Piñero, autor de *El Puñal de Orión*, un bello libro, digno de figurar junto a los de Güiraldes” (p. 80). La obra continúa siendo casi desconocida para los argentinos.

El título, *El puñal de Orión*, está transido de resonancias mitológicas interesantes. Orión, como se sabe, era un gigante cazador, hijo de Poseidón quien le había dado la facultad de caminar sobre el mar. Dotado de increíble fuerza, realizó varias hazañas que lo hicieron memorable. El padre de Mérope, de quien se enamoró Orión, lo cegó cuando dormía a la orilla del mar. El ciego le pidió ayuda a Hefesto, quien le proporcionó un niño que,

¹¹⁰ Gálvez, Manuel. *La Argentina en nuestros libros*. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1935.

sentado en sus hombros, lo guiaba siempre hacia Levante. Así, enfrentándose con el sol naciente, recuperó su vista. La Aurora, al verlo, se enamoró del gigante, pero este, indiferente, pretendió a Artemisa, quien lo rechazó y le hizo picar el talón por un escorpión. El animal venenoso y Orión, ambos fueron convertidos en sendas constelaciones, que giran sin alcanzarse jamás. Escribe Piñero:

“En las noches de luna el cuadro se transforma fantásticamente. La luna, más de plata que nunca, lava las aristas y las superficies con la palidez de su tonalidad incolora. El Puñal de Orión y la Cruz del Sur van marcando el rumbo en misteriosa connivencia con la proa.” (p. 212)

Subtitula su libro “Apuntes de viaje”, aludiendo con ello a la índole de la obra. No se trata de crónicas periodísticas noticiosas del día a día, aunque tiene un despliegue según las secuencias del viaje; tampoco estamos frente a una obra de intención descriptiva de modalidad informativa; menos, por supuesto, de un estudio o tratado. Son “apuntes”, con la libertad expresiva, asociativa y compositiva que esta modalidad sugiere. La elección de un título mítico la asocia al nivel poético. La obra presentará la realidad vista desde la perspectiva de un creador, de una

imaginación creativa y no de un informante riguroso.

El libro está dedicado: “A la plana mayor del transporte de la Armada Argentina, ‘Guardia Nacional’. Febrero-mayo de 1924”. Ese fue el navío en el que embarcó Piñero, en una decisión vertiginosa, pues resolvió ese viaje en un solo día, en el que realizó todas las gestiones necesarias para hacerse a la mar. Este abogado, de vida regalada, si no regalona, y plácida, se “embarca”, en la doble acepción del término en una aventura para la cual no se da margen de reflexión. Y una mañana de febrero se ve a bordo del “Guardia Nacional”, comandado por el capitán de navío Jerónimo Costa Palma –cuyo nombre no lo consigna el autor, pero lo he precisado por documentación–, surcando “el chocolate batido” (p. 24) del Río de la Plata, rumbo a las tierras heladas.¹¹¹

Los XXIII capítulos que componen la obra fueron escritos sobre el filo de los acontecimientos y del derrotero, y enviados como colaboraciones al diario porteño *La Razón*, que los fue publicando entre febrero y abril de 2004. Es decir que la obra se fue gestando y dando a conocer simultáneamente, como un testimonio

¹¹¹ Barcia, Pedro Luis. *El Río de la Plata en la poesía argentina*. San Isidro, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro, 2002; 39 pp., discurso de incorporación como miembro de número de dicha academia.

directo de un viaje por los mares del sur, y por el mar Antártico. Al parecer, por la datación del prólogo “Usuahia, abril de 1924”, habría dado toque final a sus apuntes, que editó en forma de libro al año siguiente.

Piñero comenta que se edita un simpático diario a bordo, en el que participan muchos de los embarcados. Es notable como incorpora con rapidez la jerga marinera en su descripción, y lo hace con calibrada propiedad. Redacta sus apuntes con estilo de abundancia imaginista, muy al uso del ultraísmo imperante en esos días.”Los mareados tienen todos el aspecto de haber tenido familia” (p. 24), “Los ojos de buey entornan sus párpados en la oscuridad” (p. 34), “El mar, que ha adoptado por el momento un galope largo, salta sobre el barco con agilidad de concurso hípico” (p. 39). “Las olas de silencio son, a veces, tan devastadoras como el agua” (p. 40), “El salivar constreñido de las botas de los marineros” (p. 51), “El mar inicia una jugarreta de cachorro, cacheteando el barco” (p. 211). Mantiene, a lo largo de toda la obra, una mirada poética sobre las realidades que contempla, haciéndose más vivaz y original al enfrentarse con los paisajes australes:

“Ballenas y delfines aparean el buque. Un cetáceo cruza por entre dos olas originando columnas de agua que, al desflecarse, se transforman en arco iris. Por la banda, un delfín verde

sapo aparece y se esconde en maniobras de submarino. Los albatros planean por entre las jarcias o acuatizan para descansar sus alas de millas. Hay algo de exhibicionismo en el conjunto que le trasmite aspecto de programa de circo” (p. 26).

Es recurrente en el autor, el asociar la vastedad pampeana y sus labores con la pampa marítima. Al referirse al mar, maneja frases y elementos propios del otro mar, el verde del desierto pampeano:

“Llega el huracán jinete en soberbio zaino oscuro aperado en platerías de noche. Silba el arreador apurando la yeguada de las olas, sus crines ruanas castigando el lomo; se apretujan y precipitan las unas encima de las otras, pujando por escudriñas la negrura. El barco es un poste en el camino. Un animal rezagado avanza angustioso como perro de caza por la espesura de un trigal. Una ola rueda contra el buque, se endereza, y sigue despavorida su carrera. Gritos de tropero en ronda de arreo se escuchan impacisos como atajando hacienda” (p. 39-40)

“Rompe otra ola en proa. Hasta el puente alcanza el agua. Perdemos las pipas y un manotón a tiempo a la balaustrada nos libra de caer al mar: los dos al unísono imitamos con nuestro grito alegre la expresión gutural de los gauchos en los rodeos camperos.” (p. 56)

Coincidentemente, Alberto Aníbal Soria, en *La vida en la Antártida* (1954), comentará en su evocación del viaje: “Los mediterráneos siempre tratamos de establecer paralelos entre nuestras pampas con las marinas, buscándoles similitudes o antítesis” (p. 18). En rigor, la primera asociación de la pampa con el mar, y de la carreta en que viaja con el galeón en medio de las aguas, la establece el jesuita José Gervasoni (1725),¹¹² en sus apuntes del viaje desde Buenos Aires rumbo a Córdoba.

En su derrotero a las Georgias del Sur, Piñero marca un hito con el encuentro con el primer iceberg:

“Los últimos reflejos alcanzan a iluminar magnífico el primer iceberg que el vigía anuncia en el horizonte. La marinería ávida se precipita sobre la borda, mientras la mole como una llama emerge imperturbable de la superficie.

“En su soledad desconcertante, marcha como atisbando una colisión póstuma. Tanta solemnidad enmudece. Corre una brisa de encrucijada de cementerio. Llevo el alma detrás de mí como un chinchorro. En el comando,

¹¹² Gervasoni, Carlos S. J. “Carta al padre Comini”, Buenos Aires, 9 de junio de 1729”. Traducción de José Manuel Estrada, Introducción por Vicente Quesada, en *La Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1865, a. III, t. VIII, n1 30, pp. 178-182.

permanecemos inmóviles. Ningún comentario parece propio. La proa sube y baja como una caricia” (pp. 61-62)

Graciosa la expresión del conscripto criollo a bordo, que exclama al ver la blanca pared del témpano: “Pu...cha, ¡qué pelota de escarcha!”.

El arribo a las Georgias del Sur se da a los doce días de navegación. Después de una breve estadía, reembarcan hacia las Orcadas, en un ballenero, con la comisión de relevo. La zona estrictamente antártica está presentada en los capítulos VIII, IX y X (pp. 81 a 108), que reproduzco en la antología. En el XI, se narra la partida desde las Orcadas hacia las Georgias, nuevamente, donde recalarán por más tiempo. En el cap. XII comenta Piñero acerca de las veinte factorías de aceite de ballena. La población es de una notable desproporción: 1500 hombres y 5 mujeres. Estas son las de los gerentes y administradores, puesto que está prohibido que el personal se instale con sus esposas. En la isla mayor está desterrado, además, el alcohol. Los hombres trabajan denodadamente, juntando peso sobre peso, para retornar con algo de ganancia a Buenos Aires o a Noruega. La tolerancia a la vigilia por dos o tres días lo asombra en los trabajadores. Es simpática y ágil la descripción de su salida, en calidad de marinero –pues todos deben ser útiles en algo a bordo–, a la búsqueda

de ballenas y lobos marinos... En el cap. XIV, se describe la caza de estos a los que ultimán con máuseres y a palos, y el siguiente, comenta la cacería de ballenas. Cobran cinco piezas de los grandes cetáceos, y retornan.

Otros capítulos los destina a comentar su cena, en casa del gerente noruego de una compañía: sopa de reno, carne de ballena y pechuga de pingüino. Más regionales las viandas, imposible. Luego, la cena con el gobernador Mr. Barlas, una curiosa comunicación mantenida en la mutua ignorancia de las lenguas nativas de ambos interlocutores, hecha de supuestos, sobreentendidos y señas.

En el cap. XVIII, parten rumbo a Ushuaia. El retorno, en medio de la niebla, sorteando los bloques de los témpanos, que pasan junto al barco, al alcance de la mano, es realmente antológico. El cap. XXIII, final, recorre el paso junto a la Isla de los Estados, el ingreso al Beagle y el arribo a Ushuaia.

El puñal de Orión queda como un islote aislado, flotando en medio de la ausencia de escritos con voluntad estética sobre las tierras antárticas, por más de dos décadas, en que han de aparecer en el horizonte nuevas naves literarias que aborden las costas heladas del continente blanco.

Coda

Lo que el lector ha cursado hasta aquí es cuanto se puede coleccionar de obras creativas o de testimonio subjetivo escritas sobre nuestro Continente Blanco, más allá de las históricas, científicas y políticas que sobreabundan sobre la materia antártica. Con su rodeo hemos llegado un aporte que avanza sobre un territorio poco visitado y explorado por nuestra literatura. Estimo que una de las contribuciones de este trabajo es dar a conocer una producción literaria ignorada, a la que jamás se le ha hecho sitio en la historiografía literaria, referida a un ámbito de nuestra soberanía poco presente en nuestra mentalidad habitual. Por eso hablo de una toma de posesión estética de la Antártida, junto a otras tomas reales y efectivas, ya centenarias, de presencia argentina en aquel espacio *donde la Patria es un largo glaciar*, como bellamente dijo Nicolás Cócara. A la vez, la escueta antología que he agavillado permite tener un principio de diálogo del lector con aquellas obras dispersas, olvidadas o ignoradas. Pero hay una razón más, y fundamental: la esperanza de que este libro contribuya, desde su ángulo, a despertar en los lectores argentinos una conciencia amortecida sobre nuestros derechos soberanos y sobre la total latitud del suelo patrio.

BREVE ANTOLOGÍA
de la
LITERATURA
ANTÁRTICA ARGENTINA

POESÍA

La vida en el polo

Anónimo

(1886)

Introducción

Ancha corona de perpetua nieve,
baluarte inexpugnable, el Polo ignoto
rodea y ¡ay, de aquel que a hollar se atreve
el círculo vedado! Helado Noto
el hálito de vida le sofoca
y fría tumba le da el cielo roto.
Muchas veces el hombre en su ansia loca
de conocer lo oculto e ignorado
allá intentó llegar, mas siempre choca
su vana empresa contra el desolado
páramo, do Natura queda inerte
y eterna noche o día continuado
reina. ¿Más ha habido un hombre fuerte
más que los otros? ¿No hubo alguna senda
que lo llevase con propicia suerte
del mundo hacia el confín y en la contienda
venciendo, un día el límite explorase
que a los demás encubre oscura venda?
Secreta voz sus confidencias hace
s mi espíritu y dice que sí hubo
senda hacia el Polo y hombre que llegase.

de quién viene, no sé, mas siempre tuvo
certeza el alma de que es voz segura,
aunque no sabe si despierta estuvo
o en sueños escuchó; mas con dulzura
el relato gustando, quedó impreso
y a referirlo un tanto se apresura. (pp. 11-12)

Canto tercero

Vagando rumbo al Sud ligeramente,
presto no ven sino agua y firmamento.
la pesada marea rudamente
bate al esquife y al timón la maga
lo conduce con mano inteligente.
Por las vagas llanura leve vaga,
do paca de Proteo el fiel rebaño
de morsas y de focas: donde traga
montes de agua y los vuelve con extraño
ímpetu la ballena enorme y tarda,
y entre ellas pasan sin hacerles daño.
Por fin arriban a una gran bahía
en una tierra aun no bien descubierta,
que mira al lado donde cae el día.
De Trinidad la llaman, y desierta
toda está y de hielos oprimida,
a la vegetación nunca despierta.
Allí no hay seres que posean vida
más que focas que juegan en la orilla
y tienen en los mares su guarida.
También se ve pasar leve cuadrilla
de aves que de América provienen,

o de gamos y zorros cual traílla
que avanzan hacia el Sur; de dónde vienen
y adónde se dirigen nadie sabe,
donde sus pastos y guaridas tienen. (p. 34)

Nada, hacia el Sudeste rumbo toma,
y se engolfan entrambos sin salida
en un dédalo inmenso; allí una loma,
allí un pico de nieve emblanquecido,
allí un valle se ve, más nunca asoma
un indicio de vida: el extendido
país no ofrece más que la blancura
de la nieve y su frío aborrecido.
Del valle suben a una gran altura,
y bajan otra vez al llano helado,
y se pierden parece en la angostura
de encadenadas rocas. (p. 35)

Por allí pasan, una y otra alzada
tropa de gamos que al rigor huyendo
del círculo glacial, a su invernada
del Polo van, y líquenes paciando
en el largo camino se sustentan,
el hielo en ciertos sitios descubriendo.
Las aves en la tierra no se asientan
en el trayecto inmenso, más de un vuelo
desde orillas del mar al Polo alientan;
y pasan numerosas por el cielo,
cual larga cinta gris o blanquecina. (p. 36)

El sol ya medio disco va mostrando
y de día un destello solo ofrece;
ya la noche larguísima llegando
con sus sombras eternas aparece,
a envolver a aquel mundo triste y yerto
que de nieve un sudario atar parece.
Más ya el límite tocan del desierto,
un país más ameno se va abriendo
y de Lanfranco el ánimo inexperto
alegra; algunos pinos van saliendo
en colinas más suaves y pendientes
y del frío el rigor disminuyendo.
avanzan, y llanuras más sonrientes
encuentran cada vez y más templados
los aires y murmuran las corrientes. (p. 37)

Que del sol a aquel término llegados
los rayos de la atmósfera más densa
se detienen y vuelven refractados
y así mantiene en la región extensa
do la Tierra se aplanan, un blanco clima. (p. 38)

No menos en el Polo calentado
de este modo, las plantas bellas crecen,
a pesar de su círculo nevado,
vigorosos helechos allí mecen
sus largas palmas de azulada tinta,
y cual cactus los líquenes florecen
elevados, carnosos, y les pinta
de albo color sus hojas la Natura

y las repliega sobre una ancha cinta.
En unos y otros frutos mil madura
en que ha encerrado jugos succulentos
y suave gusto al paladar procura.
mas ¡cual brotan las yerbas caprichosas
y los arbustos de feraces prados!
unas largas, delgadas y pelosas
cual son los animales: recortados
sus ángulos en cuadro, otras sus hojas
matizan los colores más variados.
Estos las tienen grises, mas con rojas
tintas o azules de color mezcladas. (p. 39)

De aves allí no falta la algazara,
mas en nada a las otras se asemejan,
pues Natura también diferenciara
su canto y su plumaje; no reflejan
del trópico las tintas relucientes
mas no por eso de ser bellas dejan.
Que sus plumas rizadas por calientes
fierros parecen, o sin tubos nacen
sedosas como pelos y pendientes.
en los fértiles valles también pacen
los blancos gamos de astas enramadas,
o sus oscuras madrigueras hacen
las zorras y las liebres; admiradas
al aspecto del hombre, quietas quedan,
pues aun no han sido de él hostilizadas. (p. 40)

***Antártida argentina. Poemas de las tierras
procelares (1948), de Luis Ortiz Behety***

Vínculo austral

Mundo glacial de fantasmagoría,
siento latir tu trémulo costado
en el impulso de la patria mía
que se irisa en tu cielo alucinado

Blanco y azul dominio, tierra mía,
siento tu corazón aquí, a mi lado,
llevo en mí tu doliente lejanía
y la plegaria de tu suelo helado

Antártida Argentina que deslumbras,
en ti me purifico cuando alumbras
con tu luz de glaciár nuestro destino,

Te quiero por desnuda, por osada,
te quiero por tu aureola derramada
¡por tu vínculo austral con lo argentino”
(pp. 31-32)

Himno a la Antártida

En la Antártida, patria sagrada,
se prolonga tu estela divina,
custodiada por sangre argentina
con la unción de la cruz y la espada.

Allí está la flameante bandera
en las costas, las islas, los mares,
con el blanco y azul tutelares
bendiciendo la Antártida entera.

Esta tierra de la inmensidad
defendamos en cada alborada
y escuchemos su heroica llamada:
cielo austral, luz del Sur, libertad.

En el más apartado confín
de la Antártida nuestra y sagrada
se oye un grito como clarinada;
¡San Martín, San Martín, San Martín!

Coro: repite los dos versos finales (pp.
43-44)

***Donde la patria es un largo glaciar (1958), de
Nicolás Cócáro***

Cuando la nieve cae

Extrañamente solo en estas piedras polares
soy un musgo que se sacude con su breve
tiempo.

Nada puede detener la marcha de los siglos.
En los hielos gastados de estos límites
donde el hombre se pierde entre petreles
y halla la soledad
de todo el Universo.

A veces, en las altas noches,
la nieve llena el ámbito del polo
y cubre los glaciares con una muerte blanca;
entonces, las sombras de los témpanos
se desprenden del aire hacia el mar
como una enloquecida colonia de pingüinos.
Sé que la mirada, la asombrada forma de
mi ser, no volverá
a este tiempo transcurrido;
me detengo y siento
el alto golpetear de las olas,
el silencio absoluto de los hielos,
el manajo de los hombres que aquí vivieron.
Entonces me entrego como un cuerpo inerte
al vendaval de nieve,
y ya no vivo en mí mismo.
Solo un viento de ballenas estremece el
polo. (p. 17)

La sombra de un explorador antártico

No me quedó más que la gloria
de pisar los hielos de este continente.
Yo soy la sombra de un explorador
que midió con su alma las nevadas cimas
y que luchó y murió en su territorio
Solo, abandonado en las tormentas.

Entonces, patria de las ballenas
y del viento, sentí la vasta eternidad
arriba, donde duerme el aire,

y viajé en la latitud de los petreles
con el asombro del descubrimiento.
Nada me importaban los fríos ancestrales
y el dolor de andar entre las grietas,
ni las noches infernales del invierno.
Qué me importaban los placeres,
si mi mundo era ése, el de la soledad,
el del sonido infinito del glaciar,
el del alma eternamente helada
de este continente.
Ahora, soy la sombra del que fue,
del que viajó sin huellas por la nieve,
y tuvo entre sus ojos la alegría
de un vasto firmamento
y la serenidad de Dios en las alturas.

Pero, ahora ya no soy, despierto
en el antiguo reino de la nieve
y vago entre las nieblas de los cerros
olvidado de aquella noche trágica,
olvidado de skúas y petreles,
como un antiguo Dios, el más antiguo
que yace para siempre en esta luz,
en esta luz de soledad perpetua.
Miro pasar los barcos, los ciclones,
el vendaval antiguo, los albatros,
y pasan las ballenas y los témpanos,
mientras despierto, yazgo entre los hielos
en estas playas donde el mar termina.
(pp. 20-21)

Oda a los infinitos glaciares

Si me dejaran pensar en estas latitudes
un vano sueño
me tiraría de cara a la luz, hacia la altísi-
ma niebla,
para sentir la música del hielo
recorriendo la pobre corteza humana.
Alta soledad
adormece este andar de náufrago, de som-
bra enloquecida
entre glaciares
que se precipitan en los avariciosos
océanos,
llameantes,
con luces de fuego espumosas y azuladas
y estruendosamente
se dan cuenta de su caída hacia el infinito.
Quisiera quedarme así, en esta latitud
última,
en el brillo de la tarde
acaso, ensoñado en la musical atracción
de la soledad
donde un cormorán levante el vuelo
Y un ala rítmica rompe la ola bravía
de la caleta.
Ahora, solo en este silencio
creo y recreo las estatuas de hielo
en las que Dios puso vida y belleza
continuamente
cambiante,

Y entonces, oh, bestia azul de mi corazón,
re purifico de tanta ruina
En la onda musical y serena que sueña el
glaciar. (pp. 22-23)

A un cementerio de ballenas

En la claridad de los témpanos
donde la mano de Dios
vistió, como a una novia,
el largo continente,
los mares golpean sus furias
de piratería eterna
contra el hielo.
Aquí, junto a este mundo helado,
duermen para siempre,
los polvorientos huesos
de bestiales ballenas,
que llenaron de terror las aguas.
No sé tocar su dimensión,
está más allá de nuestras manos
y del cielo.
Su presencia muere entre las rocas
y un glaciar, a veces retumba
su voz de cosmos
para moverlos, como en la vida del mar,
y darles su energía de bestia azul
mientras las aguas
espumean sus colores
en la eterna claridad de los huesos. (p. 28)

Antártida, tu nombre

Me contagia tu silencio
y tan tuyo,
tan nuestro
en estas dulces tierras.

Me adormezco cantando
en tus limpias soledades
y el viento
rompe los días
en tímpanos luminosos.
Si te abrazo
en los glaciares,
es a la patria que abrazo
como latiendo a tu sombra
te recupero y te escucho.

Mártires hay en las llanuras:
me lo recuerdan las cruces
en los altos cementerios
de las montañas;
el coraje, aquí, es lo único
que merece tener nombre;
su bravura está en el hielo,
en el viento, en la ballena.

Me contagio de silencio
de patria,
con olor a musgo pobre,
y en el aire me contagio

de albatros y soledades.

Hay que sentirte muy hondo
donde se inquieta la sangre,
en el centro de este fuego
que tenemos quienes fuimos
tus huéspedes extraños
en las tardes del verano.

Padre, su nombre dulce
en la tarde del verano
es viento, es agua, es nieve:
es lo eterno.

Es lo que existe. Tú mismo. (pp. 32-33)

Oír la extraña música de los glaciares

En este continente nadie duerme
con los ojos vueltos hacia la avaricia.
Demasiado sufre el hombre cada día
para creerse un héroe coronado.
Los glaciares caen, a veces, con furias
de antiguos dioses desatados
y la muerte blancamente helada
siembra como un sueño la desdicha.

Se habita en un horizonte de témpanos
que andan, como el pecado en el mundo,
aguardando los frágiles barcos
que atraviesan sus estrechos.
Por eso el hombre sabe

que aquí se vive de coraje.
Habría que olvidarse de esa música del hielo
que enloquece a los marineros
con su extraña sugestión:
quien oye el ritmo del glaciar
ya no duerme, cuando
el día le cubre los ojos con la luz
y entonces,
los náufragos de antiguos veleros
se asoman a la superficie helada
para enloquecerse de infinito. (37)

Hombre yacente entre los hielos antárticos

*Al teniente de corbeta Luis O Ventimiglia,
muerto en Melchior*

Aun recuerdo, amigo, el aire de tu voz.
Ya no volverá la luz a jugar
en tu boca
ni el tiempo correrá como un lobo de mar
sobre la cáscara de la memoria.

Andan las ballenas
por el agua fría de la tristeza,
es que tú yaces, para siempre,
sobre los hielos y bajo los hielos
de Melchior.

Amigo, yo tuve tu largo apretón de manos
honradas y valientes

como un nido de amistad
entre los glaciares.

Ahora, en la noche del invierno austral
gimen las grietas y los tímpanos
giran vertiginosamente hacia la nada.

El frío nocturno no te llega.
Estás más allá de ti mismo y de nosotros;
sola la nieve, cuando el sol se asome apenas,
te dejará una rosa blanca
a lo largo de tu tumba nueva.

La noche, hermano, nos habla de la vida.
Jesucristo es piadoso con los héroes
silenciosos.

Aeternum vale, aeternum, amigo de los
hielos. (45-46)

***Antártica. Poemas de hielo (1964), de Carlos
Moneta Testa***

Fénix alegre sobre esquíes

Fénix de hielo
soy caminante en este pueblo azul
aprisionado
por propias voluntades.
Preexistente
el silencio.

Con alegría
mis esquís dibujan
pequeños subterráneos (p. 25)

Llanto de petreles

Silencio para un petrel que llora
silencio tras el tumor del viento
silencio en el azul que almena
las altas torres de glaciares
silencio para un deseo de foca
bebido en el aullar del perro
silencio a lo que es extraño
a nuestro mundo de fantasmas
silencio al límite de agua
en la llanura de los témpanos
silencio a un cabalgar de aire
entre los hilos del telégrafo
silencio a una cosecha de nevadas
sobre la tierra de mi cuerpo.
(Silencio; a no quedar dormido
soñando que poseo el universo)
silencio hacia la soga que nos une
en largo collar de hombres de hielo
silencio auroral, silencio de la copa
donde fundimos la nieve y los recuerdos
silencio ante los soles ciegos
sentados en las calles del invierno
silencio para el dolor de un pájaro
silencio ante mi voz. Silencio. (pp. 27-28)

Sonetos antárticos (1970), Marcos Victoria

Isla Decepción

Negros peñascos, Gibraltar del Sud,
vigilan los portones de la entrada.
Luego un espejo. Inmensa latitud,
la bahía, de volcanes rodeada.

Otro volcán, también, esa bahía.
Por siglos y por siglos silenciado;
metal de puro esmalte y fantasía,
cuando el invierno el hielo ha decretado.

Morenas y picachos en montón
hallará el navegante en Decepción.
Y montañas calientes, sudestadas,

loberas, pingüíneras, por docenas.
Y al partir de aquellas aguas heladas
verá hervir el azufre en las arenas. (p. 29)

Bahía Herrera

Un mediodía fue la maravilla.
Anchas murallas de celeste hielo.
El agua quieta brilla. Todo brilla.
Y un sol inmenso en el rasgado cielo.

Los témpanos, barniz de cien espejos.
Avenidas de calles congeladas.
Cristalina ciudad, allá muy lejos,
entre nubes y cumbres desoladas.

El barco se detiene. La sirena
subraya y solemniza la emoción.
Supremo instante de meditación.

Ah, catedral, a toda norma ajena:
esta caliente luz, alta, serena,
es la grandeza helada del Panteón. (p. 48)

Cementerio en Orcadas

Ninguno va de buena gana a Orcadas.
Contra los muros de la humilde casa,
junto a las dos bahías congeladas,
fúnebremente, el viento brama y pasa.

La noche larga, amarga, del invierno,
junto a las dos bahías congeladas.
Las pobres cruces bajo el cielo eterno,
insomnes, espectrales, desoladas.

A veces, un pingüino solitario,
contemplando las cruces se demora;
nombres de hombres, para él misterio.

Siniestra vecindad. Pálido osario.
En la noche polar, un perro llora.
El glaciario.

Soledad.
El cementerio. (p. 52)

Alba

Cómo nombrar aquí a la madrugada
si la luz no varía, y es la misma
que a media noche, plata alucinada,
con reflejos de témpano y marisma.

Cómo nombrarla aquí si nuestros ojos
apenas se han cerrado por dos horas.
Y ya comienzan los reflejos rojos,
si los párpados bajan a deshoras.

Umbral difícil tras un corto sueño,
vigil fantasma que guía el beleño.
Sentir que es uno mismo quien medita.

Con intenciones piensa en un abismo.
Y es el sueño que a sí mismo se excita.
Y es la claridad que está en uno mismo.
(p. 57)

La planicie helada

Ni un árbol, ni la sombra que recoja
la esencia de su ser y su amistad;

ni un color, ni un perfume, ni una roja
flor, ni una mano, ni una vecindad.

Ni un sucederse de noches y de días,
ni un simple manantial para beber,
ni alados cantos en las lejanías,
ni corderos en el atardecer.

Ni una voz, ni una forma, ni una casa
sobre la inmensa superficie rasa.
Solo el viento. Y una infinita espera.

Una angustia que intenta, y no hace nada.
Desde los cielos blanca la ceguera.
Y la Muerte que vela amortajada. (p. 58)

Teatro

***Islas Orcadas*, de José María Monner Sans y Román Gómez Masía**

Daniel –Aquí uno es más uno mismo. La ciudad esclaviza a los hombres, Aquí, solo aquí, uno no pertenece a nadie más que a sí propio. Hemos venido a renovarnos, a sentirnos libres como los hombres primitivos... ¡La vida de las ciudades! Vida absurda (*Desde la ventana*) Como la de esos pingüinos, amontonados ahí, ala con ala... (*Ríe, a Raúl*) A ver, por ejemplo usted... ¿Qué hacía usted en Buenos Aires?

Raúl – (Sorprendido por la pregunta) ¿Yo? ¡Y... nada!

Daniel – Eso es, ¡nada!... De todos los días al empleo... por las noches, al café; los domingos, al hipódromo...

Raúl – ...Y perder

Daniel – De cuando en cuando una farrita.... Total, ¡nada!... Aquí en cambio el hombre ves dueño de sí mismo. La Naturaleza y nosotros. La vida sin trabas. ¿La libertad?

Schiavo – ¿Libertá? ¿Si a esto le dice libertad?... Esto es estar preso.

Daniel – (*Vivamente*) ¡No, al contrario! (*Transición, sonriente*) pero... usted no me comprende, Schiavo...

Schiavo – ¡Eh! Yo comprendo que vamo a estar un año sin ver quente, encerado... ¡Se lo digo yo! (*Y se vuelve a la cocina*)

Toselli – ...De acuerdo, Robles, pero le diré... Eso de que haya que venir a las Orcadas para sentirse solo me parece inexacto. Yo me siento tan solo aquí como en la calle Florida.

Daniel – Será usted un espíritu muy independiente. Solo despreciando mucho a los hombres podemos vivir con ellos sin dejarle a cada uno algo de nosotros.

Toselli – ¡Y quién no los desprecia!...El hombre debe definirse así: como una animal despreciable

Raúl – ¡Muy bien, hermano Tonelli! Hay que despreciar a los hombres, y amara, amar siempre, a las mujeres.

Toselli –Si a usted le parece... (*Entra Rickert por izquierda*)

Irazmendi –Y dígame señor Rickert: ¿con estas paredes de madera, se resiste el invierno?

Rickert –Oh, sí. La técnica de la construcción en madera, tanto en Siberia como en otras regiones boreales, se ha perfeccionado mucho.. Se puede lograr un aislamiento perfecto mediante dos tabiques, aserrín prensado y ruberoi...

Raúl – (*Acercándose al corredorcito*) ¡Y Schiavo, ¿cómo andan sus cacerolas?– ¡Le aseguro que tengo un hambre!

Schiavo – (*Desde la cocina*) Antes de diez minutos podemos comer. Voy terminar.

Daniel – ¿Ponemos la mesa? (*Sale Irazmendi por segunda izquierda con los vasos y vuelve enseguida. Daniel y Toselli ponen la mesa*)

Raúl –Pongamos la mesa... (*Y, efectivamente, se apoya contra el aparador para paladear otro whisky*).

Daniel –Medio cortón el mantel.

Raúl –Lo grave es que después habrá que lavarlo. (*En el reloj da la hora*)).

Rickert –Son las doce, hay que iniciar las observaciones. Venga usted, señor Ríos.

Raúl – (Sorprendido). ¿Yo?

Rickert –Sí, usted.

Raúl – ¿Es cosa rápida?

Rickert –Muy fácil. Con la práctica, señor Ríos, es lo mismo que mirar el reloj. Abríguese... ¡Ah!, usted señor Irazmendi anote cuidadosamente estos otros datos.

(*Señala los aparatos que hay en escena. Se pone su capote. Daniel y Toselli concluyen de arreglar la mesa, en silencio. Este último silba suavemente*).

Raúl –Con mi ponchito me arreglo (*Al salir, a los demás*) Las voy de metereólogo. (*Ríe Irazmendi. Rickert y Raúl salen por el foro*).

Irazmendi – (*Después de una pausa y observando el termómetro, anotador en mano*) Yo le preguntaba eso al jefe porque francamente nadie diría que esta casa pudiera soportar una avalancha de nieve.

Daniel –Siempre las ha soportado.

Toselli – ¿Tiene miedo?

Irazmendi – (*Sonríe*) No... ¡Es que todo esto es tan extraño! (*Va a la mesita y anota algunos datos*). (pp. 23-26)

Rickert –Es que, a la verdad, Schiavo... Se juzga que en los últimos días la comida no ha sido del todo buena... Sí

Schiavo – (*Indignándose gradualmente*) ¡Pero ni que estuvieran acostumbrado a comer en el Plata, usted! ¿No hago comida sana? ¿No hago comida limpia?... ¡Madonna, qué ma quieren!

Daniel –Usted sabe, Schiavo, que hay que alimentarse bien para soportar este clima.

Schiavo – ¡Sel!, con carne de pingüino.

Toselli –Carne fresca, que también es necesaria. No siempre conservas (*Tonelli se encoge de hombros y se corre a primer término derecha, desde donde, apoyado contra el muro, contempla la escena*).

Schiavo –Parecem muy delicado usted... ¡Caramba! Lo que yo nunca he comido tan bien,

Rickert – (*Desde la mesita*) A usted puede ser que le ocurra eso, a nosotros, no.

Schiavo – ¡Ah! ¿E con eso me quiere decir que soy un muerto de hambre? ¡Mañífico! (*Da unos pasos, Rickert lo contempla nervioso*) ¡A mí no me mancado nunca qué comer!... ¡E quien sabe la vece que usted se habrá acostado sin cenar!

Rickert – (*Se levanta bruscamente*) ¡Cómo! Un poco más de respeto, señor Schiavo.

Schiavo – ¡Respeto! ¡Yo nunca he respetado sino a Dio y a mi padre!

Rickert – (Azorado, sin saber qué partido tomar) ¡Ach, mien Got!

Raúl – ¡Chúcaro el italiano!

Schiavo – (A Raúl) ¡Vos te cayás! (Da unos pasos nerviosos) ¡Qué tanto respeto ni respeto!

Rickert – ¡Retírese, señor Schiavo! Hágame el favor de retirarse.

Schiavo – (Sin escucharlo) ¡La comida! ¡Ma! ¡El mecor día enfermo yo también, e entonces veremo!

Raúl – (Nervioso) ¡Pero qué tantas pavadas! ¡Ya me está cansando el italiano este (Puesto de pie).

Schiavo – (Se le acerca) E vo... ¡Vos sí que me tenés cansado, compadrito, pedazo de... (Van a irse a las manos. Raúl, agresivamente, empuña una silla. Daniel se interpone. Le toma el brazo y detiene a Schiavo con la otra mano).

Daniel – (A Raúl, con autoridad) ¡Quieto, usted! ¡Quieto, he dicho! Deje esa silla (Raúl depone su actitud. Daniel mira alternativamente a ambos). Hay que dominar los nervios, amigos...Aquí no ha pasado nada...No debe pasar nunca nada entre nosotros...Estamos solos: solos seis hombres en una isla que pronto quedará encerrada entre los hielos. Es necesario pensar que hemos de vivir juntos...todavía...ocho meses. Ocho meses... ¿comprenden? (Resuelto) Aquí no ha pasado nada (Pausa breve) Usted, Schiavo, vaya a ocuparse de lo suyo (Rickert lo escucha

complacido. Raúl, con sorpresa. Schiavo hace un gesto de fastidio y sale hacia la cocina, no sin antes dirigir a Raúl una mirada de desafío. Toselli, en primer término enciende displicentemente un cigarrillo. Pausa. Zumba el viento y trepidan los cristales)

Rickert – Debemos considerar que estos temperamentos de complejión sanguínea se irritan mucho, por reacción, en los climas frígidos. Sí. Porque, científicamente, desde el punto de vista de la antropología...

Raúl – Vea, Rickert, a ese, con antropología o sin antropología, yo voy a administrarle, científicamente, una soberbia trompeadura.

Irazmendi – (Por segunda izquierda, demacrado e inquieto) ¿Qué pasa?

Daniel – Nada. Un cambio de palabras sin importancia. (Se sienta a trabajar ante la mesita).

Rickert – ¡Oh”, ¿para qué se ha levantado, Irazmendi?

Irazmendi – (Se acerca a la chimenea) Prefiero estar aquí con ustedes. El viento me pone nervioso. ¿Oyen los cables de la chimenea?

Rickert – Sí, pero ayer los hemos reforzado muy convenientemente. ¡Oh, sí! (Sale por primera izquierda)

Irazmendi – Escuche, escuchen, ¡qué horror!. Y luego, ese ruido del hielo... No pude dormir anoche.

Raúl – ¡Cómo cruje el hielo contra las rocas!

Irazmendi –El hielo contra las rocas y el hielo contra el hielo...Inquietante. Parece un aullido de bestias. (*Pausa, a Toselli*) ¿Llegó el parte de Buenos Aires?

Toselli – (*Inicia el mutis hacia primera izquierda*) Voy a ponerme en comunicación.

Irazmendi – ¿Tendremos radio mañana?

Toselli. –No sé. Trataré de arreglar otra vez el aparato.

Irazmendi. – ¿Veinte días que está mudo? (*Sale Toselli*).

Raúl –Nos queda la victrola (*Va a la victrola, pone “La Cumparsita” y da cuerda*) ¡Ah, la milonga, las mujeres!... (*Comienza a bailar*)

Irazmendi – (*Reconcentrado*) ¡Las mujeres!... ¡Por favor, sacá ese disco, Raúl, me hace daño! (pp. 36-39)

Daniel –Rickert se fue a patinar un rato.

Raúl – ¡Fíjese! Me encontraba tan aburrido que casi, casi me pongo a leer... ¿Se da cuenta? Toselli estaba aquí y de repente se mandó mudar sin decirme por qué. Para mí (*señalando la frente*) que anda medio mal de la cornisa, ¿no le parece? (*Mira con extrañeza a Robles que no contesta*) Pero... ¿qué le pasa? (*Pausa breve*) ¡A, sí! Está enojado por lo de esta mañana. ¡Bah, quién se acuerda!

Daniel –Vea, Ríos: es necesario sentir la responsabilidad de los propios hechos y de las propias palabras.

Raúl –Y bueno, Robles. ¡Qué quiere! Me indigné al verme descubierto ¡Ya ve, al final fui!

Daniel –Un hombre no procede como usted: procede como Irazmendi...No lo creía tan flojo, Ríos.

Raúl – ¿Flojo? ¿Qué yo soy flojo? ¡Cómo se ve que no me conoce!

Daniel – ¡Oh, me lo sé de memoria!

Raúl – ¡Yo, que por una simple apuesta, le quité el revólver a un policía en la Avenida Costanera!

Daniel – (Acercándosele) ¿Quiere que le diga lo que pasa dentro de usted?

Raúl – (Interesado) ¿Qué pasa?

Daniel –Usted siente miedo, siente terror por todo esto.

Raúl – ¡Qué ocurrencia!

Daniel –Sí, Raúl, y por eso se ríe, y está siempre de broma y necesita compañía... ¡Porque no quiere pensar que siente miedo! Vamos, hombre, sea sincero. Si no es una vergüenza confesarlo. Esta cárcel y este desierto blanco influyen en los nervios de todos nosotros.

Raúl (Serio) –Sí, pero de ahí a tener miedo...

Daniel. –Miedo, le digo, no finja sorprenderse. Pero si aquí salir a cien pasos ya es un peligro...

Acuérdese lo que nos han contado de Bache Wiig, aquel que hace años se perdió en medio de la borrasca o se desbarrancó por ahí...y nadie pudo dar con él. No quedó el más pequeño rastro; ni un esquí, ni un guante en la nieve... ese no regresó.

Raúl –Es cierto, no regresó (*El escenario va quedando, paulatinamente a media luz*).

Daniel –La naturaleza aquí es un enemigo terrible...Y a usted, particularmente a usted, lo tiene acosado. No lo niegue, por eso inventó esa artimaña.

Raúl –Es demasiado penoso todo esto...Yo, en Buenos Aires, no pensé...

Daniel –Si usted creyó que sería un simple paseo. Un picnic que durara un año...

Raúl –¡Un año! ¡Cuándo volveremos a Buenos Aires!

Daniel –Menos mal que pronto concluirá el invierno. Un par de meses más...

Raúl –Y mientras en Buenos Aires la gente se divierte. ¡Buenos Aires...!

(pp. 53-56)

Rickert –(*Se acerca a Robles que está junto a la mesita del primer término*) ¿Ha observado usted, señor Robles., que ya ha empezado el proceso del deshielo?

Daniel –Sí, hoy he visto una zona de mar libre, a la distancia.

Rickert –Y ya comienza a desfilarse la caravana de pingüinos.

Daniel –¡Los pingüinos! Cuando llegué ellos me ofrecieron tema para borrar algunas páginas. Las arrojé allí (*señalando a la chimenea*), junto a las otras.

Rickert –Ciertamente, he comprobado que usted no escribe más.

Daniel –No, le debo a las Orcadas el saber que no soy escritor.

Rickert –Oh, evidentemente. Estos viajes de placer son muy saludables. ¡Ja, ja! A uno lo limpian de superfluidades.

Daniel –Digamos mejor, de equivocaciones... Yo, allá en Buenos Aires, achacaba la culpa de mi infertilidad a las circunstancias que me rodeaban.

Rickert –¡Oh, oh! Señal de debilidad entonces. Cuando el hombre siente fuertemente una vocación, una pasión, nada lo detiene.

Daniel –De acuerdo. El hombre más fuerte no es el que está más solo. Es el que, en medio de los otros, sabe sentirse más solo. Aquí lo he aprendido.

(pp. 65-66)

Daniel – (por la radio) Esta es la apagada voz de Buenos Aires, el símbolo de nuestra esperanza de hoy y de mañana. Volveremos a reír, allá. Pero también, volveremos a sufrir.

Rickert – (Desde su tarea) ¡Oh, señor Robles! Como en todas partes: en el África, en Buenos Aires, en las Orcadas.

Daniel – Pero la angustia es más atroz aquí, defendiéndonos como orangutanes. La nuestra es una soledad que nos empequeñece y nos destroza. La verdadera soledad hay que conquistarla fieramente entre los hombres. Esa soledad solo es posible en las grandes ciudades

Tonelli – De acuerdo, lo que dije al llegar.

Rickert – (Que atiende a Raúl, que está tendido en la cama) Mejora sensiblemente el ritmo cardíaco (Le palpa las mejillas) Sí, el señor Ríos ya está bien. Vean, vean ustedes,

Irazmendi – (Palmeándolo) ¿Y Raúl? Ánimo, ánimo, viejo

Raúl – (Sobreponiéndose al dolor poco a poco y llevando instintivamente las manos a la frente, que se le manchan de sangre) Sí...sí. No es nada...gracias. ¡Bah, una rodada! Una rodadita en el polo. Y aquí en la pensadora, una abolladura sin importancia...! ¡Qué pingo criollo no ha costalado en la mejor pista! (Se incorpora con la ayuda de Irazmendi). Pero hay que levantarse...Hay que vivir.

Tonelli – (*Con inusitada cordialidad*) Bien, muchacho, bien.

Daniel – (*Con una mano sobre el hombre de Raúl*) Hay que vivir. Con las amarguras a cuestas. Pero vivir, venciendo siempre. Renovando las esperanzas día a día. Empezar la vida con cada despertar.

(pp. 78-9)

Telón final

Prosa

***Dos años entre los hielos (1901-1903), 1905,* José María Sobral¹¹³**

Capítulo III. De Buenos Aires a Malvinas

No es extraño que hable de perros, pues no debe olvidarse que ellos serán la locomoción (p. 84). Próximos a seguir nuestro viaje y teniendo en cuenta que los perros nos serán muy necesarios, se compran en Stanley 8 por el precio de 18 libras. (p. 89)

¹¹³ Las páginas de los fragmentos corresponden a la edición citada, Buenos Aires, Eudeba, 2003.

Capítulo IV. De Malvinas a Año Nuevo

Día 6. A las 3 p. m. han mejorado las condiciones del mar, el “Antarctic” se aproximó a media milla de la pequeña caleta de la isla Observatorio (llámase así una de las del grupo de Año Nuevo). Pronto zarparemos de esta costa, en la que no sólo nos despediremos de la tierra argentina, sino también del mundo civilizado. (p. 93)

Capitulo VI. Desde el Canal de Bélgica a Snow Hill

El adiestramiento de los perros para el tiro de trineos fue nuestra gran diversión; gran trabajo para ponerles el atalaje; después de puesto, enojo de los perros que se tiran al suelo y aquéllos se desordenan; vueltos a acomodar, no quieren tirar o tiran mal, y esto sulfura a los directores del ejercicio, que exteriorizan su enojo haciendo sonar el látigo en el aire, y todos nos reímos y pasamos un gran rato muy entretenidos. (p. 108)

Tan peligrosa se hizo nuestra situación en un instante, que varias veces el barco se fue al asalto y otras tantas fue rechazado. El hielo crujía, al entrechocarse los témpanos se levantaban montículos, y la proa del “Antarctic” dejaba la

marca de sus esfuerzos en cada témpano que se oponía a su salida. (p. 109)

Día 20. Snow Hill.

Es verdaderamente imponente este campo de hielo en que todo permanece inmóvil; la vida parece que no existiera, si no fuera que solemos ver el petrel de las nieves¹¹⁴ tan blanco como ellas, o alguna foca en sueño cataléptico. (p. 110)

Después de algunas horas de marcha, el *pack* se hizo más cerrado y el “Antarctic”, a pesar de los repetidos golpes de proa que daba contra los témpanos, avanzaba muy lentamente; el menor intersticio, la menor abertura entre el hielo era aprovechada y todo el barco de estremecía, como dolorido, por el choque que siempre era muy violento; vemos mar libre al sudeste, es cierto, ¡pero a costa de cuántos esfuerzos y sacrificios vamos avanzando! Para hacer una milla con la máquina a media fuerza, hemos empleado cerca de dos horas, y esto puede dar una idea de las dificultades que hemos debido vencer.

Yo pensaba que los *pengüines* eran incombibles, porque lo había oído decir, y mis compañeros eran de la misma opinión y también por referencias; pero ahora podemos afirmar lo

¹¹⁴ *Pagodroma nivea*.

contrario, pues hoy lo hemos comido saltados y han merecido nuestra aceptación. Un estofado de Ogmorhinus¹¹⁵ hizo también las delicias de nuestra mesa; yo los encuentro muy buenos. (p. 112)

Día 25. Puesta a prueba en esta navegación cuyo camino lo vamos abriendo a proazos, nuestro barco tiene forzosamente que evitar el abrazo de los hielos ... (p. 113)

Febrero 1. El día es oscuro y triste, sin duda para suceder dignamente al anterior; una espesa niebla extiende su plomizo manto sobre nosotros, impidiéndonos la vista a 100 metros de distancia. El barco está parado y al impulso de un pequeño mar de leva se balancea en medio de los témpanos. (pp. 113-114)

Sin duda para que este día no nos dejara solamente malos recuerdos, una perra malvinense ha dado a luz ocho lindísimos cachorros, de los que, con gran pena nuestra, hubo que sacrificar tres, porque esa pobre madre, razonablemente, no puede criar más de cinco. (p. 114)

Hemos visto muchas ballenas y pájaros. Se empiezan ya a notar las noches; hasta ahora había sido un continuo día, y sentimos el aumento del frío, oscilando el termómetro alrededor de 5° bajo cero, lo que nos revela que ha terminado

¹¹⁵ *Hydrurga leptonyx*; nombre vulgar: leopardo marino.

nuestro avance hacia el sur y que probablemente nos ha tocado en suerte un mal verano. El 6 fue un día espléndido con hermosísimo sol y, después de muchos días, volvemos a ver las estrellas, que son nuestras compañeras. (p. 114)

Es muy sencilla la operación de hacer agua; se colocó una planchada entre el barco y el témpano y cortándose el hielo con picos, en pequeños bloques, se transportaba a bordo en canastos y se depositaba en los tanques donde se derretía. (p. 115)

No obstante encontrarnos a sotavento de la costa, se levanta mucha mar, y es digno de observarse los saltos del “Antarctic” brincando sobre las olas como el potro encabritado que huye por nuestras pampas. (p. 116)

Capítulo VII. Llegada a Snow hill.

Desembarco. Instalación de la estación.

Regreso del “Antarctic”

Día 14. Anoche no he dormido un solo instante, y el tiempo que pude dedicar al descanso físico lo empleé en escribir para Buenos Aires.

Escribiendo mi correspondencia, mi pensamiento me había trasladado muy lejos del sitio que en realidad ocupaba, y me sentía febriciente, por cuya razón, a las 2 a. m. subí a la cubierta en busca de aire fresco, algo que allí es muy fácil obtener y que tanta falta me hacía, y fui sorpren-

dido por uno de los efectos de luz más hermosos que he visto en mi vida.

El sol estaba todavía algunos grados debajo del horizonte, pero allá, sobre la cumbre del monte Haddington, caían sus nacientes rayos reproduciendo sobre la inmaculada blancura de la superficie helada, tonos bellísimos, en cuya contemplación quedé extasiado.

Llamé a Stockes para que trasladara al lienzo aquel hermosísimo panorama, admirable en su conjunto y en sus detalles, pero pensé que éstos son tonos que el más hábil pintor no puede reproducir; son tonos tan llenos de belleza y de armonía, que yo deseaba en esos momentos ser poeta, para cantar himnos de alabanza a esa naturaleza que tan profusamente engalanada se presentaba en aquellos desiertos helados; deseaba ser músico, para buscar acordes melódicos comparables en su armonía al inimitable cuadro que tenía ante mi vista, y en mi impotencia, recordaba los preciosos paisajes que he visto en aquellos parajes donde la naturaleza se exhibe más caprichosa y ataviada, como en el Pacífico Norte, en las costas del Japón, bajo el cielo de la artística Italia, de la poética Andalucía, y en la cumbre del soberbio Monserrat que es el orgullo de Barcelona, pero me parecía que nada de aquello era comparable a esas sublimes bellezas australes.

El sol se fue elevando sobre el horizonte, y el hermoso y delicado rosa de la nieve fue desapareciendo, cediendo su lugar a colores más claros, más brillantes, que poco a poco se convirtieron en un blanco brillantísimo que hería la vista. (pp. 121-122)

Quedábamos en tierra solamente seis personas: Nordenskjöld, Bodman, Ekelöf y yo, que componíamos la comisión de estudio, y los marineros Åkerlundh y Jonassen. (p. 124)

Es muy agradable, después de haber estado conduciendo tablones y forcejeando con ellos, con algunos grados bajo cero, era agradable digo, sentir el alegre ruido del Primus¹¹⁶ y los borbotones de lo que en la marmita se cocía. Nos sentamos en cajones y bolsas, que en ese instante eran nuestros mejores muebles, y masticando pedazos de galleta como aperitivo, mientras se alistaba la comida, veíamos que la mal armada tienda apenas atajaba el viento lo suficiente para que la llama del Primus no fuera desviada del centro. Los perros nos hacían compañía y los más listos se apoderaban de las cajas vacías, a medida que el cocinero secaba la conserva que contenían. (p. 125)

Nuestra comida fue frugal; algunas conservas y una taza de cocoa bien caliente. Satisfecho el estómago y con mucho sueño, dormimos

¹¹⁶ Marca de antiguos calentadores a querosén.

por primera vez los seis hombres que, solos y unidos, teníamos que vivir un año en aquella región, sin pensar que por una de esas ironías del destino, nuestra vida en común y aislados iba a ser el doble más larga de lo que nosotros creíamos. (p. 126)

Con la partida del “Antarctic”, nuestro aislamiento del mundo civilizado es absoluto; hasta su regreso nada sabremos de la humanidad ni ésta tendrá noticias nuestras, y Dios será el único testigo de los combates que tendremos que sostener contra la naturaleza. Quedamos solos, librados a nosotros mismos, teniendo que sacar fuerzas de nuestras propias flaquezas; nuestras energías serán la ayuda y sostén en esta lucha titánica contra los elementos, y nuestra voluntad y carácter la ley que regirá nuestros actos en estas regiones aún no dominadas por las leyes humanas. (pp. 128-129)

No dejan de llamar la atención al observador estas peleas. Tenemos perros de Groenlandia y de Malvinas, y casi nunca se batan entre sí los de la misma nacionalidad. Estos perros hacen cuestión de bandera, y por cualquier cosa, se arman unas peleas espantosas entre groenlandeses y malvinenses; comienzan las reyertas entre dos que poco a poco van recibiendo la ayuda de sus connacionales, convirtiéndose aquello en una horrorosa carnicería, cuyos resultados tenemos

que lamentar nosotros porque disminuyen los elementos de movilidad. (p. 131)

Hacia mucho calor, la temperatura había subido a 7°C sobre cero; el agua de deshielo corría a torrentes por las laderas de las montañas, y para apagar la sed, usábamos el procedimiento primitivo, que tantas veces he visto en nuestras campañas, de tendernos sobre el campo de hielo y beber directamente del torrente aquel rico y vivificante líquido. (p. 140)

Colocamos nuestro equipo a 300 metros del agua y todo el día lo pasamos sin la tienda, azotados por el viento glacial que helaba nuestra sangre, viéndonos obligados a caminar y correr constantemente para entrar en calor. (pp. 141-142)

Se me heló un dedo de la mano, que mucho me hizo sufrir esa noche, pero felizmente lo hice reaccionar. Ekelöf se preparaba para amputar muchos dedos pero, pocas veces tuvo que presentarnos sus servicios facultativos. (p. 143)

Capítulo X. Invierno de 1902

...y en uno de esos días tuve ocasión de observar un hermosísimo fenómeno de radiación.

El sol estaba debajo del horizonte, dejando sobre unos rollos de cúmulos los restos de su fulgor, con un efecto de luz precioso, y el fenó-

meno se producía casi diametralmente opuesto al sol.

Los colores no eran abundantes, destacándose distintamente el rosa, azul y blanco amarillento. Llamé a Nordenskjöld, quien, contrariamente a lo que yo pensaba y que aún sigo creyendo, opinó que no se trataba de una aurora.

La altura de los rayos era de 20 o 30 grados, y el centro del cual partían jamás estuvo sobre el horizonte, quedando en algunos momentos en él y en otros, debajo.

Esos rayos estaban en continuo movimiento giratorio, con una extremidad fija en el centro; por instantes aparecían oscuros, y blanco-rojizo o blanco-amarillento los espacios que los separaban entre sí, y en otros momentos esos colores se invertían. Los rayos colorados parecían ser nubes y por el cenit se podía ver un banco de *cirrus-stratus*¹¹⁷. Las extremidades de los rayos se perdían sin brusquedad en el cielo y poco a poco fue avanzando por el costado izquierdo una gran mancha azul oscuro, que gradualmente fue debilitando aquel fenómeno, que después de cuatro minutos, más o menos, que yo le observaba, terminó en una nube sonrosada. (p. 146)

Durante la noche se ha notado en el aire una especie de estado de saturación eléctrica,

¹¹⁷ *Cirrus stratus* o *cirrostratus*: tipo de nubes altas.

pues al salir de la casa se veían pequeñas llamas en las ropas y extremidades. (p. 150)

25 de mayo. Hoy el día de los míos. “¿Cómo lo celebrarán?”, dice mi diario.

El almuerzo es de fiesta, celebrando el grandioso día; Nordenskjöld dice que ha tratado que los platos sean lo más argentino posible y entre ellos hace aparecer unos duraznos del Tigre y choclos en conserva que no hacen mucho honor al fabricante. Entre los suecos, el único que los puede comer es Bodman; yo creo que es por aquello de la novedad, porque son tan ácidos y mal conservados que pienso que aun el más entusiasta choclófilo se resistiría a probarlos por segunda vez, como me resisto yo. (p. 151)

Los guantes que hasta ahora he usado son como casi todo mi equipo: absolutamente inadecuados para este clima, y como en estos días se proyecta una excursión en trineo, he tenido que fabricar unos que respondan de mejor manera a las exigencias del frío. Para eso los he confeccionado de piel de guanaco, forrándolos después con lona de vela; creo que si no son de lo mejor podré pasar con ellos más o menos bien. (p. 154)

26 de julio. El día es espléndido; el termómetro marca 35 grados bajo cero, el barómetro descende. La bahía, en cuya punta sur estamos, es mucho más profunda de lo que parece afuera. Nordenskjöld acompañado de Jonassen fueron al fondo de ella a tomar algunas fotografías, mien-

tras que Äkerlundh y yo fuimos por el lado del sur. Se veían enormes promontorios de basalto descubiertos de nieve y todo estaba lleno de piedras fragmentadas de la misma clase, sobre las cuales crecían musgos y líquenes de variados colores: rojos, pardos, blancos, negros, anaranjados. No se ve un pájaro, ni una foca; nada que indique su anterior presencia; sólo nieve, piedras y un hermoso cielo azul. Por la noche, todo el firmamento luce sus galas: la hermosa Cruz del Sur culminando un poco más al norte de nuestro cenit, la constelación de Argos al occidente y allá, hacia la mitad de la distancia que separan a Eridani y a Vía, la parte más oscura del cielo, el cenit del polo terrestre; parece que el creador, para hacerlo más desolado y más frío, hubiera colocado en su derredor, en las cercanías del círculo polar, las constelaciones más bellas del Universo, dejando en el centro ese casquete sombrío, poblado sólo por estrellas de pequeña magnitud. (p. 157)

Todo el mundo se va a caza de focas. ... después de siete meses de estar alimentados solamente con conservas volvemos a probar la carne fresca. (p. 161)

Como hacía un poco de frío, la carneada no era de lo más agradable, pues los que se mojaban las manos en la sangre o en las vísceras del animal, se helaban con mucha facilidad. (p. 161)

Y, sin embargo, yo quisiera volver a pasar por esas sensaciones otra vez. Yo quisiera volver por varios años a internarme en las regiones heladas. Yo quisiera volver a oír en aquel silencio de muerte el ruido ventisquero, el silbido del viento y de la nieve por los flancos de la tienda; quisiera tener que refregarme las manos con nieve para volverlas a la vida, y marchar al costado de un trineo tirado por veinte perros a plantar el pabellón de la patria más allá del paralelo 80.

¡Es sorprendente en su blancura y belleza esta extensa pampa helada! Cualquier objeto que sobre el hielo se cae, no siendo blanco, resalta de tal manera que con toda facilidad se lo ve. (p. 164)

La madrugada era preciosa, la hermosa constelación de Orión en esos momentos se levantaba y un poco más alta se veía la del Can Mayor con la estrella más bella del firmamento, la sin igual Sirio; todo era calma, sólo se oía el crujido del hielo al sufrir presiones causadas por los movimientos, y el aire quieto, como si hasta él, helándose, hubiera sido reducido a la inmovilidad. (p. 168)

Capítulo XIV. Hacia el sur

Estas nieblas, según he podido observar, aparentemente constan de bolitas de nieve que en relativamente reducida cantidad caen, pero en

realidad se componen de una enorme cantidad de cristales de nieve, microscópicos, que no sólo impiden la visibilidad de los objetos aun a pequeñas distancias, sino que como allí todo es blanco y lo único que forma contraste somos nosotros mismos, no hay sombras ni relieves.

A causa de esto es que uno tenga la más errónea idea al querer apreciar el tamaño de un objeto a corta distancia; un cajón, por ejemplo, situado a 10 o 20 metros a veces aparece como siendo del tamaño de una casa y otras, como el de una caja de fósforos.

La dirección, en esos casos, la indicábamos con el compás; nuestros músculos sufrían entonces muchísimo a causa de los surcos de nieve, pues en muchas ocasiones donde creíamos ver una altura y levantábamos el pie para subirla había un pozo en el que introducíamos toda la pierna y viceversa, veíamos un pozo, y era una altura en la que tropezábamos.

Además de esos efectos de refracción indicados, se producían otros bellísimos; y era cuando un objeto parecía doble. Un día, estando ya en el camino de vuelta, teníamos una de esas nieblas que limitan completamente el radio de la visual; soplaba una fresca brisa del sur y con la práctica adquirida en muchos días de marcha con esas nieblas, no necesitábamos compás y nuestro curso lo dirigíamos guiándonos por el arrumbamiento de los surcos de nieve.

Al parecer, a unos 10 metros de distancia y estando sobre una colina, vimos un objeto negruzco, que primero tomamos por un pájaro, después nos pareció una pluma y por último la realidad nos mostró una foca. Entonces vi por primera vez uno de esos encantadores fenómenos que se observaban en esas latitudes; la foca se dirigía hacia nosotros arrastrándose como un reptil, ayudada por sus aletas, y sobre ella, veíamos otra imagen exactamente igual, haciendo los mismos movimientos, y cuando llegó a nuestro lado, vimos que era un solo animal que en virtud del fenómeno de refracción se multiplicaba. (p. 181)

Cuando el sufrimiento de la sed y del cansancio llegaba a su máximo y las fauces secas quemaban la garganta, nuestra imaginación, en vez de embotarse, trabajaba activamente, pero volando en alas de la fantasía. Yo me figuraba ver allá a lo lejos, la Avenida de Mayo con los cafés que unos a otros se suceden y sus veredas llenas de mesitas enfiladas, cada una de las que se encontraba rodeada de gente alegre que bebía algo, que satisfacía su sed; otras veces me acordaba del campo de mi provincia y veía una casita que me es muy conocida, rodeada de grandes árboles y que por sus cercanías corre bullicioso un arroyuelo, en el que aprendí a nadar, y entonces, con un movimiento nervioso, le daba un fuerte al tirón como para llegar más profundo a

nuestra meta, y el único consuelo que al volver a la realidad tenía era el pensar que ese continuo arrastrar no podía ser eterno.

La sed es un gran enemigo del explorador polar y casi todos la han sufrido; para evitarla se recomienda el uso de frascos de ebonita que, llenos de agua, se colocan sobre el pecho protegidos por la ropa para evitar la congelación; pero a pesar de esas recomendaciones, nosotros no los teníamos.

Otra faz de los viajes en trineo es cuando se tiene tormenta, algo que en aquellas regiones abunda. Esas tormentas no permiten caminar, es excusado iniciar la marcha, y entonces se encierra uno en la tienda, y metido en su saco de dormir, pasa el día durmiendo, conversando o reparando sus ropas y calzado, y la ración se reduce a un mínimo, porque cuando no se trabaja no se tiene derecho a comer. (pp. 182-183)

Las medias, lo mismo que las hierbas que usamos en los pies, las secamos colocándolas sobre el pecho entre las camisetas; aunque esto no es muy higiénico, no hay más remedio que resolverse a hacerlo por falta de otros medios. (p. 186)

Comerse un perro, beber su sangre en circunstancias ordinarias, da náuseas, no sé que da lo que en ello se piensa, pero se ha hecho y se hará en los casos en que eso imponga.

Felizmente no nos hemos encontrado en el caso ni mucho menos. (pp. 186-187)

Nuestra tienda se estremecía y no dejaba de causarnos asombro cómo resistía al empuje de las furiosas rachas; a las 3 a. m. habiendo cedido algo, abrió sin embargo un agujero al lado de mi cabecera y por allí entraba el viento, que traía en sus ráfagas heladas el hálito de la muerte; era aquello el reto de la naturaleza, enfurecida tal vez, al encontrarse sorprendida por el ojo humano que investigaba sus misterios, y la Diosa blanca, protectora de aquellas regiones, se empeñaba en abatir la audacia del hombre, a cuyo pecho lanzaba con el guante del desafío el bárbaro castigo.

La temperatura era de 22° C bajo cero y el viento llegó a ser tan fuerte que por momentos era imposible sostenerse en pie. Amarramos nuestro equipo sobre el trineo y, como pudimos, salimos de aquel paraje, que al parecer era la cuna de las tempestades, en busca de otro algo resguardado que no pudimos encontrar, y entonces, recordando que habíamos ido allí dispuestos a vencer dificultades y no a dejarnos arrollar por ellas, en aquel campo helado donde dominaba la muerte, frente a ella nos cuadrarnos para librar el último combate. (pp. 187-188)

Nordenskjöld marchaba adelante con un bastón marcando el camino e inspeccionando el estado del hielo, para evitar algún accidente

pero, no obstante esta precaución, de vez en cuando desaparecíamos en esas grandes grietas a los costados del trineo y debido a que nos manteníamos asidos a él con una mano, podíamos volver a la superficie sin rodar al fondo de aquellos abismos. (p. 189)

Capítulo XV. De regreso en Snow Hill

El 25 regresan los de la excursión; vienen repletos de provisiones frescas, traen *pengüines* y cormoranes y en cantidad los huevos, no obstante que a la roquería de la isla Seymour aún no han regresado todos sus habitantes, y con gran contento vemos aparecer en nuestra mesa cormoranes saltados y huevos a caballo. (pp. 196-197)

Esta mañana he muerto un cormorán de clase diferente de los que trajeron de Cockburn y por la tarde un *Megalestris* fue a aumentar nuestra despensa, que se encuentra provista de abundante y variada colección de carne: de foca, *pengüin*, cormorán, *Megalestris* y gaviotas. (p. 197)

A las 12.30 de la noche llegué a la estación; Ekelöf, que estaba de guardia, al verme desde lejos puso a calentar el café que, lleno de gozo, bebí después de devorar unos bifés de carne de foca. (p. 200)

Ya se comienza a hablar de las probabilidades de una segunda invernada; los víveres que tenemos no alcanzan para otro año. (p. 201)

Capítulo XVI. 1903. Año Nuevo

En septiembre, creíamos nosotros que estaríamos embarcados en el “Antarctic” en noviembre, pero ése y otro mes pasaron, y el estado actual del hielo y su comparación con el de los días pasados nos dan elementos para augurar, por lo menos, otros 30 días de espera. (p. 207)

Enero 6. Otro gran día para la cristiandad. Esta fiesta, con la de Navidad y Año Nuevo, son, a mi juicio, las fiestas del hogar en el que se concentran todos los afectos, los sentimientos más nobles y delicados. ¡Qué felicidad tan grande encontrarse en el hogar para celebrar estas fiestas! Y, como yo no puedo gozar de ellas en este país tan prosaico, repetiré con el poeta: ¡Pasad, pasado, recuerdos de aquella edad!

En medio de este aislamiento absoluto en que pasa nuestra vida, la única cosa que me inquieta es no tener noticias de la patria que tanto amo y, si viera satisfecho mi deseo, no me preocuparía lo más mínimo al tener que quedarme varios años más en Snow Hill. (p. 208)

Capítulo XVII. Desconfianzas y precauciones

El azúcar es poca y para que alcance hasta noviembre tenemos que tomar no más de 7 cuadrados por día;

Yo pienso desde ahora disminuir poco a poco mi ración, para tomar después todo sin azúcar.

Algo muy importante en lo cual no sólo está basado nuestro confort sino tal vez la vida, es el combustible del que estamos muy escasos, el carbón que nos queda tal vez no alcance a tres meses. Dicen que el querosén que hay, combinado con el carbón, alcanzará para cocinar, alumbrar y calentar un poco la casa. Todas las focas que se encuentran se matan para recoger la grasa, que nos servirá para quemar, y la carne para comer nosotros y los perros. Todos los pájaros que se ven, se matan y se piensa cazar unos 500 *pengüines* como una previsión para una nueva invernada. (p. 211)

Para un año más yo no tengo calzado, pues no me quedan sino un par de botas ya algo usadas y un par de botines que se me están rompiendo. Hoy he sacado la grasa a un cuero de foca, estaqueándolo después sobre la casita del instrumento de pasaje; con él haré botines y antes de que se venga el invierno pienso arreglar dos o tres pieles más para tener en cantidad sufi-

ciente: es decir, estableceré mi taller de calzado. (p. 212)

Como mi guardarropa está muy desprovisto, pues ya el año pasado estaba inservible, tendré también que hacerme sastré y por esto comenzaré por preparar las telas. Con este propósito, ayer estaqueé unos cueros de *pengüin* por los costados de la casa, pero no a suficiente altura para que escapara a los perros; esta mañana encontré a varios de ellos entretenidos con mis cueros, pero ya estaban hechos trizas, completamente inutilizados, y no hay más remedio que empezar con otros. (p. 213)

Al borde del hielo, vi una docena de Ossi-fragas que dormitaban al sol ...

Estos animales tienen, como el cóndor, la facilidad de lanzar cuando quieren y, como aquellos, lo hacen para facilitar el vuelo, así es que, apercibiéndose de mi llegada, devolvieron lo que habían comido y volaron. (p. 215)

Para nosotros, todos los días son iguales: siempre el mismo trabajo, siempre el mismo método de vida; mi diario, en el mes de marzo no trata otra cosa que de los cambios meteorológicos; el día que se diferencia de todos los demás es el domingo por el hecho del cambio en la comida, que se compone de puros platos civilizados, mientras que en los otros días el *pengüin* y la foca desfilan continuamente ante nosotros. (p. 222)

Hoy estoy de zapatero; con piel de foca y lona hago unos botines espléndidos; son amplios, en ellos cabrá mucho pasto que me preservará del frío y de la humedad. Mañana no es difícil que tenga que remendar mi pantalón por tercera o cuarta vez y ¡qué remiendos! (p. 223)

Festejando las Pascuas, hemos tenido un banquete de tres platos, entre los que figuraba el choclo argentino en conserva que por cierto no hacía mucho honor al fabricante, pues era poco menos que incomible; además hubo postre.

Como hay luna llena, estas noches son clarísimas; estando el cielo despejado se puede leer perfectamente a la luz de ese astro que hace tanta compañía.

Se hizo un experimento con excelentes resultados; ahumar carne de *pengüin* para después comerla cruda sin ningún condimento; a todos nos gustó y fue muy felicitado el de la idea. (p. 224)

Mes de julio. En estos días uno de los perritos chicos ha sido muerto por los otros; no sé a quién se le ocurrió hacer unos bifés de carne de perro llevándolos a la mesa, sólo Bodman y yo los probamos; es una carne dura, parece caucho al masticarla, pero no es desagradable. Bodman dice que la prefiere a la sopa de avena que nosotros tomamos. (p. 233)

Mes de septiembre. En este mes del año pasado, nos preparábamos para el viaje que

hicimos al sur, y ahora, como la estación es propicia, se piensa también en viajes más o menos largos y, como con estos viajes no será tan monótona la relación de nuestros diarios, reanudaré la forma capitulada que he dado a la narración del primer año. (p. 240)

Capítulo XVIII. Hacia Paulet

El 12 de octubre, estando en marcha, vieron cerca de tierra algo que les llamó la atención: eran dos figuras muy grandes para ser *pengüines* y después de hacer uso del antejo se convencieron de que eran hombres; los perros echaron a correr hacia los nuevos habitantes de un país del cual nos creíamos únicos moradores, tal vez con la esperanza de poder comerse algún *pengüin*; Jonassen hacía esfuerzos por sujetarlos y cuando pudo ver más de cerca las trazas de los recién vistos, pidió a Nordenskjöld que preparara la pistola máuser que llevaba, pues creyó que eran naturales, tal vez alguna raza afín a la de los trogloditas de la Groenlandia y de las islas polares norteamericanas, que podían no ser muy pacíficos.

Varias veces me he puesto a pensar en la emoción que sintió Nordenskjöld al ver aparecer seres humanos en una región en la cual nunca se nos había pasado por la imaginación fuera posible ver algunos. Yo creo que fue una sucesión

de varias sensaciones que no tuvieron tiempo de tomar forma, por decirlo así, porque no tardó sino unos pocos minutos en convencerme de quiénes eran, no dando tiempo a su razón para forjar una posible explicación de tal encuentro; pero cuando yo creo que verdaderamente se le fue el alma a los pies, fue al sentirse nombrar por dos hombres con trazas peores que las de un limpia chimeneas o un cargador de carbón, con los cabellos largos, enredados y grasientos, saturados de aceite de foca y cubiertos por una capa respetable de hollín, cuando uno de ellos le dijo en la lengua de Tegnér:¹¹⁸ “*Hur star det till? Nordenskjöld, God dag*”. Entonces yo creo que su corazón y su cabeza sufrieron uno de los choques más rudos de su vida; la presencia de esos suecos que él no reconocía a causa de la mugre, implicaba una desgracia y una desgracia para los suyos. ¿Quiénes eran esos suecos? ¿Eran todos náufragos del “Antarctic” o de alguna expedición que con algún motivo había salido para estas latitudes? No estuvo mucho tiempo en la duda; los que le estrechaban las manos eran dos viejos amigos, el geólogo doctor J. Gunnar Andersson y el teniente Duse; más allá estaba el marinero Grunden con un trineo. Las expediciones, naturalmente, fueron inmediatas. (pp. 242-243)

¹¹⁸ Isaías Tegnér: poeta sueco nacido en 1782 y muerto en 1846.

El Puñal de Orión (1925), de Sergio Piñero

El “Karl” es ballenero que no excede las dimensiones de un remolcador de nuestro Río de la Plata: un poco más alto de borda. En la proa, un pequeño cañón para la caza de la ballena. En el mástil, la cofa para el vigía. Las camaretas en popa, y en el medio, el puente de mando. Sin pintura, con la huella del castigo de las olas, su casco parece una caparazón; y cuando el mar lo agita como una coctelera, da la impresión de un insecto monstruoso navegando a la deriva.

Su capitán el noruego Larsen, viejo lobo de mar, es hijo de aquel Larsen comandante del “Antartic” que naufragó destrozado por los hielos polares en la expedición de Nordenskjold.

Larsen, ha heredado de su padre la afición marinera y el temperamento indescifrabable, acentuado por el ambiente y por cuarenta años de vida en aquellas latitudes. Cubre su cara una barba rubia y crespa; viste pieles y gorro de orejas; fuma en pipa, bebe, blasfema y ha tenido desde que nació las uñas y los dientes sucios.

Maneja el sextante con sorna y posee una facultad de orientación en medio del océano, asombrosa, únicamente instintiva. Conoce las repentinas variaciones del tiempo y predice con certeza todos los fenómenos atmosféricos. Valiente hasta la inocencia es de una seguridad en sí mismo reconfortante y contagiosa.

Con frecuencia juega a risa la admiración que despierta entre los profesionales que llegan a la isla; y entre bromas propias de su carácter, alardea con despreocupación y desprecio de su experiencia. Jamás se quita la gorra y cuando adquiere confianza propina empellones y pesados palmoteos como signo de amistad.

En las últimas horas de la tarde zarpamos de Georgía. Nos retiramos del muelle dando marcha atrás, y luego, con rapidez de lancha viramos, arrancando en pique a once millas largas de velocidad.

Nos dirigimos rectamente al S. O. El mar embravecido mueve al ballenero con brusquedad. Como las olas son tan seguidas, siempre estamos sobre la cresta. Es un subir y bajar constante acompañado de rollidos y cabeceadas que forman un culebreo inaguantable.

Llega la noche. La lámpara de aceite en la cámara de popa contornea aumentando con sorpresa nuestra silueta, ya de por sí desfigurada en la abundancia de ropas. Con el frío ni los guantes nos sacamos para dormir. Un golpe de agua me lanza fuera de la cucheta obligándome a efectuar un planeo por sobre el quinqué: el mar está en calma, según Larsen...

Con la aurora antártica llega el temporal. Las olas pasan el barco con la facilidad con que lamen y rompen en las piedras de la costa. El "Karl" navega con despreocupación. Parece a

veces una boya, otras un submarino. El vigía aferrado en la cofa anuncia los icebergs cercanos. Cuando pasamos a su lado tan pronto estamos a la altura de la cúspide, como allá abajo, en el seno de la ola, de donde la mole parece caérsenos encima. La voz del vigía se pierde en el viento que gime en las cuerdas como en una casuarina. De cuando en cuando un trozo de *pack* se hace añicos contra el casco. Otra ola los deja sobre cubierta y se retira escapando maliciosa de la travesura. Un pedazo de hielo cae en proa; trincándonos corremos a retirarlo; la muerte está ahí; la nave se aproa cediendo al peso del *block*; ocho brazos desesperados lo vuelven al mar...

Vamos sufriendo todo un *steeple-chase* en el curso de las emociones.

De la posterioridad de la expectativa se apodera otra nueva expectativa, como una carrera larga donde fuéramos cambiando cabalgadura, dentro de la tropilla.

El coraje por lo general llega tarde: se manifiesta sublime en los comentarios.

Nuestro fin se aleja y se acerca al destino como el fracaso del paralelismo en los alambres telegráficos por la velocidad de un tren.

Los trajes de agua son insuficientes para cubrirnos. Soportamos la temperatura de 20° bajo cero, con viento. Las palabras se tuercen entre-

cortadas. Volvemos al puente, después de haber servido de *sparring-partners* a todo el buque.

—¿Un trago?— dícame un compañero, ofreciéndome caña de 65°.

La pequeña botella sigue la rueda. Larsen, el último, la termina con un chasquido. En el mismo momento una ola cruza el ballenero y los vidrios de la casilla de navegación saltan en pedazos. El noruego ciérrase el engomado, indiferente. En otro embarque de agua su pipa desaparece; blasfema y manotea para alcanzarla, rompiendo el cristal de un reloj de pared: furioso, abandona la rueda del timón, tira un cajón, saca otra pipa: el barco se atraviesa, sin gobierno. Luego; imperturbable, toma de nuevo, con desgano, la dirección del ballenero. El vigía anuncia otro iceberg, y él le contesta con un grito ensordecedor en pésimo “argentino”:

—¡Decile que toque, che, un poco de corneta!

Así pasan cinco días crudos hasta que la isla Montura, con su forma de silla americana, negra, pues no conserva la nieve, se destaca en el horizonte como avanzada de las islas que por detrás componen el archipiélago de Orcadas, posesión inglesa con pabellón argentino...: Lawrie, Coronation y Powell más allá, las Inaccesibles.

Completamente cubiertas de nieve no ofrecen el espectáculo de Georgia. La tierra árida

no se observa aquí, todo es blanco, albo, de una blancura reverberante. Las montañas tienden sus laderas en declives y pendientes acentuadas por los glaciares. Los glaciares, origen de los hielos flotantes: se deslizan de las cimas desde miles de años llevando su carga de frío. Cuando toca el agua la enorme masa de hielo, cruje en catastróficos desmembramientos, produciéndose un pequeño y local cataclismo, luego aparece sobre la superficie el témpano navegando mar afuera, a la deriva de las corrientes. Casi sin interrupción se repite el mismo fenómeno, y el ambiente se puebla de ruidos exóticos, de vidrios resquebrajados, truenos lejanos, y por sobre todo, la blancura que hiera la vista fijando en cada uno extraña sensación de polo.

Vuela un ave también blanca. Nubes grises. Caen chubascos de agua o nieve intermitentes. La niebla es espesa, pero lejana. Corre un viento mojado. En cada uno de los pelos de las pieles que vestimos se estancia una gota como cairel. La arboladura del barco se escurre sobre cubierta goteando copos. Cada hombre que pasa humea vaho de caldera. Todo trasunta fracaso. Fracaso de la naturaleza para adaptar renovación. Inestabilidad de tiempo y de espacio. Asistimos a un parto del universo como si viniéramos de otro mundo.

Por el estrecho de Washington navegan grandes témpanos con velocidad hasta de diez

millas, impelidos por las corrientes de la embocadura. A lo lejos semejan grandes naves, pontones o casas flotantes. La bahía Uruguay en Lawrie se presenta casi cubierta de hielo, el *pack* abre a trechos formando senderos de agua clara.

Barajamos hasta situarnos, y luego, esquivando los hielos, penetramos en la bahía donde el pico Ramsay refleja su forma irregular de *cassata*.

La sensación de llegada a cualquier parte, reproduce la partida correspondiente a ese viaje: recién registro en mí la sensación total de la distancia.

El observatorio, única población de la isla, está situado en un istmo de trescientos metros de ancho limitado al Sur por la bahía Scotia, cerrada generalmente por el mar helado, y al Norte por la bahía Uruguay. Cuando soplan los vientos del Sur, Scotia sufre un recrudescimiento del *pack* que se acumula millas afuera, mientras la Uruguay se despeja en consecuencia. Mas cuando soplan los del Norte, no sólo se cierra esta última, sino que, dada la característica geográfica y su enorme cantidad de hielo, la Scotia queda bloqueada. Es entonces cuando Orcadas permanece aislada del mundo y esto sucede la mayor parte del año. La tierra cubierta en invierno por la nieve y en verano por su propia esterilidad es inhospitalaria y tétrica. Por lo general, una niebla baja la recubre, si no, las borrascas y

vientos fuertes que intensifican el frío más allá de los coeficientes máximos. La vida es allí un verdadero sacrificio cuando no una dolorosa aventura.

¡Cómo desentona en la unidad de la naturaleza la presencia de hombres civilizados! Son tierras en las que todavía no hay ambiente para habitantes. Hasta la propia persona obstaculiza la visión. Lo verdaderamente bello sería contemplar el archipiélago cuando todo “se sabe solo”...

Cae el ancla en catarata de eslabones. Fondeamos frente al diminuto caserío del observatorio. En la playa cinco hombres esperan ansiosos. Arriamos el bote en el que surcamos el trecho que nos separa de la costa.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco!... ¡No falta ninguno! —exclama uno de los miembros de la comisión relevante contando a los que aguardan.

No nos conocemos ni jamás en la vida nos hemos visto. Sin embargo hay tanto calor en el mutuo abrazo, tanta sinceridad en las demostraciones de estos hombres que desde hace un año no ven más que sus rostros, que una corriente de afecto y emoción pasa por nuestros corazones. Preguntas y respuestas se entrecruzan rápidas y explicativas. Todos quieren saber, en un momento de todos los acontecimientos que en la tierra pasaron durante su ausencia. Y es así cómo nos otros que llegamos, deseando conocer sobre el terreno su vida, anhelando

oir de sus labios la relación de mil incidencias interesantes, hablamos y contamos casi sin respirar el aburrido desenvolvimiento de la vida mundana.

Entramos en el interior de la casa-habitación. La primera pieza hace las veces de comedor, y a sus costados, tres dormitorios con cuchetas, cocina y despensa. Todo pequeño y reducido a propósito para los grandes fríos. En un rincón del comedor, la biblioteca —un tanto escasa y poco seleccionada— para combatir las largas noches invernales portadoras de nostalgias y desazones. En la pared, grabados ingleses reproduciendo la invariable figura de una mujer arreglándose la media o el corsé.

Sobre la mesa un *cocktail* de oporto y huevos de pingüino nos aguarda. Lo apuramos sabroso: consecuencia del cansancio y el ayuno.

Entretanto la descarga de las provisiones para los que quedan ha comenzado y todos trabajan afanosamente. Es necesario apresurarse para zarpar el mismo día; los vientos son traicioneros, rondan caprichosamente y no es cuestión de que, por un retardo la bahía se cierre y nos veamos obligados a permanecer un invierno en estas latitudes.

Desde la pequeña ventana de doble puerta se divisa la bahía Uruguay con sus roquerías materialmente cubiertas de pingüinos. Cálome el saco de cuero y haciendo crujir las piedras

entre la nieve con mis toscas botas polares me dirijo hacia allí.

En el camino me sorprenden las pequeñas cruces amontonadas del cementerio. Todos son restos de hombres que murieron en el observatorio, miembros de comisiones anteriores, según me informan. Me dicen, también, que en el pedregullo es muy difícil cavar fosas de alguna profundidad, y que, por otra parte, el viento y las crecientes trabajan las piedras dificultando la conservación de las tumbas. Un zapato emerge de la superficie con la punta hacia el cielo: dentro, el pie fresco aún, de un cadáver de varios años...

Después de haber leído a Anatole France es difícil contemplar los pingüinos bajo otro prisma que el sutil e irónico del viejo escritor. Los pingüinos han dejado de ser ya aquellos extraños animalitos polares, misteriosos e incomprensibles para convertirse, después de la historia de la Pingüinia, en vulgares descendientes de Mael; en hombres. Han perdido el encanto. Representan todo lo que existe de ridículo en la sociedad humana. De animales han pasado a ser unos pobres bichos simbólicos sin personalidad propia como todos los símbolos. Y por haber leído a Anatole France no puedo gozar como debiera el espectáculo de las roquerías de Orcadas. Dentro de los males “anatólicos” quizás sea este el más insignificante...

A pocos pasos de la casa se encuentran las casillas de observación.

—En invierno me dice el segundo jefe —un alemán bohemio, sensual y rubio— es peligroso, sobre todo, en los días de borrasca de nieve cruzar desde la casa hasta la de observación. El viento nos voltea y la oscuridad desorienta.

—Con dejar luces en las habitaciones para guiarse...

—Por más que las dejemos, la nieve acumulada llega más allá del techo y cubre el resplandor que pueda salir de las ventanas. Una noche, —agrega, dejando caer sus ojos azules en cualquier parte, imprecisamente, —una noche, un compañero salió a tomar observaciones durante su cuarto de guardia. Era tal la fuerza de la borrasca que alumbrándose con el farol de mano llegó hasta la costa, es decir, al punto opuesto al cual se dirigía. Volvió. Tres veces intentó el mismo camino y el viento lo desviaba. El farol se apagó: comenzó a caminar a tientas. En la costa el hielo cede al peso de un hombre. Debajo, el agua con su temperatura mortal. Por fin, dando un rodeo providencial logró alcanzar un poste situado como a veinte metros de la casa que le sirvió como punto de referencia. No sé si usted recordará, pero se ha dado el caso de varios accidentes debido a la temperatura del agua: a un empleado años atrás, hubo que cortarle los dedos de la mano con una tijera, porque se le

habían helado: un dedo un día, el otro día otro, y al siguiente el tercero ...

– ¿...?

– ¿Frío?... ¡oh, sí! intensísimo. La mínima llegaba hasta 35° bajo cero. Este invierno nos ha costado mucho mantener dentro de las habitaciones una temperatura equilibrada. Mire usted, ¿ve estos bulones?: por aquí pasa el frío.

– ¿...?

–Verá usted. La pared se compone de una gruesa chapa de zinc exteriormente, luego, una de madera, después aserrín, otra chapa de madera, y el todo, recubierto de papel impermeable. Para mantener la cohesión de las distintas chapas, sujétanse por estos bulones colocados con la cabeza hacia afuera y la tuerca hacia la parte interior. Las tuercas que están próximas a la chimenea se cubren de una dura capa de hielo que penetra por el mismo hierro y que no alcanza a derretir el calor interior mantenido por la estufa. Además, por las mismas ventanas “herméticamente” cerradas, los días de borrasca, pasa la nieve.

– ¿Y la vida, muy monótona?

–Uno se acostumbra, –me responde sonriendo, – a esta soledad. Al principio extrañamos, pero después se van creando, provocadas por el mismo ocio, obligaciones que uno cree imprescindibles: juntar nieve para convertirla

en agua, acarrear carbón, matar focas para obtener grasa, recoger huevos de pingüinos en las roquerías, los quehaceres domésticos, largas caminatas con *skis*, lecturas, guardias cada cuatro horas, la propia persona que uno cuida por obra de ese mismo aburrimiento, auscultando con profunda preocupación el crecimiento del bigote o la barba dejados crecer con expectativa infantil... ¿Ríe usted? ¡Pues si supiera las cosas que se le ocurren a uno! Es la tercera vez que vengo a Orcadas y me sucede siempre a mi vuelta a Buenos Aires recordar con asombro las interminables cavilaciones que sostengo aquí, las ocupaciones e ideas a que me entrego. Luego, agrega, siempre sonriendo:

– ¡Esto ocupa mucho tiempo!...

Comprendo e imagino. Al llegar a Orcadas cada uno guardará los ideales cuidadosamente en el propio ropero. Todos los días, y hasta varias veces, se sacarán de la percha para cepillarlos con un cepillo que será como caricia de nuevas resoluciones. En tanto, se prepara el retorno en el *trousseau* de recomenzamientos. Y en los últimos días de estadía en la isla, un afán de fiebre hará que se lustren los botines con el laberinto de proyectos que se han ido acumulando en cajas vacías de conservas. La vida contemplada en un momento de inactividad, es decir, bajo el punto de vista de recuerdos y por venir, debe ofrecer un panorama magnífico. He

notado, en lo que a mí respecta, que un viaje largo agota todas las pesas en la balanza de la justicia propia.

Vamos a zarpar. Cajones, bolsas, baúles se encuentran esparcidos por la playa en desorden. La nueva comisión que queda, silenciosamente espera nuestra partida. (pp. 81-108)

Viaje a la Antártida (1958), de Nicolás Cócaro

Pensamos, en esos momentos, en la aventura que vamos a iniciar; mejor dicho, en el viaje que nos permitirá recorrer, por primera vez en la historia del mundo, a un grupo de turistas, diplomáticos y periodistas, las zonas heladas de la Antártida. (p. 12)

Una inmensa masa de hielo se desplazaba lentamente en el vaivén de las furiosas aguas. Sus formas irregulares irradiaban un a extraña luz azulada, blanca con un trazo de ceniza en su cima. Después del témpano solo hemos divisado dos inmensos lobos marinos.

Cuando en la madrugada del día siguiente, “Les Eclaireurs” entra en la boca de la isla Decepción –ya en la Antártida-, custodiada por una altísima roca, con presencia de centinela y con forma de aguja, el ojo maravillado del turista no puede creer en la belleza que tiene ante sí.

Aquello bien podría ser la entrada al Paraíso, o un paisaje de témpanos lunares.

Millares de pingüinos navegan en torno a “Les Eclaireurs”. Nuestra admiración es interrumpida, de pronto por el ruido de un motor. Una lancha se acerca. Alguien comenta que se ha recibido un mensaje de un barco inglés. La lancha da vueltas en torno de “Les Eclaireurs” y exhibe, muy oronda, la bandera de Inglaterra. Son las seis de la mañana. A las 20, aproximadamente, un marino de rostro cubierto por una tupida barba rubia sube a nuestro barco... Más tarde se nos informó que habían entregado uina nota de estilo. El episodio en sí estuvo en los límites de la diplomacia amistosa. (p. 16)

Iniciamos nuestra primera marcha de anidinistas por cerros entre los que corre el agua del deshielo. A medida que vamos subiendo, un hermoso día de sol se enseñoera del ambiente, y, a causa del esfuerzo, sentimos la necesidad de quitarnos la ropa de abrigo.

Después de una hora de andar por montículos de piedras desprendidas, divisamos la punta de la montaña, desde donde apreciamos un espectáculo pocas veces observado por el hombre: innumerables témpanos, aquí y allá, caprichosamente ubicados en el agua junto a la costa, adornaban un extraño acuario. Hacia el fondo, como un casquete de hielo se alza una pa-

red circular, en cuya cima el sol arranca puñados de luces blancas y azules.

Mientras descendemos por una cuesta vertiginosa que va a dar de lleno casi sobre los acantilados, un extraño murmullo llena el ambiente.

Algunos hombres marchan lentamente; otros, siguen con cautela las huellas de los hombres del campamento y, de pronto, como si el vértigo quisiera precipitarnos en las aguas, se cae de rodillas sobre la nieve, y, después de recuperar fuerzas se sigue avanzando.

A través de palabras es difícil, inclusive, revivir en la memoria los colores del paisaje. Por otra parte, toda descripción, todo dibujo, toda fotografía muestra un aspecto, nada más que un aspecto, de este Paraíso que el hombre es incapaz de recordar en toda su amplitud una vez que lo ha dejado. (pp. 17-18)

En nada pensábamos, en nada, como si todo comenzara allí, y el ser humano, alejado de su vida civilizada, comprendiera que más vale quedarse en la hermosura de nuestra Antártida, en un diálogo con Dios, que regresar a las ciudades complejas y mecanizadas". (p. 18)

A nuestro frente, como si un camino nevado uniera, a través de la caleta, los dos extensos glaciares, masas de hielo simulan una carretera asombrosamente plana en su superficie y sostenida de trecho en trecho por pilares que se hun-

den en el mar. Pero lo que más llama la atención son cuatro arcos perfectamente regulares, a través de los cuales las olas corren y levantan el agua espumosa con un sonido ancestral.

Asimismo, un alto témpano de la impresión de un castillo destruido y cuya arquitectura fantástica el hombre se resiste a pensar que la pueda haber delineado el capricho de la naturaleza. Visto desde adelante, con sus columnas irregulares, con su pórtico ancho y hondo, cubierto por el tono azul profundo de las aguas, creeríase que viene al encuentro del barco, en el ritmo del oleaje. (pp. 23-24)

Así, hacia donde gire la vista, esta estatua de hielo queda encerrada por ventisqueros, de superficies blanquísimas, y por el mar ancho y neblinoso. Solo podemos memorar entonces el verso del poeta John Keats: “Lo bello es cierto y cierto es lo bello, y nada más se precisa en este mundo”. (p. 24)

Mientras la mirada distraída se detiene ya sobre la nieve, ya sobre las aguas, surge de pronto una mole oscura, pesada, y arrastrándose con dificultad se arrima a las rocas de la costa. Luego aparecen otras, y otras... Enormes lobos y elefantes de mar que miden más de seis metros de largo, con la trompa hinchada, miran a los hombres que han llegado hasta sus refugios.

Alguien llama la atención desde unas piedras próximas. Una verdadera lobería: cientos y

cientos de estos animales duermen allí plácidamente sin preocuparse del extraño intruso que ha puesto el pie en sus dominios.

Algunos levantan la cabeza; se desperezan y luego detienen los ojos adormilados en las personas que están cerca de ellos.

Seguimos nuestra marcha por la playa: aquí y allá, diseminados en el terreno, enormes esqueletos de ballena cubren el suelo con sus huesos filosos y pelados. Más adelante, asistimos a otro espectáculo imprevisto: estamos en medio de un cementerio de lobos y elefantes de mar. Yacen dispersos cientos de cráneos y huesos. Algunos conservan aun trozos de piel que las bárvaras skúas –los caranchos de la Antártida– han devorado todavía.

No se puede evitar, en esta oportunidad, una reflexión sobre la muerte. Esos habitantes antárticos han muerto allí, como cientos y miles de ellos han terminado su existencia entre los hielos. Tal vez en esos sitios desolados se han desarrollado luchas terribles para sobrevivir. No es raro imaginarse a las orcas, primas hermanas de las ballenas, apodadas asesinas de los mares, dejando tras de sí un reguero de sangre. A su paso no hay animal, ni la misma ballena pigmea, que se les resista. Los hombres que salen en lanchas o botes lo hacen armados y siempre con el ojo y el oído alertas, pues las orcas, por el solo hecho de ver correr sangre, tumban las

embarcaciones y despedazan lo que hallan a su paso. (pp. 25-26)

Las cavernas del glaciar se agrandan. Como un sueño, en la imaginación de los viajeros. El barco que está anclado entre dos paredes de hielo, desaparece. Solo en el silencio se escucha el desplazamiento del agua por las cavidades de las cavernas de cambiantes coloraciones. Entonces, se puede percibir una música del glaciar, una música lejanísima. De pronto un sonido encantador sube de tono. El paisaje helado se transforma en una catedral musical. Un hombre está de pie en el puente del buque. Se olvida de la desolación de esas regiones antárticas. Está atento a ese ritmo cósmico que sacude el sentimiento y que se eleva por encima del mundo. Relámpagos de colores turquesa y rosa se desprenden a plena luz en el ámbito glaciar. Las cimas de hielo son las más impresionantes que ha divisado hasta el momento el viajero y, además de esas maravillosas cavernas, suelen observarse columnas y castillos colgantes que, al golpear las olas sobre ellos, producen una lluvia de espuma, cuyo sonido repercute en las profundidades y en las nevaduras del hielo con un canto prolongado, repetido e infinito. (p. 28)

Espero que este paseo literario haya afianzado en el lector el sentido de soberanía argentina sobre el País de Hielo, nuestra Pampa helada y se sienta partícipe de una herencia por la que

tantos patriotas han dedicado su vida a explorarla, estudiarla, habitarla y mantener en su suelo el pie argentino.

APÉNDICE

Facsímil de *La vida en el Polo*

LA VIDA EN EL POLO

POEMA SUD-AMERICANO

EN CUATRO CANTOS

POR

ANTÁRES



BUENOS AIRES

—
IGON HERMANOS — LIBREROS EDITORES

Calle Bolívar n.º 60, esquina Alsina

—
1886

PRÓLOGO

« Los pintores y los poetas, ha dicho Horacio, siempre tuvieron un justo derecho para atreverse á cualquier cosa. » Es bajo esta faz que nos atrevemos á presentar á nuestros lectores este sencillo y corto poema, en el cual se mezcla lo real con lo ficticio y lo imposible con lo posible. Por ser producto de un autor americano, esperamos será acogido del público con benignidad y aun leído con complacencia.

M. E. P.

Buenos Aires, 1884.



ARGUMENTO

CANTO PRIMERO

Lanfranco, noble caballero francés, de ilustre estirpe, es criado por sus padres en el retiro de un castillo en provincia. De allí sale para ver mundo y hacerse un nombre y vá á Paris. Allí es muy bien recibido á causa de su ilustre apellido y sus grandes riquezas; y él, á su vez, es seducido por sus mil atractivos y placeres. Hace muchos años una vida de fiestas, viajes, y toda clase de diversiones en compañía de sus amigos. Pero estos esplotan su generosidad y van minando poco á poco su fortuna, hasta hacérsela perder completamente y vender sus tierras y su castillo. Además, se vé mezclado por sus intrigas en un complot político, siendo el cual descubierto, es perseguido por la autoridad y preso pasa varios años en la cárcel. De allí sale al fin, pero con un ódio mortal á los hombres y la sociedad, y se resuelve á huir de ellos, yendo á algun paraje solitario ó isla de-

sierta. Pasa á la América del Sud y recorre sus varios países, no hallando sosiego en ninguna parte, y así se propone pasar á las islas del Océano Pacífico. Se embarca en un buque que vá á Chile, pasando por el Cabo de Hornos; pero al llegar á él, se levanta una tormenta desecha, la cual azota y quebranta la nave, que cerca de las costas se hunde en el mar, pereciendo los pasajeros.

CANTO SEGUNDO

Es una costa árida y peñascosa de la Tierra del Fuego. Lanfranco, atado con un cable á un palo del buque, es arrojado á la playa por las olas, exánime y sin sentido. Allí es recogido por Valaka, adivina de las tribus indias descendientes de los Incas; mujer muy inteligente en dar remedios é instruida en ocultas ciencias. Esta le lleva á una caverna, en donde se halla alojada, y le conforta con bebidas médicas y le vuelve á la vida. Una vez restablecido, le pide le cuente su historia, lo cual hace Lanfranco brevemente. La adivina, á su vez, le dice quien es, su origen y género de vida, é instruida del objeto del viaje de Lanfranco, le ofrece llevarle á una region desconocida y solitaria, adonde será feliz. Le declara que esta es el Polo Antártico y que medite antes de

decidirse, pues el viaje es largo y difícil, pero posible; que ella misma ha ido varias veces y conoce el camino, Lanfranco teme algun tanto, mas al fin se decide y promete á la adivina obedecerla y seguirla á cualquier parte. Asi pues, arreglan su viaje para el Otoño próximo, que es el tiempo á propósito para llegar á la gran entrada del Polo, y hacen durante este tiempo los preparativos de vestidos y alimentos, recogiendo yerbas y raíces harinosas.

CANTO TERCERO

Pasa el verano y acaban de hacer los preparativos para el viaje. Llegado el dia fijo, bajan á la costa, y en un ligero esquife que la adivina posee para sus viajes, se internan en el mar hácia el Sud hasta llegar á la tierra de la Trinidad, en donde desembarcan. Allí descansan un poco y despues siguen viaje á través de un país helado y desierto, hasta que llegan á la gran entrada y camino que conduce al Polo; con facilidad lo siguen descansando en cavernas que hay, como estaciones, escavadas en las rocas. Por fin llegan al Polo, donde cambia el clima y hallan un bello país diferente de to-

dos los demás, cuya descripción se hace. Allí queda Lanfranco y la adivina se vá, pero le promete volver al año siguiente en la misma época á buscarle, por si no se halla contento y quiere volver al continente.

CANTO CUARTO

Lanfranco hace en el Polo una vida solitaria, y aunque fácil por la abundancia de frutos y el clima agradable, empieza á sentir los efectos de la soledad, tristeza y hastio. Pero un hallazgo inesperado viene á reanimarlo; encuentra allí un día una familia alemana, compuesta de tres personas, padre y dos hijos, el uno un niño y la otra una jóven; los cuales por circunstancias extraordinarias, han seguido el mismo camino que él. Refiérole el padre su historia y le pide se quede á vivir con ellos, trabando una dulce y sincera amistad.

Entre tanto se pasa el tiempo, viene el verano y con él el día largo de seis meses; despues el otoño y el día fijado por Valaka para su vuelta. Preséntase, pues, de nuevo la adivina á Lanfranco y le dice que viene á buscarlo, si quiere volver al mundo. El dice que no; que está resuelto á quedar allí. Entonces ella se despide de él; le dice que se acerca el día de su muerte, y

debe volver á la tierra de sus padres para dejar allí su cuerpo, pero antes debe declararle el porvenir. Le anuncia que los hombres hallarán pronto el camino del Polo y le contaminarán con sus desórdenes. Que se apremie á ser feliz mientras el destino se lo permite; que tome por esposa á la doncella y alegre la vejez del anciano, y que aproveche los días que la dicha le señala. Después de anunciarle todo esto, se vá á cumplir su destino y termina el poema.



LA VIDA EN EL PÓLO

INTRODUCCION

Ancha corona de perpétua nieve,
Baluarte inespugnable, el Polo ignoto
Rodea y ¡ay! de aquel que á hollar se atreve
El círculo vedado! Helado Noto
El hálito de vida le sofoca
Y fría tumba le dá el hielo roto.
Muchas veces el hombre en su ansia loca
De conocer lo oculto é ignorado
Allá intentó llegar, mas siempre choca
Su vana empresa contra el desolado
Páramo, do Natura queda inerte
Y eterna noche ó dia continuado
Reina. ¿Mas no ha habido un hombre fuerte
Mas que los otros? ¿No hubo alguna senda
Que lo llevase con propicia suerte
Del mundo hácia el confin? y en la contienda

Venciendo, un dia el limite esplorase
Que á los demás encubre oscura venda?
Secreta voz sus confidencias hace
A mi espiritu y dice que sí hubo
Senda hácia el Polo y hombre que llegase.
De quien viene no sè, mas siempre tuvo
Certeza el alma de que es voz segura,
Aunque no sabe si despertá estuvo
O en sueños escuchó; mas con dulzura
El relato gustando, quedó impreso
Y á referirlo en tanto se apresura.
Oh tú! que me hablas cuando un velo espeso
El crepúsculo tiende y la campana
Invita el alma á misterioso rezo;
Voz de otros mundos, vaga forma humana,
Espiritu sutil, sombra ligera,
Tan presto cerca, cual de mi lejana;
Otra vez vuelve y siempre verdadera
Ayúdame á contar lo que en extraño
Idioma (cierto de la tierra no erá)
Me referiste. Lejos sea el engaño!
Y lejos la ficcion! Cosas mas raras
Muchas veces, oh mundo, presenciaras,
Y á las quimeras no eres tan uraño!

CANTO I

El grande y áureo siglo diez y nueve,
Entre todos los siglos ensalzado,
Que de la ciencia en los raudales bebe;
Entre tantos inventos como ha dado
Al mundo, aquel mas útil y glorioso
De hacer feliz al hombre no ha encontrado.
Siguen los males, sigue el doloroso
Camino, por dó siempre él ha ido,
Y entre tantas riquezas no es dichoso.
Era Lanfranco noble y muy cumplido
Caballero, de Francia al mediodía
En un castillo señorial nacido.
De inclito nombre, príncipe sería
Que á muchos hombres y pueblos mandara,
Si en pié estuviera su alta dinastía.
Mas la Fortuna, de voluble cara,
Que á veces mira al hombre muy propicia
Y á veces sus enojos le depara,
El castro les quitó. Aun la injusticia
Lerciana está, mas la época presente
Los tronos, como fábricas desquicia
De postado carton y su esplendente
Fábrica destruye. Mas si á estos destruyera,
Las riquezas y bienes suficiente

Caudal dejóles, con que lisonjera
Hacer la vida y grande y fastuosa,
Si en su pecho ya el júbilo cupiera.
Como avecilla alegre y bulliciosa,
Cautiva entre las rejas de dorada
Jaula, que anhela el campo y la anchurosa
Region del aire y nunca coartada
Volar; así Lanfranco la paterna
Mansion llegó á odiar; su sosegada
Y severa quietud, pereza eterna
El juzga; ver alegre al mundo ansia
Y un nombre conquistarse. Mas la tierna
Solicitud de madre y la bravia
Entereza del padre le retienen
Y largos años la quietud le hastia.
Muerto su padre, nuevas ansias vienen;
Lucha por fin con el materno afecto,
Pero las madres blando pecho tienen
Para sus hijos; dice él, «que perfecto
No puede ser jamás un caballero,
Ni se tiene de él un buen concepto,
Si el mundo no ha corrido.» A tan certero
Argumento la dama al cabo cede,
Dánse su adios! y él parte placentero.
Paris, con quien ninguna ciudad puede
Competir en el mundo en la belleza,
Centro de los placeres con que excede

Los deseos y mágica embelesa,
Como Circe, con raras invenciones,
Y á los ricos cautiva con destreza;
Paris le llama. Allí las ambiciones
Ancho campo hallan, mas tambien se dice
Que pululan malignas tentaciones.
A Paris fué Lanfranco y cuán felice
No se halló al ver su gloria y su esplendente
Belleza! No hay vision que así idealize
En sus sueños fantásticos la mente,
Cual la hallaron sus ojos asombrados
En aquella ciudad resplandeciente.
Presto probó sus goces codiciados,
Recorrió sus excelsos monumentos,
Visitó sus palacios encantados;
Sus teatros, dó científicos inventos
Se combinan y el arte es esquisito,
Do se ven nuevos cielos, mares, vientos.
Su culta sociedad que ha prescrito
Sus costumbres y dicta á las naciones
De la moda el supremo requisito.
¿Qué no veria allí? De las regiones
Acuden mas diversas y apartadas,
Rusos, Etiopes, Chinos, Patagones.
Los que habitan las selvas abrasadas
Del Africa y América, ó que viven
Donde reinan las nieves congeladas.

Todos allí con gozo se reciben
Y el continuo espectáculo alimentan,
De cualquier pueblo ó litoral que arriben.
Cual á Lanfranco, á cuyo nombre sientan
Ilustres apellidos agregados;
Con las riquezas que su lustre aumentan,
No recibió! Sus centros celebrados
Se abrieron á su paso, en sus salones
Halló atractivos mil y mil agrados.
Como se abren de rosa los botones
Al venir la dichosa primavera,
Germinaron así sus ilusiones.
Una era dorada y placentera
Para él empezó, y tras los honores,
Tras las pompas corrió y tras la quimera
Que amor se llama; y ante sus fulgores,
Los honores y pompas acudieron
Y el amor acudió con sus fautores.
Así los meses plácidos corrieron
Y los años pasaron tras los meses,
Y siempre fiestas, viajes, goces vieron.
Mas en el mundo cerca los reveses
De las fortunas andan, y las penas
Cuanto mas suben del gozar las creces,
Mayores son. En medio á las amenas
Praderas donde pacen los rebaños,
Dó crecen amapolas y verbenas,

Hay sierpes venenosas. Ya diez años
Eran pasados de esta alegre vida,
Cuando se vieron sus ocultos daños,
Era Lanfranco de indole cumplida
Y en dádivas sus manos generosas,
De alma sencilla, en la amistad creida ;
Rebelde á la ficcion, las engañosas
Tramas y ardides nunca conociera,
Con que asechan, cual bestias insidiosas,
Su presa muchas gentes, y así abriera
Su crédito y sus arcas á mas de uno
Que semblante de amigo le fingiera.
Como vasija ó cántaro moruno
Que el español, de néctar excelente
Llenó, si acaso por torpeza alguno
Leve hendidura le hizo, lentamente
Se vá perdiendo hasta quedar vacío ;
Así fué de Lanfranco la luciente
Fortuna. Su riqueza y señorío
Fué menguando por falsas amistades
Y el desengaño vino ya tardío.
La incuria de sus propias heredades
Y sus gastos enormes añadieron
A la ajena traicion y las maldades.
Su ruina fué completa ; se vendieron
Su castillo y sus tierras y á las manos
Pasaron de otros. Mas no solo vieron

Sus ojos estos males, *que son vanos*,
Dice el proverbio, *cuando solos vienen*
Y séquito no traen de sus hermanos.
Hay hombres que en intrigas se entretienen
Y urdir tramas políticas sin cuento,
Por ver si un día á un alto puesto vienen ;
En sus manos falaces dió sin tiento
El cuitado Lanfranco, y cierto día,
A causa de su excelso nacimiento,
Excitaron su ardiente fantasía,
Y á sueños de oro vióse arrebatado
De restaurar su nombre y dinastía.
Entónces se prestó desatentado
A un necio plan, que el ojo vigilante
Del que dirige el carro del Estado
Apercibió, y cayendo en un instante
Sobre ellos se vió desvanecido.
Como el ciervo ligero y anhelante
De la trompa de caza ante el sonido,
Así huyeron sus falsos compañeros,
Y él fué solo entre todos perseguido.
En una cárcel triste prisionero
Se vió en castigo de su loca empresa
Y del guardian miró el semblante fiero.
Oh qué días amargos, de tristeza
Llenos allí probó! qué desengaños
De la amistad, del mundo, y su grandeza!

En la negra prision pasó dos años,
Mas si acerbos los días de su vida
Allí fueron, aun días mas extraños
Pasó de su prision á la salida ;
Ya no vio aquel París con los colores
Risueños que sonrió á su venida
Y que el camino le sembró de flores ;
Ahora e pinas y ásperos abrojos
Le cejéran y mil duros sinsabores.
Una vida de afán y de sonrojos,
De abandono y de misera pobreza ;
Donde antes risas, halla ahora enojos.
Los amigos que antes su largueza
Gozaron, ahora le huyen, y las bellas
Damas le vuelven frias la cabeza.
Las damas, que cual plácidas estrellas
El sendero de amor le iluminaran
Y en cuyo pecho nunca halló querellas!
Cual si los cielos todos se quebráran
Y en pedazos cayendo sobre el mundo,
Los hombres y París desmenuzáran,
Así fué para él ; ódio profundo
A lo que antes amó, germinó en su alma
Y desdén por los hombres sin segundo.
Su falsía y maldad la dulce calma
En que viviera, le quitó traidora ;
Como la maga que á enemigo ensalma

Sus pasiones se truecan en una hora
Y lo que antes amó, ahora aborrece ;
Asi Lanfranco lo que amó deplora.
Cruel horda de salvajes le parece,
Rebaño de feroces animales,
Erial dó el hongo venenoso crece,
La sociedad que sus acerbos males
El efecto de encanto han producido
Y ya detesta á todos los mortales.
Huir de ellos quiere adonde nunca ha ido
El hombre, ó á cualquier tierra desierta
Donde la voz humana no se ha oido.
Ya nada le detiene, porque es muerta
Su tierna madre, no sin que sintiese
El fracaso que á su hijo ahora despierta.
Mas no todo ella vió, pues que parece
Que el cielo ahorrarle quiso tan cruel pena
Bien que una vaga angustia padeciese.
Huyendo, pues, Lanfranco á mas serena
Y tranquila region, atravesando
Las ondas del Atlántico, á la amena
Isla de Cuba fué: de alli pasando
Al continente, la América Española
De un pueblo á otro vá peregrinando.
Como en medio del mar inquieta ola,
Què se levanta y cae, mas no sosiega
Hasta no hallar alguna playa sola ;

Así Lanfranco á Venezuela llega,
De Venezuela al Ecuador ardiente,
Del Ecuador hácia el Brasil replega.
El Brasil, paraíso sorprendente
De tropical belleza, donde el cielo
A aves é insectos dió el mas esplendente
Esmalte, mas tambien dó el dulce anhelo
Del corazón humano está estinguido. . . .
De esclavitud se cierne el negro velo!
No halló reposo allí, mas abatido
Siguió camino á la vecina villa,
Donde el Plata en el mar entra impelido.
Montevideo, cual sirena brilla
En su risueño puerto; majestuosa
Buevos Aires descansa en la otra orilla.
Allí vino tambien; su numerosa
Gente admiró, su brillo y su riqueza,
Mas su alma fatigada no reposa.
¿Por qué ha de reposar? si su flaqueza
El bullicio y la gente le recuerda
Y renueva su hastio y su tristeza.
A la desierta Patagonia acuerda
O á una isla pasar del Océano,
Dó las ciudades la memoria pierda.
En un buque que á Chile vá, el lejano
Cabo doblando de las tempestades,
Se embarca, mas el hado por la mano,

Le lleva ya. Del mar las soledades
Poco exploradas toca, de los raros
Barcos temidas por sus veleidades.
Costas extrañas dó no brillan faros,
Rocas agudas dó se hallan puertos
Ni sitios favorables á reparos.
Mas sereno está el tiempo y los expertos
Marinos desde lejos ya divisan
Los promontorios, entre bruma inciertos,
De América el confin. Las velas rizan
Poco á poco ligeros vientecillos
Y mil nubes pequeñas se deslizan.
Alegres van los viajeros sencillos,
Mas el piloto teme, y presto osoman
En el Poniente los siniestros brillos.
Encima está ya la tormenta y toman
Fuerza los vientos desde el Sur viniendo;
Los marinos las velas desmaroman,
Mas tarde es ya; la tempestad ruiendo
Olas levanta que á los cielos tocan
Y el buque azota con vaiven tremendo.
Los palos destrozados ya se chocan,
Y cruge el amazon y los costados
Sin fuerza suficiente se dislecan.
¡Triste navel del viento arrebatados.
Sin poder gobernar sus directores,
Como cáscara, vá á los afilados

Escollos á quebrarse. Los horrores
De la noche el peligro y miedo aumentan
Y resuenan los llantos y clamores.
Los viajeros, que casi ya no alientan,
A los santos suplican; mas en vano,
Que del mar los furoros acrecientan
Y la nave se traga el Océano.

CANTO II

Árida costa de elevadas rocas,
A cuyo pié brama la mar salada,
Y en lo alto gritan las gaviotas locas;
Mas allá se dilata una esplanada,
Dó silvestres arbustos solo crecen
Y raquíticos pinos; mas sembrada
Toda está de peñascos que parecen
Las grutas imitar, y algun asilo
Contra los vientos y la lluvia ofrecen.
Es la Tierra del Fuego, donde un hilo
De humo al hombre mostrárá; tierra extrema,
Dó se angosta la América en un filo
Y de pronto termina, cual si tema
Del Antártico helado el rigor sumo.
Desierto el sitio está, mas cierto el lema

Se vé otra vez: leve columna de humo
Denuncia un sér humano á ciencia cierta,
Que allí prepara su fruga! consumo.
De una caverna, en dura peña abierta,
Una mujer está, que ha encendido
Pequeño fuego ante la angosta puerta.
Alta ella es y extraño su vestido,
Que no componen pieles de animales,
Mas de lana sombría está tejido.
No viste cual los pobres naturales,
Ni pertenece á su deforme raza,
Infeliz entre todos los mortales.
Negra manta, cual túnica, le abraza
Desde el cuello cayendo, el cuerpo entero;
De piel un cinturón en torno pasa
De su busto; su rostro es muy severo,
De cobrizo color, mas su delgada
Curva nariz le dá un aire altanero.
Su larga cabellera plateada
Largos años denota, y ancha venda
La retiene en la sien y derramada
De allí cae por los hombros. Quien atienda
Sus nobles rasgos, fuerza es, si examina,
Que una persona no vulgar comprenda.
Es Valaka, la célebre adivina,
De los antiguos Incas descendiente,
Que hácia el ocaso del vivir declina.

Estinguida su raza inteligente
En las artes y ciencias imbuida,
Ella el secreto conservó en su mente.
Nadie sus años sabe, mas su vida
Por los años comunes no se cuenta,
Cual de otros la mezquina y reducida;
Siglos tal vez tendrá y aun fuerte alienta!
Tampoco su morada no está fija,
Que en una gruta en cualquier parte asienta.
Las tribus la conocen y prolija
En dar remedios es á quien ansioso
Consulta su saber, ó le dirija
Con sus consejos pide: el nebuloso
Porvenir para ella no está oculto,
Que así lo lee, como en un día hermoso
Se ven las cosas todas; ella el culto
Del grande y sumo Espíritu profesa,
Que adoraron sus padres y el inculto
Pueblo en el sol simbolizó. Ella impresa
Como en un libro, dentro el pecho tiene
La ciencia de la gran Naturaleza.
De dó el calor, de donde el frío viene,
Donde nacen los vientos desatados
O qué causa en la calma los retiene.
El curso de los astros, los variados
Signos del cielo y su diversa influencia,
Del Polo los secretos ignorados.

Ella posee del corazón la ciencia
Y conoce sus penas y pasiones
Y las cura con rara inteligencia.
Mas á otra obra se aplica : los tizones
Compone ahora de pequeña hoguera
Y de alimento cuece dos raciones.
Que paseando el día antes la ribera,
Un náufrago encontró que miserable
Imágen de la muerte solo era.
Exánime yacia con un cable
A unos palos de buque asegurado ;
El cable ella cortó y sin que hable,
Conociendo que aún vive, le ha llevado
A su gruta, y con médicas pociones
Y con friegas su cuerpo ha confortado.
Muchas veces cristianos corazones
En pecho infiel se alojan, y el primero
No será este que en duras ocasiones
Valaka haya auxiliado y el sendero,
Dó entre gentes volver, le haya mostrado.
En su caverna el misero extranjero
La vida halló; mas quién será? Sentado
Le vemos ya á la entrada de la gruta
Y la adivina así le ha interrogado :
«¿Quién eres, dime? A dónde era tu ruta?
¿O en qué nave venías, oh cristiano?
Tu rostro blanco ¿qué pesar enluta?

Tú no naciste en nuestro suelo indiano,
Sino al Norte en diverso continente ;
Habla, que aquí no habrás venido en vano.»
Así dijo la maga brevemente,
Que de muchas palabras no es amiga,
Mas en pocas encierra mucho y siente.
El extranjero dice así: « Me obliga
La gratitud que os debo á daros cuenta,
Ya que el destino á ti mi suerte liga.
Yo en la Francia nací, país cuya menta
Habréis oído, pues no hay tierra alguna
Que de seguir sus usos esté exenta.
Es mi nombre Lanfranco, y la fortuna
De bienes me colmó, de los que aprecia
El mundo y me mecía en noble cuna.
Mas cual ella es mudable y como es nécia
La confianza que en ella deposita
El hombre, me mostró mi suerte recia.
Ella á subir á lo alto amaba invita
Y nos llama con plácido semblante,
Mas traidora en un punto precipita.
Mi destino al principio fué brillante
Y á subir empecé y obtuve honores
Y disfruté placeres anhelante.
Mas amigos desleales y traidores
Mis bienes con engaños mil me hicieron
Perder, y me llenaron de dolores

Y de oprobio mi nombre. Despues rieron
Viéndome á la pobreza reducido,
Y el rostro desdeñosos me volvieron.
Desde entonces furioso he aborrecido
Los hombres, huir de ellos me propuse,
Por mi adverso destino perseguido,
Errante he andado desde donde luce
Sus Antillas la América primera,
Hasta esta tierra ; pues un dia puse
El rumbo hácia el Pacifico en velera
Nave, buscando una isla solitaria
Dó tranquilo pasar mi vida entera.
Lo demás tú lo sabes; como varia
Es la suerte del mar y nuestra nave
La tempestad deshizo. Necesaria
Su historia no és, pues tu alma sabe
En que misero estado yo me hallara.
Mas decidme, antes que el relato acabe,
¿ Quién eres tú ? y porqué suerte rara
Te hallas aqui? ó en fin, qué pais es este,
Que mi alma nunca tal imaginara?»
Dijo él así; ella antes que conteste
Tres veces le miró y al fin le dijo:
«Escucha mis palabras, y se apreste
Tu corazon, pues desde hoy como hijo,
Te he de tratar y una dichosa suerte
El hado te reserva : á él te dirijo.

Esta costa desierta y tierra inerte
Es la Tierra del Fuego, dó termina
La Patagonia, y cual region de muerte,
Temida, pues al Polo se avecina,
Que señala la Cruz pura y brillante.
Yo Valaka me llamo y adivina
Soy de las tribus Indias, descendiente
De linaje mejor, pues cierto vengo
De aquellos Incas, cuya raza ardiente
El Perú gobernó. La ciencia tengo
De conocer lo oculto y lo futuro,
Y mis años ya largos entretengo
En curar males y decir lo oscuro.
De una region á otra marchó errante,
Hasta que llegue el día en que ya puro
El espíritu vaya á la radiante
Y clara esfera, dó los numerosos
Signos del cielo dán vuelta constante.
Entre tanto, si firmes tus ansiosos
Deseos son, de huir de los mortales,
Que se manchan con actos bochornosos;
(Cuál ellos son y sus engaños cuáles,
Bien sé, pues he vivido en las ciudades
Y conozco sus plagas y sus males)
Vén, yo te llevaré á unas soledades
Inmensas y que aún no ha conocido
El hombre, ni conocen sus maldades.

Polo Antártico llámanle y temido
Es por el frío aún mas que su contrario,
Pues se halla todo en torno defendido
De un gran cerco de hielo; temerario
El que osase llegar, muerte hallaría!
Mas yo bien sé que él es hospitalario,
Un camino hasta él hay, hay una vía,
Yo misma muchas veces la he andado;
Cuál descubrirla el hombre desearía!!
Pero el cielo tenaz se lo ha negado,
Y yo la voluntad del cielo sigo
Que lo que él aún ignora me ha mostrado.
Dame tus manos, que en tu frente leo;
Mas la mano el destino manifiesta
Mejor, y que eres fiel al cielo creo.
Entre tanto medita tu respuesta,
Que es una empresa que valor requiere
Y un pecho que fatiga no molesta.»
Dijo ella así, mas como aquel que viere
A la Luna bajar de sus alturas,
Ú otro prodigio que tan grande fuere;
Lanfranco mudo queda, y en sus puras
Facciones el asombro se traduce,
Y presa es de mil congojas duras:
No sabe si á la muerte le conduce
Aquel camino, y aunque el mundo huyera
Morir teme. Un deseo lo seduce

También, de ver lo que ninguno viera
Y contemplar el término ignorado
Del orbe, de que tanto hablar oyera.
Mas presto su temor es disipado,
Vence el anhelo de lo extraordinario,
Y luego aquella maga le ha salvado.
Dijo así pues: « Al grande itinerario
Y á seguirte doquiera estoy dispuesto:
Solo deseo un sitio solitario,
Dó mis años pasar y algun repuesto
De viveres hallar y blando clima. »
« Uno y otro hallarás (dijo ella á esto);
Mas aun no es tiempo de que demos cima
A nuestro intento, puesto que el verano
A la region polar el globo arrima
Igneo del sol, liquida y hace vano
El hielo que en mil bloques desgajado
El paso cierra á todo sér humano.
Mas al fin del otoño se ha formado
Por el frio otra vez y consolida,
Y se abre el sendero codiciado.
Las bestias lo conocen y guarida
Hallan hasta que tocan la llanura
Feliz del Polo al hombre prohibida.
¿ No veis gamos y zorras con cordura
Hácia el Sur avanzar, cuando severa
Descarga su rigor la estacion dura? »

¿ No veis como su vuelo allí acelera
De aves la falanje y todos vuelven
Cuando vuelve la alegre primavera? »
Al otoño esperarse pues resuelven
Y mientras dura la estacion caliente,
No deja ella que sus manos huelguen.
Recoje toda yerba que alimente
Y frutas y raices harinosas
Y las seca y prepara inteligente.
Que toda tierra cria numerosas
Humildes plantas, que la Providencia
Al sustento destina, mas la ciencia
Aun las ignora, como muchas cosas.

CANTO III

Del Capricornio ardiente se retira
Y hácia el lejano Cáncer se dirige
El sol, y ya mas corto el dia gira .
El Otoño ha empezado, y frio rije
El hálito del Sur, que trae la nieve,
Que despoja los árboles y afiije
A las bestias y al hombre, si se atreve
A vivir en la tierra desolada
De los hielos, que al fuego el nombre debe.

Es la época del viage señalada,
Y á partir se preparan cuidadosos
Lanfranco con su guía experimentada,
De silvestres guanaco's los hermosos
Cueros cosiendo, fórmanse un gran manto,
Volviendo para adentro los sedosos
Pelos, cual forro; y á sus piés en tanto
De becerros marinos fuerte cuero
Las botas proporciona, que el quebranto
De guijarros impidan cual de acero,
Y de las nieves la impresion terrible,
Que los extremos queman al viajero.
En grandes sacos todo el comestible
Reunido encierran, pedernal de fuego
Y estopa en abundancia combustible,
Su equipaje cargando, bajan luego
Del Oceano undoso á la ribera
Y en un recodo, donde hallan sosiego
Las olas alteradas, los espera
Pequeño barco, que para este intento,
Por los Indios construir Valaka hiciera.
Entran en él y con propicio viento
Vogando rumbo al Sud ligeramente,
Presto no vén sino agua y firmamento.
La pesada marea rudamente
Bate el esquiife y al timon la maga
Lo conduce con mano inteligente.

Por las vastas llanuras leve vaga,
Dó pace de Protéu el fiel rebaño
De morsas y de focas; donde traga
Montes de agua y los vuelve con estraño
Impetu la ballena enorme y tardia,
Y entre ellas pasan sin hacerles daño.
Por fin arriban á una gran bahia
En una tierra aun no bien descubierta,
Que mira al lado donde cae el dia.
De Trinidad la llaman y desierta
Toda está y de los hielos oprimida,
A la vegetacion nunca despierta.
Allí no hay séres que posean vida
Mas que focas que juegan en la orilla
Y tienen en los mares su guarida.
Tambien se ve pasar leve cuadrilla
De aves que de América provienen,
O de gamos y zorros cual trailla,
Que avanzan hácia el Sur; de donde vienen
Y á donde se dirigen nadie sabe,
Donde sus pastos y guaridas tienen,
Allí descansa la pequeña nave
De su feliz, mas larga travesia,
Y entre las rocas quieta otra vez cabe.
Al descanso consagran ese dia
Los viajeros y en una peña hendida
En breve al fuego alegre llama envia.

Parten despues; Valaka que no olvida
Nada, hácia el Sudeste rumbo toma,
Y se engolfan entrambos sin salida
En un dédalo inmenso; allí una loma,
Allí un pico de nieve emblanquecido,
Allí un valle se vé, mas nunca asoma
Un indicio de vida; el estendido
Pais no ofrece mas que la blancura
De la nieve y su frio aborrecido.
Del valle suben á una gran altura,
Y bajan otra vez al llano helado,
Y se pierden parece en la angostura
De encadenadas rocas: no hay cuidado!
Que Valaka conoce bien la senda
Y su ojo jamás se ha engañado.
Ya en breve dia el sol su rayo encienda,
Ya se prolongue noche dilatada,
En su camino no hay error ni enmienda.
Por los astros se guía y la argentada
Luna sus pasos plácida esclarece,
O de aurora polar la luz rosada.
Por fin la gran entrada ya aparece
Que hácia el Polo conduce y que siguiera
Ya Valaka otra vez; abierta vése
Entre dos altas peñas, cual cantera
Que del trabajo hendió pico cortante;
De allí se sigue larga carretera

De inmensas rocas, cual pared tajante,
De un lado y otro siempre rodeada,
Que en mil senos y vueltas va adelante.
Por allí pasan una y otra alzada
Tropa de gamos, que al rigor huyendo
Del círculo glacial, á su invernada
Del Polo ván, y líquenes paciendo
En el largo camino se sustentan,
El hielo en ciertos sitios descubriendo.
Las aves en la tierra no se asientan
En el trayecto inmenso, mas de un vuelo
Desde orillas del mar al Polo alientan;
Y pasan numerosas por el cielo,
Cual larga cinta gris ó blanquecina
Que en mil lazos replega un vago anhelo,
Allí llegan Lanfranco y la adivina
Y penetran al paso misterioso
Que hácia su fin seguros los destina.
Otro día dedican al reposo
En un antro en el suelo socavado,
Cual por la mano de hombre artificioso,
Que todo aquel camino está tallado
De jornada en jornada y con segura
Intencion al descanso preparado.
¿Quién abrió aquellas grutas? ¿La Natura
O el hombre? ¿Qué hubo un tiempo antiguamente
En que el Polo habitóse, acaso augura?

Nadie lo sabe; mas la llama ardiente
Con la estopa y con leños alli hallados
Brilla y fuerza es la habitacion caliente.
Cuecen los alimentos preparados,
Las frutas y raices que trajera
Valaka, y en las pieles recostados
Se duermen. Una vez su órbita entera
La Luna por el cielo ha recorrido,
Desde que aquella senda entrada diera
A los viajeros; toda la han seguido
De este modo, en cavernas descansando
Y al término ya tocan pretendido.
El sol ya medio disco vá mostrando
Y de dia un destello solo ofrece;
Ya la noche larguísima llegando
Con sus sombras eternas aparece,
A envolver aquel mundo triste y yerto
Que de nieve un sudario atar parece.
Mas ya el limite tocan del desierto
Un país mas ameno se vá abriendo
Y de Lanfranco el ánimo inexperto
Alegra; algunos pinos van saliendo
En colinas mas suaves y pendientes
Y del frio el rigor disminuyendo.
Avanzan, y llanuras mas sonrientes
Encuentran cada vez y mas templados
Los aires y murmuran las corrientes.

Que del sol á aquel término llegados
Los rayos en la atmósfera mas densa
Se detienen y vuelven refractados.
Y así mantiene en la region extensa,
Dó la Tierra se aplana, un blando clima,
Que el frío y el calor igual dispensa.
La luz tampoco (aunque en profunda sima
Hunda su faz el astro radiante,
Y de la larga noche no se exima)
Al Polo falta, pues fulgor brillante
Dan las auroras con su luz dorada,
Y vuelven con intervalo constante.
Y la Luna tambien multiplicada
Muchas veces se vé y su blanca cara
Mas alumbra en el cielo reflejada.
Y una eléctrica luz, intensa y rara,
Que del eje del orbe desprendida
A tiempos se difunde y todo aclara ;
A toda otra region desconocida,
Alli del igneo sol suple el defecto
Y á la vez el calor lleva y la vida.
Así mil plantas de un estraño aspecto
A aquel calor y aquella luz germinan,
Y bosques forman del mas raro efecto
Cual las plantas del trópico, que hacinan
En costoso invernáculo, abrigado
Por los cristales que el calor combinan ;

No menos en el Polo calentado
De este modo, las plantas bellas crecen,
A pesar de su círculo nevado.
Vigerosos helechos allí mecen
Sus largas palmas de azulada tinta,
Y cual cactus los líquenes florecen,
Elevados, carnosos, y les pinta
De albo color sus hojas la Natura
Y las replega como una ancha cinta.
En unos y otros frutos mil madura
En que ha encerrado jugos suculentos
Y suave gusto al paladar procura.
Mas cual brotan las yerbas caprichosas
Y los arbustos en feraces prados!
Unas largas, delgadas y pelosas
Cual son los animales; recortados
Sus ángulos en cuadro otras; sus hojas
Matizan los colores mas variados.
Estos las tienen grises, mas con rojas
Tintas ó azules al color mezcladas:
Aquellas de amarillo, cual ya flojas
Se ven en nuestros árboles, quemadas
Por la helada primera, y luego vuelan
Por el cierzo de otoño arrebatadas.
Estrañas flores por su olor revelan
Su existencia, que nadie sospechara,
Que con el verde sus encantos velan.

De aves allí no falta la algazara,
Mas en nada á las otras se asemejan,
Pues Natura tambien diferenciara
Su canto y su plumaje ; no reflejan
Del trópico las tintas relucientes,
Mas no por eso de ser bellas dejan.
Que sus plumas rizadas por calientes
Fierros parecen, ó sin tubos nacen
Sedosas como pelos y pendientes.
En los fértiles valles tambien pacen
Los blancos gamos de astas enramadas,
O sus oscuras madrigueras hacen
Las zorras y las liebres ; admiradas
Al aspecto del hombre, quietas quedan,
Pues aún no han sido de él hostilizadas.
Y así otras bestias sin que darse puedan
Sus nombres, pues aún son desconocidas,
Como las selvas vírgenes que heredan.
Cual de la oscura Noche conducidas
Acuden las quiméricas visiones
Y en la mente se mezclan confundidas ;
Despues cuando huye el sueño, y sus ficciones
Desvanece la luz del claro dia,
Aún duran sus estrañas impresiones ;
Así Lanfranco extático veía
Aquel mundo fantástico, mas cierto,
Y de su mudo asombro no salia,

Pero Valaka interrumpió el incierto
Curso de sus razones y le dijo :
«Tú no creas soñar, mas bien despierto
Estás y lo que ves es real y fijo!
Hé aquí la region á que ofreciera
Yo conduciros ; que os quedeis no exijo.
Mas si os quedais, con que vivir doquiera
Frutos sabrosos hallaréis á mano ;
Yo parto ; que mi vida pasajera
A otros puntos me llama ; otro verano
Pasado, yo á buscaros entretanto
Volver prometo y pienso hallaros sano. »
A estas palabras de su suave encanto
Salió Lanfranco y á quedar resuelto
Responde á la adivina ; ella su manto
Toma y su saco, y hácia él el rostro vuelto,
Dále su adios ! y rápida se aleja ;
Mas él siente cuán presto ella le deja
Y aún por su rostro corre el llanto suelto.

CANTO IV

Vagando por el Polo solitario
Anda Lanfranco, en largas escursiones,
Con que provee á su sustento diario.
Allí encuentra en las plantas por millones
Semillas suculentas y harinosas
Y los frutos del liquen, cual botones,
Que las tunas de América melosas
Producen, y otros frutos abundantes,
Engendros de las selvas caprichosas.
Allí brotan las fuentes incesantes,
Y cerca de ellas forma una cabaña
Con las ramas de helecho exuberantes.
Ninguna fiera en esos sitios daña,
Ni hombre maligno allí ha penetrado ;
Bastan los muros de ligera caña
Y de yerbas pajizas el techado,
Que defienda de lluvias y de vientos
O el aire de la noche destemplado.
Serenos de su vida los momentos
Asi discurren, distraccion no falta,
Pues la ofrecen del Polo los portentos.
Mas despues de algun tiempo, cruel le asalta
Una congoja ; de otro ser la ausencia
Con quien comunicar la baja ó alta

Marea de su mente. La demencia
Que un día el pecho le agitó furiosa
Y el ódio á toda humana descendencia
Cede un poco; la maga bondadosa
Entra mucho en el cambio, y aun estraña
Su vista y su palabra sentenciosa.
Un día que abandona su cabaña
Y en estos pensamientos vaga errante,
Llega hasta un valle que tranquilo baña
Cristalino arroyuelo hácia adelante
De fructíferos pinos selva espesa
Se eleva, y á favor de una brillante
Aurora, allí se interna. Cual sorpresa
No siente, cuando llega hasta su oído
Lo que solo la voz humana expresa!
De confusas palabras el sonido
Escucha y de una hacha en lontananza
Los golpes y de leños el crujido.
Su corazón agita la esperanza
De hallar en su retiro un compañero,
Y hacia los golpes presuroso avanza.
Por fin entre los pinos el austero
Semblante de un anciano se divisa,
Vestido todo de lanoso cuero.
Su larga barba libre se desliza
Por el pecho y blanquea cual lá nieve,
Y botas de curtido cuero pisa.

Mas lejos un muchacho ágil se mueve
Y la leña cortada diestro ordena,
Para que cada cual sus haces lleve .
Grave es del viejo y de nobleza llena
La apariencia y denota blanca raza ;
La del muchacho cándida y serena
Y su figura muestra hermosa traza ;
Sus ojos de color claro azulado,
Y su rubio cabello el hombro pasa ;
De pieles cual su padre, está forrado.
A ellos pues Lanfranco se presenta
Y á uno y otro mudos ha dejado
El asombro, y su pasmo el miedo aumenta
Pues que débiles son ; mas el primero
Les asegura de que mal no intenta.
Por fin habló el anciano : « ¡Oh extranjero !
¿ Cómo has llegado aquí ? ¿ Quién te mostrara
Del Polo solitario el gran sendero ?
¿ Quién eres y qué buscas ? pues tu cara
De perversos designios no dá indicio,
Mas la bondad y la virtud declara.
Así dijo el anciano, y recto juicio
Demuestra y que sincero es su lenguaje
Y que á Lanfranco su ánimo es propicio
Su idioma no es tan raro cual su traje,
Y Lanfranco por cierto bien lo entiende,
Aunque oir aleman en tal paraje

No espera. En breves términos comprende
Su nombre, y de su viaje un fiel relato,
Y el anciano hasta el fin con gusto atiende.
Así que terminó, le dijo: «Grato,
Oh jóven, aquí hallaros nos ha sido;
Venid á nuestra choza, y vuestro trato
Mas tiempo gozaremos; aún no se ha ido
La aurora que estos sitios ilumina,
Vamos antes que el día haya concluido».
Marchan, pues, á la choza que vecina
Del bosque está y situada en la pendiente
Que forma, al salir de él, una colina.
Guia la senda el niño que impaciente
Con el huésped está y regocijado,
Pues apenas confuso allá en su mente
Un recuerdo del mundo ha conservado.
Con los troncos de pinos la cabaña
Formada está, de helechos el techado!
Y á la luz, que ya opaca sombra empaña,
Se descubre á la puerta una doncella,
Que con sus manos ágiles se amaña
En domésticas obras; blanca y bella
Es su tez, cual el cándido plumaje
De los cisnes; azul rayo destella
Su mirada luciente, el blanco traje
De pieles muestra primoroso corte.
Y de rizadas fibras un encaje,

Semejante á las vírgenes del Norte,
En áureas ondas cae su cabellera,
Y como ellas, celeste tiene el porte.
Ella á su padre y á su hermano espera,
Mas, al ver como vuelve acompañado,
Sorpresa grande su semblante altera.
Mas, el viejo la aquieta y sosegado,
Cual antiguo patriarca, entra en la choza
De sus hijos y huésped rodeado.
En torno de una mesa que abundosa
Los productos del Polo, grata ofrece,
Se reunen en plática gustosa.
La noche en tanto negra se oscurece
Y al amor de un alegre y claro fuego,
Fuerza es que su historia el viejo empiece :
« Yo, Herminio me llamo, y desde luego
Estos que ves aquí, doncella y niño,
Mis hijos son ; por ellos dulce apego
Aun conservo á la vida ; mi cariño
En ellos largo tiempo se concentra,
Y aun mi barba el tinte del armiño
No habia tomado, que aquí solo se encuentra
Mi hogar. En Alemania soy nacido,
En aquellas regiones por donde entra
En sus tierras el Rhin y allí he vivido
Dichoso muchos años ; mas quién hubo
Que dichoso hasta el fin siempre haya sido ?

Mi dicha sus reveses tambien tuvo
Y se enturbió mi vida placentera,
Cual se enturbian las aguas por dó anduvo
Un mezquino animal: cual en la era
Un año de labor su fruto pierde,
Si lo envuelve el turbion que no se espera.
Mas decir tal desgracia me remuerde
Ante estos niños, pues la falta la hizo
De quien es justo el nombre se recuerde
Por ellos con amor. Mas se deshizo
Con golpe tanto de mi hogar el gozo
Y se trocó en infierno el paraíso.
Buscando olvido yo á mi afan penoso
A la América vine, acompañado
De estas dos prendas, bálsamo precioso,
Que en medio del dolor me ha confortado
Y hecho llevadera mi existencia,
Y en el trabajo siempre me ha alentado.
Mas se ofreció oportuna conveniencia
De pasar á la Australia y la fortuna
Buscando fui con viva diligencia.
Al dar la vuelta al Cabo, cual ninguna,
Horrible tempestad tomó la nave,
Y como al viento densa niebla aúna,
Perdióse el rumbo y donde solo sabe
Dios, por los vientos pronto fué llevada
Y en un banco encalló con daño grave.

Era un lugar desierto y nieve helada
Por todas partes solo se veía,
En los montes y valles congelada.
Un frío el mas agudo se sentía
Y las manos y rostros azotaba
Helado soplo que del Sur venía.
Ningun asilo al náufrago asomaba,
Y sin duda á esta hora el hielo inerte
Guardara nuestros cuerpos, que postraba
El cansancio y el hambre, si la suerte
Benigna un sér extraño allí no enviara,
Que nos salvó en aquel trance fuerte.
Era una mujer, no ví su cara
Pues encubierta toda la traía,
Y siempre cuidadosa la ocultara.
Que era el génio del Polo parecía,
Pues libre y fuerte entre la nieve andaba,
Y de lanas y pieles se vestía.
Ella á una gruta que allí cerca estaba,
A los niños cargando me condujo,
Donde una hoguera alegre ya alumbraba.
Ella un licor nos dió que nos produjo
La vuelta de la vida, que abatida
Parecía extinguirse; al suave influjo
Del licor y la llama, la comida
Sucedió, nuestras fuerzas restaurando,
De sustancia y sabor desconocida.

De allí fuimos así peregrinando,
A otras grutas abiertas en las peñas,
Siempre helado país atravesando.
Para seguir el rumbo ocultas señas
Debió tener sin duda nuestra guía,
Pues jamás ni en los valles ni en las breñas
Nuestros pasos erraron. No veía
Su semblante jamás, que por entero
Delgada piel, cual antifaz, cubría.
Su idioma extraño, para mi extranjero
Del todo no era, pues que en su lenguaje
Dominaba de América el primero.
De tal modo llegamos á un paraje
Donde el país cambió el cielo y clima,
Y á esta región feliz llegó mi viaje.
Su descripción es justo que me exima
De daros, pues en parte habeis mirado
Sus maravillas y cual grata cima
Ver lo demás será; pues no ha soñado
Otra región igual la humana mente;
Dios sabe para qué la ha reservado!
Solo os diré, Lanfranco, finalmente
Que cierta noche, cuando los sentidos
Nos embargaba el sueño mas potente,
Nuestra guía se huyó y con gemidos
En valde la llamamos; donde fuese
No sabemos, mas cierto que afligidos,

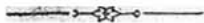
Ya no la vimos mas. Ella parece
Que viendo que ya no era necesaria,
Nos dejó y esto el éxito establece.
Nuestra vida no ha sido aquí precaria,
Sino feliz tranquila y abundante
Del Polo con la fauna y flora varia.»
Así dijo el anciano y su semblante
Dulce satisfacción en tanto expresa,
Mirando cual le favorece amante
La Providencia ; luego con franqueza,
« ¡ Oh, joven, dice, pues la suerte ha unido
Nuestro destino, y cual en una empresa,
Nos junta en un país desconocido
A los mortales, á esta humilde choza
Vente á vivir y el júbilo cumplido
Para todos será, en que hoy rebose
Nuestro pecho ; de un hijo tú á mi lado
La plaza ocuparás y mas gozosa
La llama brillará en mi hogar ampliado
Mis hijos mirarán en tí un hermano
Y acabaré mis días consolado. »
Lanfranco pues, del bondadoso anciano
La oferta acepta, y sus pequeños lares
Allí transporta con ligera mano,
Juntos pasan así los días polares
Que forman las auroras refulgentes
É interrumpen la noche en regulares

Intérvalos. Los bosques diligentes
Y los prados recorren que feraces
Les brindan con sus frutos atrayentes
Y el sustento les dan. En grandes haces.
La leña, que el hogar vivo alimenta,
Recojen y las noches en locuaces
Pláticas pasan. Cada cual se sienta
En su sitio á la alegre y clara hoguera,
De donde el sueño á cada cual ausenta.
Dulce candor que allá en la edad primera
Tan solo el mundo conoció naciente,
Entre ellos reina, y amistad sincera,
Que aquel anciano, como un sello ardiente
Imprime en blanda cera su figura,
Imprimió de sus hijos diligente
En el pecho las máximas que pura
Prescribe la virtud, y el extranjero
Tampoco no es extraño á su cultura.
Que bebió de su padre en el austero
Hogar la religion y honor cumplido,
Y el mundo no borró el sello primero.
Así pasa el invierno que aterido
El Antártico círculo comprime
Y en noche prolongada ha oscurecido.
Ya es tiempo que sus rayos aproxime
El bello sol y con su luz inunde
La region que en las sombras triste gime.

Como suave crepúsculo que funde
El color de la noche y de la aurora,
Y el júbilo en los ámbitos difunde;
Así el sol que se acerca rojo, dora
Las cumbres, y del día que mas dura,
Empieza la mañana encantadora.
Después muestra su disco con tersura
De nubes y vapores despejado,
Subiendo cada vez á mas altura;
Sin bajar al ocaso fatigado,
Mientras recorre el círculo espacioso,
De seis meses en viaje dilatado.
Cuál fiesta de la luz, el día hermoso
El ignorado Antártico ilumina
Y á aves, plantas y bestias dulce gozo
Sin cesar comunica. Así examina
Todas cosas Lanfranco, y con la usada
Luz sus prodigios mas certero atina.
En sus paseos le acompaña osada
La doncella y su hermano y aún de guía
Le sirven muchas veces; cuál le agrada
Recorrer en tan dulce compañía
Los prados y los bosques! Ya las flores
Que germina aquel largo y claro día
Admiran, ya los frutos que mayores
Crecen con el calor así aumentado;
Ya las aves de formas y colores

Estraños. Mas el tiempo es limitado
Y el alegre verano tambien pasa
De Lanfranco, Wilfrido y Berta amado.
Con sus ardientes rayos ya no abrasa
El sol la tierra, en el zenit subido,
Mas los sombríos límites traspasa
Del ocaso una vez y otra; encendido
El disco siempre muestra, mas lo esconde,
El dia á breve giro reducido.
El otoño ha empezado y corresponde
Ya de Valaka el plazo señalado
Para la vuelta, mas no sabe donde,
Ni cuando la hallará Lanfranco. Aislado
Cierta dia en los campos se pasea,
Dó primero su choza habia fijado;
Mas de improviso, cual vision que crea,
A un enfermo su ardiente fantasia,
Por la senda avánzar, sin que á él le vea,
Mira á la maga, su piadosa guia.
Valaka! grita él, mas contenido
Es siempre por su faz solemne y fria.
« Ya vés cual mis palabras he cumplido,
(Ella le dice); hoy á buscaros vengo;
Un año ha que aquí os he conducido. »
« Siempre hácia el mundo mi desden mantengo,
(Responde él); aquí la paz serena
He hallado y dulces compañeros tengo ;

No volveré! » «Pues queda en horabuena,
Quédate en paz! Yo voy donde el destino
Me llama, dice; mi mision es llena,
No esperes verme mas, que ya el camino
De la eterna region para mí se abre
Y he visto cuál se cumple ya mi sino.
Mas justo es, antes que la tumba labre
Que ha de encerrar mi cuerpo fatigado.
Que te declare lo que me entreabre
El porvenir. El día aún no ha llegado
Pero cercano está, que descubierto
Del Polo sea el sendero y profanado
Se vea por el hombre. Su ojo abierto
Tiene sobre él, y cesará el encanto
Y la paz que aquí reina y el concierto.
Sé dichoso Lanfranco, tú, entretanto,
Y sigue el feliz signo de tu estrella,
Que dá fin á tus penas y quebranto
Toma, pues, por esposa á la doncella,
Y la vejez consuela del anciano;
Ya ves que no has venido aquí en vano,
Adios! la dicha hoy tus pasos sella!»



ÍNDICE

ESTUDIO

<i>Propósito</i>	9
El Centenario	13
El testimonio de Carlos Ibarguren.....	16
Escritos sobre el País de Hielo	32
Las regiones literarias argentinas	39
Literatura del Interior	53
Literatura provincial.....	55
Literatura regionalista	58
Literatura regional	68
Literatura de la región patagónica	73
Literatura de Tierra del Fuego e Islas Malvinas	87
Las voces: <i>antártico</i> y <i>Antártida</i>	92
Literatura antártica: al sur del sur.....	98
Dos obras clásicas de la vivencia antártica... ..	102
<i>Cuatro años en las Orcadas del Sur,</i> de José Manuel Moneta	102
<i>La vida en la Antártida. Mis días en</i> <i>Melchior</i> , de Alberto Aníbal Soria... ..	106

La creación literaria y la Antártida	
Argentina	115
Poesía antártica	117
<i>La vida en el Polo</i> (1886). Poema desconocido	121
<i>Antártida Argentina. Poemas de las tierras procelares</i> (1948), de Luis Ortiz Behety	132
<i>Viaje a la Antártida</i> (1958), de Nicolás Cócara	140
<i>Donde la Patria es un largo glaciar</i> (1958), de Nicolás Cócara	145
<i>Antártica. Poemas de hielo</i> (1960), de Carlos Moneta Testa	150
<i>Sonetos antárticos</i> (1970), de Marcos Victoria	154
Teatro antártico	159
<i>Islas Orcadas</i> (1940), de José María Monner Sans y Gómez Masía	159
<i>Continente viril</i> (2000), de Alejandro Luis Acobino	168
Prosa antártica	175
<i>Dos años entre los hielos. 1901-1903</i> (1905), de José María Sobral	175
La prosa poética de viaje.....	187
<i>El Puñal de Orión</i> (1925), de Sergio Piñero.....	187

Coda	197
------------	-----

BREVE ANTOLOGÍA LITERARIA ANTÁRTICA

Poesía	201
--------------	-----

<i>La vida en el Polo</i> (1886)	201
--	-----

<i>Antártida Argentina. Poemas de las tierras procelares</i> (1948), de Luis Ortiz Behety.....	206
--	-----

<i>Donde la Patria es un largo glaciar</i> (1958), de Nicolás Cócara	207
---	-----

<i>Antártica. Poemas de hielo</i> (1964), de Carlos Moneta Testa.....	215
--	-----

<i>Sonetos antárticos</i> (1970), de Marcos Victoria.....	217
--	-----

Teatro	220
--------------	-----

<i>Islas Orcadas</i> , de José María Monner Sans y Román Gómez Masía.....	220
--	-----

Prosa.....	232
------------	-----

<i>Dos años entre los hielos (1901-1903)</i> , 1905, José María Sobral.....	232
--	-----

<i>El Puñal de Orión</i> (1925), de Sergio Piñero.....	256
---	-----

<i>Viaje a la Antártida</i> (1958), de Nicolás Cócara	268
--	-----

Apéndice	275
Facsímil de <i>La vida en el Polo</i>	277

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Octubre de 2013

COLECCIÓN BOLSILLABLES

Caracterización breve

Esta Colección dará a conocer material literario inédito o desconocido en la actualidad, con reproducción digital de textos e imágenes. Su formato busca ser de tamaño gratamente portátil para el lector. De allí la denominación de *Bolsillable*. Este neologismo lo usó, acertadamente, en nuestro país José Ortega y Gasset, en el acto del lanzamiento de la popular Colección Austral, de Espasa Calpe. La voz, bien formada, y necesaria, es un acierto porque, en su brevedad, evita el uso de las expresiones extranjeras *livre de poche* y *pocket book*.



ISBN 978-950-585-139-3



9 789505 851393